

## [SERMONES INÉDITOS.]

AL LECTOR AMANTE DE AGUSTÍN.

Los escritos del Divino Aurelio Agustín siempre han sido de gran estima para todos los devotos de la Fe cristiana, exceptuando a aquellos que en vano buscaron sus propias opiniones en ellos. Después de las amplias ediciones de Juan Amerbach, Juan Froben, los Teólogos de Lovaina y los Monjes de la floreciente Congregación de San Mauro, y tras las contribuciones de Jacob Sirmond, Juan Bautista Mari, Jerónimo Vignero, Godefrido Bessel, y hasta el final del siglo XVIII con nuevas adiciones, difícilmente se habría pensado que podrían ser aumentados, ya que estos hombres, tanto doctos como diligentes, parecían no haber escatimado esfuerzos en explorar las bibliotecas de Europa. Sin embargo, el espiguelo que me ha sido dejado tras una abundante cosecha, lo considero, como en los dones divinos, parte de mi felicidad. Pues no creo que sea en vano mi servicio a la Iglesia de Cristo al revivir las voces de tan gran Doctor, que resonaron hace mil trescientos años y más, y que han estado impresas por al menos seiscientos años. Cómo sucedió esto, te lo cuento brevemente.

Concluido el primer volumen de Recensiones, que abarca casi mil códices de argumento teológico de la Biblioteca Palatina de Viena hasta los tiempos del Emperador Carlos VI, y que ahora está en prensa, mientras me dispongo a abordar el segundo volumen que abarcará los códices adquiridos desde entonces hasta el día de hoy, se me presenta al final de noviembre del año pasado el Códice número Décimo, en pergaminos de gran formato, escrito en dos columnas en el siglo XII, no menos elegantemente que con corrección; pues aunque la primera mano a veces errara, una segunda, más docta pero contemporánea, lo corrigió diligentemente. Al examinarlo, me encuentro inmediatamente en el borde inferior de la primera página con esta nota: Este Libro es de la Congregación de Santa Justina de Padua: asignado al Monasterio de San Severino de Nápoles. Tal vez leíste en el L. I. de los Comentarios de Lambeck, ed. Kollar. Suplemento col. 763, año 1717, que no pocos códices manuscritos fueron ofrecidos como regalo a Carlos VI, entonces Rey de ambas Sicilias, por diversos monasterios napolitanos. Y aquí me viene a la mente el ilustre Bernardo de Montfaucon, quien, mientras sus compañeros en París trabajaban arduamente en la edición de Agustín, emprendió un viaje literario a Italia, llegando a Nápoles en octubre de 1698. Consulto su Diario Italiano, impreso en París en 1702, cap. XXI, p. 319. Antes de partir de Nápoles, dice, tomamos nota de la Biblioteca de Manuscritos del Monasterio de San Severino. Recita entonces los códices, y en séptimo lugar: Algunos sermones de Agustín y Retracciones en un códice del siglo XII. He aquí nuestro códice original, que también contiene las Retracciones. Así, este célebre hombre, ya sea usando solo los índices de los monjes de San Severino o convencido erróneamente de que no quedaba nada de los sermones de Agustín que sus hermanos no hubieran encontrado, ni siquiera abrió el códice, y dejó este suplemento, que al menos podrían haber añadido al Tomo XI, y me pasó la antorcha, como se dice, que acepto gustosamente.

No investigaré aquí contigo, Lector, cómo pudo ser que este códice singular permaneciera oculto tanto tiempo, ni te detendré con los apoyos que fue necesario emplear para descubrir y poner fuera de duda la autenticidad y novedad de lo que extraigo de él, y que se ha hecho con esmero. Los eruditos lo saben. Voy al grano. Primero comparto contigo el índice de los 56 sermones que el librero del códice puso al frente. Verás en él sermones inéditos mezclados con los editados. Para cada lugar de los editados, anoto dónde se encuentra en las obras del Santo Doctor, y aquí siempre deseo que se entienda la edición Maurina de París de los años 1689-1700. Para que distingas inmediatamente los inéditos, he puesto un número al margen

que los identifica; lo que he considerado digno de observación sobre ellos, lo he dejado al inicio de cada uno. Y aquí está el índice.

I. Sermón sobre la Alabanza del Cirio. Capítulo primero.

II. También del Mismo (es decir, Agustín) en las Vigilias de Pascua. Cap. II. Otro del Mismo en el Día de Pascua. Cap. III. Tomo V. Edición Maurina. Sermón CCXXVIII.

III. Otro sobre los Sacramentos en el mismo Día. Cap. IV.

IV. También Otro sobre el mismo Día. Cap. V.

V. También Otro en el mismo Día contra los Arrianos y Apolinaristas, pero especialmente contra los futuros Nestorianos y Eutiquianos. Cap. VI. Otro del mismo Día. Cap. VII. Tomo citado. Sermón CCXXVI.

VI. También Otro en el mismo Día sobre los Sacramentos del Altar a los Neófitos. Cap. VIII. Tomo citado. Su Fragmento como Sermón CCXXIX. Otro del Mismo en el mismo Día, sobre lo que a los Neófitos antes del bautismo se les ungen las orejas y narices con aceite santo por los Sacerdotes. Cap. IX. Tomo VI. Apéndice col. 288. Los Editores siguieron a Jacob Sirmond, quien lo publicó primero y lo quitó a Agustín, aunque en el Códice Floriacense, de donde lo publicó, se atribuían a Agustín y también se citaban con su nombre por Ivo de Chartres y otro códice muy antiguo de Reims, y aquí, y los dos siguientes. Añade que nuestro códice los coloca en medio de los sermones genuinos. Del Mismo sobre el Misterio y santidad del Bautismo. Cap. X. Tomo VI. Apéndice col. 289. Ve lo que anoté antes. También del Mismo sobre la Unción de la cabeza y el lavado de los pies. Cap. XI. Tomo VI. Apéndice col. 291. Como los dos anteriores.

VII. Otro del Mismo dado en la Festividad pascual. Cap. XII. Otro del Mismo el segundo Lunes de Pascua. Cap. XIII. Tomo V. Sermón CCXXXIX. Otro del Mismo el miércoles. Cap. XIV. Tomo citado. Sermón CCXLVIII. También el jueves. Cap. XV. Tomo citado. Sermón CCXLV. También del Mismo sobre el mismo día a los Sacramentos del Altar. Cap. XVI. Tomo citado. Sermón CLXXII.

VIII. También el sábado. Cap. XVII. También Otro en el mismo día. Cap. XVIII. Tomo citado. Sermón CCXXX. También del Mismo en el día de las Octavas. Cap. XIX. Tomo citado. Sermón CCXLVII. Sermón del Mismo sobre la Ascensión del Señor. Cap. XX. Tomo citado. Sermón CCLXI. También del Mismo sobre el Salmo Confitemini Domino. Cap. XXI. Tomo citado. Sermón XXIX.

IX. Otro del Mismo sobre el verso del Salmo ciento diecisiete. Confitemini Domino, quoniam bonus est. Cap. XXII. Otro del Mismo sobre dos tiempos, es decir, de la vida presente y futura. Cap. XXIII. En la edición Maurina este Sermón es una Enarratio en el Salmo CXLVIII y se lee en el Tomo IV. col. 1672, pero más extenso; nuestro Sermón solo abarca los números 1, 2, 4, 5 de ellos, y no sin múltiples discrepancias. Podría haber sucedido que el Santo Padre comentara todo el Salmo más tarde, después de haber tenido ya un Sermón particular sobre su v. 1.

X. Otro del Mismo sobre el Alleluia al principio del Salmo ciento cuarenta y nueve: Cantate Domino canticum novum. Laus ejus in Ecclesia sanctorum. Cap. XXIV. También otro sobre el verso del Salmo: Emendabit me Justus in misericordia, y sobre lo que los Apóstoles hablaban en las lenguas de todas las naciones. Contra los Donatistas en Pentecostés. Cap.

XXV. Tomo citado. Sermón CCLXVI. Otro del Mismo sobre el natalicio de San Juan Bautista. Contra los Donatistas y todos los herejes rebautizadores. Cap. XXVI. Tomo citado. Sermón CCXCII. También sobre el mismo natalicio de San Juan, donde también discute sobre las palabras de Zacarías que no creyó, y de María que preguntó, *Quomodo fiet istud?* y sobre el pecado original por el cual dice que el Bautismo es necesario para los niños. Cap. XXVII. Tomo citado. Sermón CCXCIII.

XI. Sermón del Mismo sobre el Responsorio del Salmo ciento treinta y uno: *Paravi lucernam Christo meo*, donde también discute mucho sobre la Trinidad. Cap. XXVIII. *Loquimur Charitati Vestrae*.

XII. Sermón del Mismo en las Vigilias de los Apóstoles. (Es decir, Pedro y Pablo). Cap. XXIII. Otro del Mismo en el natalicio de los Apóstoles, donde discute contra los herejes mencionados sobre la ayuda de la gracia de Dios. Cap. XXX. Tomo citado. Sermón CCXCVII.

XIII. Otro del Mismo sobre el natalicio de San Lorenzo, donde por ocasión reprende a algunos que provocaron una sedición al ser prohibidos de bailar. Cap. XXXI. Sermón del Mismo dado en Cartago en la mesa del bienaventurado Mártir Cipriano, sobre su Natalicio. Cap. XXXII. Tomo citado. Sermón CCCIX. Otro del Mismo en el mismo día. Cap. XXXIII. Tomo citado. Sermón CCCXII.

XIV. También del Mismo en el mismo día. Cap. XXXIV.

XV. Otro del Mismo en el mismo día. Cap. XXXV.

XVI. Otro del Mismo en el Natalicio de los santos Mártires, Escilitanos, Esperato y sus compañeros. Cap. XXXVI.

XVII. Otro del Mismo en el Natalicio de los santos Macabeos, donde enseña qué se significa también en la Torre que se construye y en los gastos que se preparan, o en el Rey que con diez mil sale al encuentro de quien tiene veinte mil. Cap. XXXVII.---Otro del Mismo en el Natalicio de muchos Mártires sobre lo que en el Evangelio el Señor dice: *Si quis vult post me venire, neget se ipsum*. Cap. XXXVIII. Tomo citado. Sermón CCCXXX.---Otro del Mismo sobre el verso del Salmo: *Beatus vir, quem tu erudieris, Domine*, y especialmente sobre lo que dice el Apóstol: *Cum enim essemus in carne, passiones peccatorum quae per legem sunt, operabantur in membris nostris, ut fructum ferrent morti*. Contra los Maniqueos y Pelagianos. Cap. XXXIX. Tomo citado. Sermón CLIII. En nuestro Códice falta una hoja, por lo que se interrumpe en las palabras: *Quia mortuum, est dixit, absconditum latet: non ap . . .* ---Otro del Mismo sobre el Pecado original y sobre la lectura del Apóstol: *Quid ergo dicemus? Lex peccatum est? Absit, etc.* Contra los Pelagianos. Cap. XL. Tomo citado. Sermón CLIV. En el Códice, debido a la hoja mencionada, comienza sin cabeza; *tuorum neque nubent, neque uxores ducent. Non enim incipient mori, etc.*---Otro del Mismo sobre la lectura del Apóstol a los Romanos desde el lugar donde dice: *Igitur ego ipse mente servio legi Dei, carne autem legi peccati*. Contra los Pelagianos. Cap. XLI. Tomo citado. Sermón CLV.---Otro del Mismo sobre la lectura del Apóstol, donde dice: *Ergo, Fratres, debitores sumus non carni, ut secundum carnem vivamus*. Contra los Pelagianos y los filósofos Estoicos y Epicúreos. Cap. XLII. Tomo citado. Sermón CLVI.---Sermón del Mismo sobre la lectura del Apóstol: *Humanus sermo et omni acceptione dignus, quia Christus Jesus venit in mundum, etc.* Contra los Pelagianos, Nestorianos y Eutiquianos. Cap. XLIII. Tomo citado. Sermón CLXXIV.

XVIII. Otro del Mismo sobre lo que dice el Apóstol: *Humanum dico propter infirmitatem carnis vestrae, etc.* Cap. XLIV.---Otro del Mismo sobre la lectura del Apóstol a los Filipenses: *Nos sumus circumcisio, quia spiritu Dei servimus, et gloriamur in Christo Jesu, etc.* Contra los Pelagianos. Cap. XLV. Tomo citado. Sermón CLXIX.

XIX. Sermón del Mismo sobre la lectura del Apóstol, donde dice: *Supereminenter viam vobis demonstro.* Contra los Donatistas. Cap. XLVI.

XX. Otro del Mismo sobre el Responsorio (del Salmo) treinta y nueve: *Exaudi, Deus, orationem meam, et precem meam Domine,* y sobre la Mujer sorprendida en adulterio. Cap. XLVII.

XXI. También otro sobre el Responsorio del Salmo treinta y dos *Exultate, justi, in Domino.* Cap. XLVIII.

XXII. Otro del Mismo sobre el Responsorio del Salmo cincuenta y uno: *Speravi in misericordia Dei in aeternum.* Cap. XLIX.

XXIII. También otro sobre el verso del Salmo ciento cuarenta y cinco: *Laudabo Dominum in vita mea* Cap. L.---Otro del Mismo, donde exponiendo las palabras del Señor a Nicodemo, habla sobre el pecado original. Cap. LI. Tomo citado. Sermón CCXCIV.

XXIV. También otro sobre el Evangelio, donde se relata sobre el Rico y el mendigo Lázaro. Cap. LII.---Otro del Mismo sobre el Evangelio: *Nisi manducaveritis carnem Filii hominis.* Contra los Pelagianos. Cap. LIII. Tomo citado. Sermón CXXXI.---También otro, de donde arriba. Cap. LIV. Tomo citado. Sermón CLXIII.---Otro del Mismo sobre el Evangelio, donde dice: *Si manseritis in verbo meo, vere discipuli mei eritis.* Cap. LV. Tomo citado. Sermón CXXXIV.

XXV. Sermón quincuagésimo sexto y último, aunque escrito con la misma mano que los anteriores, omitido en el Índice, al que se suscribe: *Expliciunt Capitula.*

Ahora bien, lo demás que se ha considerado necesario prefaciarse es esto. Ya sea que consideres las Sentencias de los Libros sagrados expuestas, ya sea los momentos de razones y argumentos, o los mismos modos de hablar, encontrarás en estos Sermones muchas cosas que aparecen en otros escritos de Agustín conocidos desde hace tiempo. Parecieron ser, en efecto, al Santo prelado especialmente eficaces y oportunas, aquellas que inculcaba repetidamente a sus oyentes o lectores; y ejemplos de tales repeticiones están disponibles en los ya impresos desde hace tiempo, y en un número tan grande de Obras, incluso de un hombre de ingenio muy fecundo, no pueden evitarse por completo.

La licencia de corregir me fue tomada con la mayor modestia incluso cuando los errores manifiestos del librero invitaban. Sin embargo, entiendo que sería deseable que, revisadas nuevamente las Bibliotecas, se encontraran copias más antiguas de mis Sermones, de las cuales se pudieran confirmar las vacilaciones, descubrir lo intruso, y mis conjeturas podrían ser o refutadas o aprobadas. Y tal vez un segundo Tomo, gemelo de nuestro Palatino, lucha en algún lugar con las sombras, que contenga sermones selectos para el resto del año, y también algunos inéditos mezclados.

En el Códice, además de los Sermones cuyo Índice he mostrado, están: la Enarratio de Agustín en el Salmo CXVIII, consistente en un Prólogo y 32 Sermones, que se encuentra en la Edición Maurina T. IV. col. 1277; también los Libros II de Retractaciones del Mismo,

como en la Edición citada T. I. col. 1, aunque las membranas desde el L. II. c. 24 se han perdido; finalmente, los Comentarios sobre el Evangelio de Marcos, que antes se creían de Jerónimo, aquí sin cabeza, pero rechazados por el ilustre Vallarsio en el T. XI. de las Obras de Jerónimo col. 783. Y he considerado necesario enumerar estas Obras porque el códice no ha sido consultado ni utilizado hasta ahora, como se puede ver, para completar su contexto.

He intentado adaptar esta edición, en la medida de lo posible, a la Maurina, para que pueda añadirse más convenientemente a las Obras del Santo Padre en las Bibliotecas.

Finalmente, mientras algunos Consejeros de la Sabiduría insensata con sus escritos hacen todo lo posible para elevar la fe y autoridad de los antiguos Doctores de la Iglesia cristiana, yo encomiendo estos Restos del Escritor, del cual, según Erasmo, el mundo cristiano no tiene nada más áureo o augusto, al juicio de los piadosos y eruditos amantes de la sagrada Antigüedad, y me retiro a la Biblioteca Palatina para repetir los trabajos que mencioné al principio.

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO Sermones inéditos. SERMONES CON ALGUNAS DUDAS MEZCLADAS. (G,S)\*

SERMON I. Sobre el Cirio Pascual.

SINOPSIS.

I. Hace que presten atención. II. El Cirio es imagen del Justo y de Cristo. III. La Abeja es imagen del Justo, el Panal de las Escrituras. IV. Sansón matando al león es Figura de Cristo.

I. Rindiendo honor a nuestro Dios y Señor omnipotente, creador de lo visible e invisible, creo que debo ser ayudado por vuestras oraciones, para que lo que he emprendido decir en alabanza y gloria del creador indulgente, pueda explicarlo no tanto por mis propias fuerzas, sino con la ayuda de la misericordia del mismo Señor. Estad atentos ahora, amadísimos hermanos, para que, primero, disipadas de vuestros corazones las cogitaciones carnales, como las tinieblas nocturnas, y encendida en los aposentos de las conciencias la luz de Cristo, podáis no solo percibir con el oído, sino también con la mente, lo que el Señor se dignará ministrar a través de nuestro servicio.

II. El Cirio es luz nocturna, y el hombre justo es luz de este mundo tenebroso. El Señor dice a aquellos que Él mismo justifica: Vosotros sois la luz del mundo (Mateo 5, 14). En el Cirio se observan tres cosas: Cera, Papiro y Llama. Y en el hombre justo hay tres cosas: Carne, Alma y Sabiduría. La Llama ilumina, el papiro se enciende, la tenacidad de la cera se disuelve. La doctrina de la Sabiduría retiene el alma, la dureza de la carne se supera. La Llama quema, el papiro se quema, la cera destila gotas. La Sabiduría enseña, el alma duele, la carne derrama lágrimas. La Llama brilla arriba, el papiro se transforma adentro, la cera corre afuera. La Sabiduría se predica sublimemente, el alma se convierte en secreto, la carne coopera visiblemente. La belleza del Cirio se alaba de día, su claridad se honra de noche. Así nos muestra la imagen de aquella columna, bajo cuya guía el pueblo de Israel, caminando por el desierto, no se permitía errar. Pues se les aparecía una columna de nube de día, una columna de fuego de noche (Éxodo 13, 21 y Números 14, 14). El día significa seguridad en este mundo, y la noche tribulación en este mundo. Este es el día del que canta el Profeta y dice: De día mandó el Señor su misericordia, y de noche la declaró (Salmo 41, 9). En esta vida carnal, el Señor Cristo viniendo no mostró su claridad, sino que, velado en carne mortal, apareció como una columna de nube en el desierto. Pero cuando venga el fin del mundo,

cuando se retiren todas las alegrías visibles, entonces el mismo Señor, sin ningún velo de mortalidad, resplandecerá claro y brillante, como una columna de fuego. La columna de fuego arde y brilla. Lo que arde es potestad; lo que brilla es honor. Lo que arde juzga; lo que brilla ilumina. Lo que arde es castigo para los impíos; lo que brilla es bienaventuranza para los justos.

III. Pero debemos explicar propiamente el nombre del Cirio, que se refiere al sacramento de esta gran celebración. Lo llevamos en la mano, lo contemplamos con los ojos, lo percibimos con el corazón, lo alabamos con la boca. La abeja es la artífice de la cera, de la cual la Escritura dice: Ve a la abeja, oh perezoso, y aprende cuán laboriosa es. Su obra es tan santa que sus labores son asumidos por reyes y personas comunes para su salud. Es grata a todos, gloriosa, y aunque es débil en fuerzas, es honrada por su sabiduría. ¿Qué nos recuerdas, Cristo? ¿Qué nos mandas observar en la abeja? Es un animal pequeño y volador. Porque la humildad es exaltada. Vuela con dos alas muy luminosas. ¿Y qué es más luminoso que la caridad? Y hay dos preceptos de la caridad: amar a Dios y amar al prójimo, por los cuales, como con dos alas, el justo se eleva al cielo. La abeja produce dulzura, el justo tiene la verdad en su boca, porque el Señor clama: Yo soy el camino, la verdad y la vida (Juan 14, 6). Y el Profeta clama: Gustad y ved que el Señor es bueno (Salmo 33, 9). Las abejas aman a su rey, los justos aman a su Cristo. Las abejas fabrican panales, los justos edifican Iglesias. De las flores recogen sus riquezas, así todos los justos las bellezas de las Escrituras, por las cuales se entiende y honra a Dios; estos son los prados florecientes de los justos. Sin lujuria, las abejas generan hijos, y los justos generan cristianos con la casta predicación del Evangelio. Pues Pablo hablaba a sus hijos cuando decía: Aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, no tenéis muchos padres; porque en Cristo Jesús yo os engendré por el Evangelio (1 Cor. 4, 15). En el panal hay tres cosas: cera, miel y cría. Y en la Iglesia hay tres cosas: Escritura, Intelecto, Audición. Así como la miel está encerrada en la cera, así el intelecto está custodiado por la Escritura. Así como las crías están en el nido de cera, así en la Escritura está el corazón del oyente. Así como los agujeros de los panales que aún tienen crías no tienen miel, así los secretos de las Escrituras, antes de ser entendidos, contienen la fe de los pequeños. Así como la cría de la abeja, después de volar, llena de miel los receptáculos de cera donde fue nutrida, así los fieles pequeños, cuando crecen en la fe y comienzan a sostenerse con las alas de la caridad, hacen más plenos los tesoros de las Escrituras, cuya veneración los ha custodiado, y los guardan con mayor veneración. Así como, cuando se exprimen los panales, fluye la miel y los vasos la reciben, así la pasión del Señor expresó los escritos de la Ley y los Profetas, la comprensión fluyó, y los corazones de los espirituales la recibieron. Así como después de la expresión de la miel, la cera es más apta para imprimir signos sin sabor para el que la prueba, así los gobernantes del pueblo judío en la ley y los profetas, el Sábado y la Circuncisión, las Neomenias y los Ázimos, y otras cosas similares, como si hubieran perdido la dulzura de la ley, retuvieron solo las huellas de los signos, como cera sin miel.

IV. Pero el panal es mucho más evidente, la cera, la miel y el enjambre significan los sacramentos de la Iglesia y las buenas obras de fecundidad. Por lo tanto, la Escritura me advierte, del libro de los Jueces, que también diga algo sobre aquel panal que se encontró en la boca del león muerto. Pues cuando Sansón, aquel fortísimo, iba a desposar a su esposa, un cachorro de león le salió al encuentro en el camino, al que mató como si fuera un cabrito, y la fuerza de tan gran bestia se desvaneció en sus manos (Jueces 14). Prosiguió a donde se dirigía, desposó a su esposa y se fue. Al regresar, se desvió para ver el cadáver del león. Entonces encontró que las abejas habían fabricado un panal de miel en la boca del león muerto. Este es un gran sacramento; pero lo narrado brevemente por nosotros hasta aquí será

suficiente para la calidad del tiempo. Ahora, hermanos, presten atención tanto como puedan. ¿Qué significa Sansón, qué el león, qué aquel panal? Explicaré cuanto el Señor sugiera. Pues el mismo Señor Jesucristo, admirable en belleza, potentísimo en fortaleza, vino a desposar a la Iglesia, convocada de entre los gentiles, como una hija extranjera. A esta Iglesia le hablaba el Apóstol cuando decía: Os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen casta a Cristo (2 Cor. 11, 2). Este cachorro de león es el mundo, los amantes de este siglo, hijo del diablo, el pueblo de los impíos, cuyo furor se atrevió a salir al encuentro y resistir al Señor, para impedir la salvación de los creyentes y la predicación evangélica. Pues el furor gentil rugía a través de los reyes y poderosos de este siglo, y como inflamado por su padre el diablo, ardía contra el Evangelio de Dios, como un cachorro de león, pero rugió solo hasta que llegó a las manos del hombre fuerte. La perseverante fe de los mártires quebró toda la saña de los gentiles y los más agudos ímpetus de la persecución. Pues con tales miembros verdaderamente fortísimos, el Señor Cristo venció al mundo, cuya inmensa soberbia, ahora que la vemos extinguida por todo el orbe, ¿quién no se alegrará al ver al cachorro de león yaciendo muerto sobre la tierra?

SERMO II. En el Sábado Santo.

SINOPSIS.

I. Dios creó todo por el Hijo. II. Manifestación del Hijo por la encarnación. III. Misterio de la Trinidad. IV. La existencia de la mente humana demuestra la existencia de Dios. V. La genuina noción de Dios y en ella la esperanza de nuestra inmortalidad.

I. Hemos escuchado muchas lecturas divinas, cuya extensión no podemos igualar con nuestro sermón, ni ustedes pueden comprender, aunque pudiéramos. Por tanto, en la medida en que el Señor lo permita, queremos hablar a vuestra Caridad sobre el mismo principio de las Escrituras, donde al ser leído, escuchamos que En el principio creó Dios el cielo y la tierra (Gén. 1, 1). Presten atención y piensen quién lo hizo; pero sé que no pueden pensar quién lo hizo. Piensen qué hizo y alaben al que lo hizo. En el principio creó Dios el cielo y la tierra. He aquí, lo que fue hecho está a la vista, se percibe, deleita. La obra es evidente, el Artífice está oculto, porque lo que se ve es evidente, y lo que se ama está oculto. Por tanto, cuando vemos el mundo y amamos a Dios, es mejor, sin duda, lo que amamos que lo que vemos. Vemos con los ojos, amamos con la mente. Por tanto, antepongamos la mente a los ojos, porque es mejor aquel a quien amamos en lo oculto que su obra, que vemos abiertamente. Busquemos, pues, si les parece, cuándo Dios hizo tan gran mole, ¿con qué máquinas lo hizo? La máquina del que hace es la palabra del que ordena. ¿Qué te sorprende? Es obra del Omnipotente. Si preguntas, ¿quién lo hizo? Dios lo hizo. Si preguntas, ¿qué hizo? Hizo el cielo y la tierra. Si preguntas, ¿por qué lo hizo? Lo hizo por la palabra, que no fue hecha. La palabra por la cual fueron hechos el cielo y la tierra, esa palabra no fue hecha. Pues si fue hecha, ¿por qué fue hecha? Todo fue hecho por ella (Juan 1, 3). Si todo lo que fue hecho, fue hecho por la Palabra, sin duda la Palabra no fue hecha, por la cual todo fue hecho. Finalmente, el narrador de las obras, el siervo de Dios Moisés, dice: En el principio, dice, creó Dios el cielo y la tierra. ¿Por qué lo hizo? Por la palabra. ¿Acaso también hizo la palabra? No. ¿Pero qué? En el principio era la Palabra (Ibid. 1). Ya existía por la cual lo hizo; por eso, lo que no existía, lo hizo. Podemos entender, y entendemos correctamente, que en el mismo Verbo unigénito fueron hechos el cielo y la tierra. Pues por lo que fueron hechos, en él fueron hechos. Esto puede ser y entenderse como el principio en el que Dios hizo el cielo y la tierra. Pues la misma palabra es también la sabiduría de Dios, a quien se dice: Todo lo hiciste en sabiduría (Salmo 104, 24). Si en sabiduría Dios hizo todo, y su Hijo unigénito es sin duda la sabiduría de Dios, no dudemos que en el Hijo fueron hechas las cosas que

aprendimos fueron hechas por el Hijo. Pues el mismo Hijo es ciertamente el principio. A los judíos que preguntaban y decían: ¿Tú quién eres? Respondió: Principio (Juan 8, 25). He aquí, En el principio creó Dios el cielo y la tierra.

II. Ahora bien, las demás cosas, ya sea cuando se ordenan y disponen, ya sea cuando se adornan, ya sea cuando se crean aquellas que no existían en el cielo y en la tierra, Dios dice y se hacen. Y dijo Dios: Sea hecho, y fue hecho (Gén. 1, repetidamente). Y así, por cada obra: Dijo y fue hecho; Él dijo y fueron hechas (Salmo 33, 9). ¿Con qué lengua dijo? ¿Para que alguien oyera, dijo? No siempre seamos alimentados con leche. Levanten con nosotros las mentes hacia el alimento sólido. Que nadie piense en Dios como un cuerpo, que nadie piense en Dios como un hombre, que nadie piense en Dios como un ángel, aunque se dignó aparecer así a los patriarcas, no por su misma sustancia, sino por su criatura sujeta a él: pues de otro modo no podría aparecer a los ojos humanos siendo invisible. Busquemos qué hay en nosotros mejor, e intentemos alcanzar lo que es mejor que todo. Lo que hay en nosotros mejor es la mente. Lo que es mejor que todo es Dios. ¿Por qué buscas una cosa mejor con una cosa peor? En ti, el cuerpo es inferior a la mente; en las cosas, nada es mejor que Dios. Eleva lo que hay en ti mejor, para que alcances, si puedes, a aquel que es mejor que todo. Pues yo también, cuando hablo, hablo a las mentes. Veo rostros visibles y yo mismo soy visible en cuerpo; pero por lo que veo, me dirijo a lo que no veo. Llevo dentro una palabra concebida en el corazón, y quiero que aparezca en tus oídos. Lo que he concebido en el corazón, quiero decírtelo, lo que está dentro, quiero sacarlo hacia ti. Lo que está oculto, busco cómo puede llegar a tu mente. Primero me dirijo, como a la puerta de tu mente, a tus oídos, y como no puedo traer a ti la palabra invisible que he concebido en el corazón, le proveo, como un vehículo, el sonido. He aquí, la palabra está oculta, el sonido es evidente. Pongo lo oculto sobre lo evidente, y llego al oyente, y así la palabra sale de mí, llega a ti, y no se aparta de mí. Si, pues, es lícito comparar lo grande con lo pequeño, lo bajo con lo alto, lo humano con lo divino, Dios hizo esto. La palabra estaba oculta en el Padre. Para venir a nosotros, asumió como un vehículo, tomó carne, vino a nosotros, y no se apartó del Padre, pero antes de su encarnación, antes del mismo Adán, padre del género humano, antes del cielo y la tierra, y todo lo que hay en ellos, En el principio era la Palabra, y en el principio creó Dios el cielo y la tierra.

III. Pero Dios hizo la tierra aún antes de que fuera adornada, antes de que su apariencia fuera revelada. Era invisible e incompleta, y las tinieblas estaban sobre el abismo. Había tinieblas donde no había ley; pues aún no había sido hecha la luz. El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas (Gén. 1, 2), y él mismo era el artífice, no separado del Padre y del Verbo unigénito. Pues he aquí, prestemos atención diligente, se nos insinúa la Trinidad. Donde se dice: En el principio hizo, se entiende la Usía del Padre y del Hijo, en el principio el Hijo de Dios Padre. Resta el Espíritu, para que se complete la Trinidad. El Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. Y dijo Dios. ¿A quién dijo Dios? Antes de que la criatura fuera hecha, ¿había quien oyera? Había, dice. Pregunto, ¿quién? El mismo Hijo. A su Hijo, pues, dijo Dios. ¿Con qué palabra habló al Verbo? Pues si ya existía el Hijo, como ningún cristiano duda, ciertamente también existía esto. El Hijo era el Verbo, y al Verbo el Padre decía. Entonces, ¿corrían palabras entre Dios y el Verbo? ¡De ninguna manera! Quiten, hermanos, los impedimentos del pensamiento carnal, piensen en lo invisible invisiblemente, no se muevan ante los ojos de la mente similitudes del cuerpo. Trasciende todo lo que se ve en ti. Trasciende también lo que no se ve en ti; pues el cuerpo se ve, el alma no se ve, pero sin embargo se cambia. Ahora quiere, ahora no quiere; ahora sabe, ahora no sabe; ahora recuerda, ahora olvida; ahora progresa, ahora retrocede. Esto no es Dios, esta naturaleza no es Dios, el alma no es parte de la sustancia de Dios. Pues todo lo que Dios es, es un Bien inmutable, un Bien incorruptible.

Aunque Dios es invisible, el alma es invisible, pero el alma es mutable, Dios es inmutable. Trasciende, pues, no solo lo que se ve en ti, sino también aquello que se cambia en ti. Trasciende todo, trasciéndete a ti mismo.

IV. Un amante de la bondad invisible, un amante de la eternidad invisible dijo en sus suspiros y gemidos de amor: Mis lágrimas se han convertido en mi pan día y noche, mientras me dicen continuamente: ¿Dónde está tu Dios? (Salmo 41, 4). ¿Cómo no serán verdaderamente gemidos para el amante sus lágrimas su pan, para que de algún modo se alimente de ellas como de la dulzura de un alimento, y llore con gusto, mientras no ve lo que ama, cuando se le dice continuamente: ¿Dónde está tu Dios? Si le digo a un pagano: "¿Dónde está tu Dios?", me mostrará ídolos. Si rompo el ídolo, me mostrará un monte, me mostrará un árbol, me mostrará una piedra vil del río. Pues lo que ha tomado de muchas piedras, y ha colocado en un lugar más honorable, y se ha inclinado a adorar, eso es su Dios. He aquí, dice señalando con el dedo: He aquí mi Dios. Cuando me burlo de la piedra, cuando la quito, cuando la rompo, cuando la arrojo, cuando la desprecio, señala con el dedo al sol, a la luna, señala a cualquier estrella. A esa llama Saturno, a esa Mercurio, a esa Júpiter, a esa Venus. Pregunto qué quiere, a dondequiera que señale con el dedo. Me responde: He aquí mi Dios. Y porque veo el sol, y no puedo romperlo, no puedo derribar las estrellas, no puedo destruir el cielo, parece superior a sí mismo mostrando lo visible, extendiendo el dedo a lo que quiera, y diciendo: He aquí mi Dios, y se vuelve hacia mí diciendo: ¿Dónde está tu Dios? Cuando escucho: ¿Dónde está tu Dios?, no tengo qué mostrar a los ojos, encuentro mentes ciegas ladrando. Con los ojos que tiene para ver, yo no tengo qué mostrar. Cuando verdaderamente tengo a quien mostrar, él no tiene ojos para ver. ¿Apetece llorar, como alimentarse de pan en lágrimas! Pues mi Dios es invisible, aquel que me habla requiere cosas visibles, cuando dice: ¿Dónde está tu Dios? Pero yo, para llegar a mi Dios, como dice en el mismo Salmo: Esto medité, y derramé mi alma sobre mí (Salmo 41, 5). Mi Dios no está debajo de mi alma, sino que está sobre mi alma. ¿Cómo alcanzar lo que está sobre mi alma, si no derramo mi alma sobre mí? Y sin embargo, a este insolente, que requiere cosas visibles, que muestra cosas visibles, que se exulta en las cosas visibles, intentaré responderle de alguna manera con la ayuda de mi Dios. Esto ciertamente me dices: ¿Dónde está tu Dios? Te respondo: ¿Dónde estás tú mismo? Te respondo, digo; creo que no sin razón. Tú preguntaste, ¿dónde está Dios? Yo, en cambio, ¿dónde está mi interrogador? Dirá: He aquí, dónde estoy. Me ves, te hablo. Y yo a él: Busco a mi interrogador. Veo su rostro, veo su cuerpo, escucho su voz, observo su lengua. Busco a aquel que en mí fija los ojos, que mueve la lengua, que emite la voz, que al preguntar desea saber. Todo esto de lo que hablo es el alma. No, pues, trataré más contigo. Tú dices: Muéstrame a tu Dios. Yo digo: Muéstrame tu alma. Te esfuerzas, te fatigas, te fijas, cuando digo: Muéstrame tu alma. Sé que no puedes. ¿Por qué no puedes? Porque tu alma es invisible. Y sin embargo, es mejor en ti que tu cuerpo. Pero mi Dios es mejor que tu alma. ¿Cómo, pues, mostraré a mi Dios, cuando no me muestras tu alma, a quien mejor muestro a mi Dios? He aquí, si me dices, conoce mi alma por su obra. Porque dirijo los ojos para ver, los oídos para oír, muevo la lengua para hablar, emito la voz para sonar, por esto entiendo y conozco mi alma. Ves que no puedes mostrarla, pero me ordenas conocerla por sus obras. He aquí, y yo por sus obras te mostraré a mi Dios. Ni voy más lejos, ni envío quizás tu incredulidad a lo que no comprendes. No menciono las obras de mi Dios así: Hizo lo invisible, hizo lo visible, es decir, el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos. No te envío por muchas cosas. Vuelvo a ti mismo. Tú ciertamente vives. Tienes cuerpo, tienes alma. El cuerpo es visible, el alma es invisible. El cuerpo es la morada, el alma es el habitante. El cuerpo es el vehículo, el alma es la que usa el vehículo, el cuerpo es como un vehículo que se guía, el alma es el auriga de tu cuerpo. He aquí, tus sentidos son manifiestos, como puertas en tu cuerpo, por las cuales se anuncia algo al alma que habita dentro de ti:

ojos, oídos, olfato, gusto, tacto, miembros dispuestos. ¿Qué es aquello dentro de ti, de donde piensas, de donde vivificas estas cosas? Todo esto que admiras en ti, quien lo hizo, ese es mi Dios.

V. Por tanto, hermanos míos, si he logrado, en la medida de mis posibilidades, llegar a vuestras mentes y a vuestros corazones con un discurso adecuado, si he alcanzado a aquellos que habitan en las casas de barro, es decir, a vuestras almas que residen en vuestros cuerpos, no deduzcáis cosas divinas de lo que conocéis. Dios supera todo, el cielo y la tierra. No os imaginéis a Dios como un gran artesano componiendo, disponiendo, maquinando, torneando, girando, o ciertamente como un Emperador sentado en un trono regio, luminoso y adornado, creando con su mandato. Romped los ídolos en vuestros corazones. Prestad atención a lo que se dijo a Moisés cuando inquiría el nombre de Dios: Yo soy el que soy (Éxodo 3, 14). Pregunta qué otra cosa es. En comparación con Él, nada es. Lo que verdaderamente es no sabe cambiar en ninguna parte. Todo lo que cambia y fluctúa, y que en algún momento no cesa de cambiar, fue y será. No comprendes el ser en ello. Pero Dios no tiene fue y será. Lo que fue, ya no es. Lo que será, aún no es. Y lo que viene para pasar, será para no ser. Pensad, si podéis: Yo soy el que soy. No os dejéis llevar por deseos, no os agitéis con pensamientos voluntarios y temporales. Permaneced en el ser. Permaneced en el mismo ser. ¿A dónde vais? Permaneced, para que también vosotros podáis ser. Pero, ¿cuándo podemos aferrar el pensamiento volátil y fijarlo en lo que permanece? Por tanto, Dios se compadeció, y Él, que es, y Él, que dijo: Esto dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros, al decir el nombre de su sustancia, dice después el nombre de su misericordia. ¿Cuál es el nombre de su sustancia? Yo soy el que soy, dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros (Éxodo 3, 14). Pero Moisés era hombre, y estaba en lo que en comparación con Él no es. Estaba en la tierra, en la carne, y en esa carne había un alma, era de naturaleza mutable, estaba bajo la carga de la fragilidad humana. Pues, ¿cuándo comprendía aquello que se dijo: Yo soy el que soy? En efecto, a través de lo que se veía con sus ojos, hablaba con Él, que no se veía, y Dios, oculto, usaba de lo que se veía como instrumento. Porque lo que veía Moisés no era todo Dios: porque ni tú, lo que de mí mismo, que soy hombre, suena, es toda la palabra. Tengo en el corazón una palabra que no suena. El sonido pasa, la palabra permanece. Por tanto, cuando Dios, invisible, hablaba al hombre a través de lo que se dignó aparecer, visible, el eterno hablaba cosas temporales, el inmutable cosas frágiles, cuando decía: Yo soy el que soy, y Dirás a los hijos de Israel: El que es me ha enviado a vosotros, como si él no pudiera comprender qué es: Yo soy el que soy, y: El que es me ha enviado a vosotros, o tal vez, si él mismo comprendía, nosotros debíamos leerlo, que no podemos comprender, inmediatamente después del nombre de la sustancia dijo el nombre de la misericordia. Como si dijera a Moisés: Lo que dije: Yo soy el que soy, no lo comprendes, tu corazón no se mantiene firme, no eres inmutable conmigo, ni tu mente es inmutable. Has oído lo que soy. Escucha lo que puedes captar; escucha lo que puedes esperar. Dios dijo de nuevo a Moisés: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. No puedes captar el nombre de mi sustancia, capta el nombre de mi misericordia. Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxodo 3, 6). Pero lo que soy, es eterno. Abraham, Isaac y Jacob ciertamente son eternos, más bien no digo eternos, sino hechos eternos por Él. De hecho, así también el mismo Señor convenció a los saduceos que calumniaban, quienes negaban la resurrección, de esto dio testimonio de la Sagrada Escritura. Leed lo que el Señor dijo en la zarza a Moisés: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob. No es Dios de muertos, sino de vivos (Mateo 22, 32; y Marcos 12, 26-27); porque todos ellos viven. Por tanto, aquí Dios no añadió, cuando dijo: Yo soy el que soy, Este es mi nombre para siempre (Éxodo 3, 15). Aquí nadie duda; porque lo que es, es porque es eterno. Pero donde dice: Yo

soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob, allí añadió: Este es mi nombre para siempre. Como si dijera: ¿Por qué temes la mortalidad del género humano? ¿Por qué tal vez tiembles, no sea que, cuando mueras, ya no seas? Este es mi nombre para siempre. El nombre eterno no podría ser Dios de Abraham, y Dios de Isaac, y Dios de Jacob, si Abraham, Isaac y Jacob no vivieran eternamente. Convertidos al Señor, etc.

SERMO III. Sobre el Sacramento del altar para los infantes.

SINOPSIS.

I. Recomendación del sacrificio de la nueva Ley. II. Este sacrificio es Cristo. III. Verdaderamente y realmente presente en la Eucaristía. IV. Efectos de la Eucaristía. V. Condiciones de una digna recepción.

I. El deber de predicar y el cuidado con el que os hemos engendrado, para que Cristo se forme en vosotros, nos obliga a amonestar vuestra infancia, que ahora renacidos del agua y del Espíritu, contempláis con nueva luz y percibís con nueva piedad este alimento y bebida sobre esta mesa del Señor, qué significa tan grande y divino Sacramento, tan claro y noble medicamento, tan puro y fácil sacrificio, que no se inmola en una sola ciudad terrena como Jerusalén, ni en aquel tabernáculo que fue hecho por Moisés, ni en aquel templo que fue construido por Salomón, que fueron sombras de lo que había de venir, sino que se inmola desde el nacimiento del sol hasta su ocaso, como fue predicho por los Profetas, y según la gracia del Nuevo Testamento se ofrece a Dios como víctima de alabanza. Ya no se busca una víctima sangrienta de los rebaños de ganado, ya no se acerca una oveja o un macho cabrío a los altares divinos, sino que el sacrificio de nuestro tiempo es el Cuerpo y la Sangre del mismo Sacerdote. De Él, en efecto, se predijo mucho antes en los Salmos: Tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec (Salmo 109, 4). Que Melquisedec, sacerdote del Dios Altísimo, ofreció pan y vino cuando bendijo a nuestro padre Abraham, lo leemos y mantenemos en el libro del Génesis (Génesis 14, 18).

II. Cristo, por tanto, nuestro Señor, que ofreció sufriendo por nosotros lo que al nacer tomó de nosotros, hecho príncipe de los Sacerdotes para siempre, dio el orden de sacrificar que veis, ciertamente de su Cuerpo y Sangre. Pues su Cuerpo, herido por la lanza, emitió agua y sangre, con lo cual perdonó nuestros pecados. Recordando esta gracia, trabajando por vuestra propia salvación, ya que es Dios quien obra en vosotros, con temor y temblor acercaos a la participación de este altar. Reconoced en el pan lo que colgó en la cruz; en el cáliz lo que manó de su costado. Pues también aquellos antiguos sacrificios del pueblo de Dios prefiguraban de muchas maneras este único que había de venir. Porque Cristo mismo es cordero por la inocencia de su simple ánimo, y macho cabrío por la semejanza de la carne del pecado. Y todo lo demás que de muchas y diversas maneras fue preanunciado en los sacrificios del Antiguo Testamento, se refiere a este único que ha sido revelado en el Nuevo Testamento.

III. Tomad, pues, y comed el Cuerpo de Cristo, vosotros mismos hechos ya miembros de Cristo en el Cuerpo de Cristo. Tomad y bebed la Sangre de Cristo. No os disolváis, comed vuestro vínculo. No os parezcáis despreciables, bebed vuestro precio. Así como esto se convierte en vosotros cuando lo coméis y bebéis, así también vosotros os convertís en el Cuerpo de Cristo cuando vivís obediente y piadosamente. Pues Él mismo, ya cercana su pasión, cuando celebraba la Pascua con sus Discípulos, bendijo el pan que había tomado y dijo: Esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros (Lucas 22, 19). De igual manera, dio el cáliz bendecido diciendo: Esta es mi Sangre del Nuevo Testamento, que será derramada

por muchos para el perdón de los pecados (Mateo 26, 28). Esto lo leíais o escuchabais en el Evangelio, pero no sabíais que esta Eucaristía es el Hijo. Ahora bien, asperjados en el corazón con una conciencia pura, y lavados en el cuerpo con agua limpia, acercaos a Él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán (Salmo 33, 6). Pues si recibís dignamente esto, que pertenece al Nuevo Testamento, por el cual esperáis la herencia eterna, manteniendo el nuevo mandamiento de amaros unos a otros, tenéis en vosotros la vida. Porque tomáis aquella carne de la que dice la misma Vida: El pan que yo daré es mi carne para la vida del mundo, y: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros (Juan 6, 52-54).

IV. Teniendo, por tanto, vida en Él, seréis una sola carne con Él. Pues este Sacramento no encomienda el cuerpo de Cristo de tal manera que nos separe de Él. Esto lo recuerda el Apóstol en la Sagrada Escritura: Serán dos en una sola carne. Este Sacramento, dice, es grande; pero yo lo digo en Cristo y en la Iglesia (Efesios 5, 32). Y en otro lugar, sobre esta misma Eucaristía, dice: Un solo pan, un solo cuerpo somos muchos (1 Corintios 10, 17). Comenzáis, por tanto, a recibir lo que también habéis comenzado a ser, si no lo recibís indignamente, para que no comáis y bebáis juicio para vosotros. Pues así dice: Cualquiera que coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será culpable del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada uno a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz. Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe juicio para sí (1 Corintios 11, 27-29).

V. Recibís dignamente si os guardáis del fermento de la mala doctrina, para que seáis Ázimos de sinceridad y verdad (1 Corintios 5, 8). O si mantenéis aquel fermento de caridad, que la mujer escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado (Mateo 13, 33). Pues esta mujer es la sabiduría de Dios, hecha por la Virgen en carne mortal, que en todo el mundo, que repobló después del diluvio de los tres hijos de Noé, como en tres medidas, disemina su Evangelio, hasta que todo quede fermentado. Este es el todo, que en griego se dice Holon, donde guardando el vínculo de la paz seréis según el todo, que se llama Catholon, y de donde se llama Católica.

SERMO IV. Sobre la Pascua.

SINOPSIS.

Cristo cordero y león.

COMO la verdad sonó por los Apóstoles, y su sonido salió por toda la tierra, y sus palabras hasta los confines del mundo (Salmo 18, 5); nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado (Romanos 10, 18). De quien antes el Profeta había predicho: Como oveja fue llevado al matadero, y como cordero ante el que lo trasquila, estuvo sin voz, así no abrió su boca (Isaías 53, 7). ¿Quién es este? Sin duda, aquel de quien sigue y dice: En su humillación fue quitado su juicio. ¿Quién contará su generación? (Isaías 53, 7). Veo el ejemplo de tanta humildad en un Rey de tanto poder. Pues este, como cordero ante el que lo trasquila, no abriendo su boca, es el León de la tribu de Judá (Apocalipsis 5, 5). ¿Quién es este cordero y león? Sufrió la muerte como cordero; la consumió como león. ¿Quién es este cordero y león? Manso y fuerte, amable y terrible, inocente y poderoso, juzgado en silencio, rugiendo juzgará. ¿Quién es este cordero y león? En la pasión cordero, en la resurrección león, o más bien, tanto en la pasión cordero y león, como en la resurrección cordero y león. Veamos al cordero en la pasión. Ya se ha dicho: Como cordero ante el que lo trasquila estuvo sin voz, así no abrió su boca. Veamos al león en la pasión. Jacob dijo: Subiste recostado, dormiste como león (Génesis 49, 9). Veamos al cordero en la resurrección. El Apocalipsis, cuando hablaba de la

gloria eterna de las vírgenes: Siguen, dice, al Cordero dondequiera que vaya (Apocalipsis 14, 4). Veamos al león en la resurrección. El mismo Apocalipsis dice lo que ya he puesto arriba. Venció el león de la tribu de Judá para abrir el libro (Apocalipsis 5, 5). ¿Por qué cordero en la pasión? Porque aceptó la muerte sin iniquidad. ¿Por qué león en la pasión? Porque muerto, mató a la muerte. ¿Por qué cordero en la resurrección? Porque le es eterna la inocencia. ¿Por qué león en la resurrección? Porque le es eterna la potencia. ¿Quién es este cordero y león? ¿Cómo preguntas quién es? Si, ¿qué era? En el principio era el Verbo. Si, ¿dónde estaba? Y el Verbo estaba con Dios. Si, ¿qué Verbo era? Y el Verbo era Dios. Si, ¿cuánta paciencia tiene? Todas las cosas fueron hechas por Él. Si, ¿y Él qué fue hecho? Y el Verbo se hizo carne (Juan 1, 1, 2 y 14). Si, ¿cómo nació de padre sin madre, o de madre sin padre? ¿Quién contará su generación? Engendrado por uno, coeterno con el que engendra. El Verbo permaneciendo se hizo carne. Creador de todos los tiempos, creado en el tiempo oportuno. Presa de la muerte, depredador de la muerte. Deforme en apariencia más que los hijos de los hombres, sabiendo llevar la debilidad, exaltando lo humilde, humillando lo excelso. Dios hombre, y hombre Dios. Y primogénito, y creador de los primogénitos. Único, y hermano de todos. Nacido de la sustancia del Padre, y hecho partícipe de los adoptados. Y Señor de todos, y siervo de muchos. Este es el cordero, que quita los pecados del mundo (Juan 1, 29), este es el león, que vence los reinos del mundo. Buscaba quién es este. Busquemos quiénes son aquellos por los que murió este. ¿Acaso por los justos y santos? No lo dice el Apóstol, sino más bien, que Cristo murió por los impíos (Romanos 5, 6). No para que permanecieran impíos, sino para que por la muerte del justo el impío fuera justificado, y con la sangre derramada sin pecado se borrara el documento de deuda del pecado.

SERMO V. Nuevamente sobre la Pascua.

SINOPSIS.

I. La muerte de Cristo es nuestra esperanza. II. La muerte de Cristo fue voluntaria. III. Cómo Cristo estuvo triste en la muerte. IV. La necesidad de la Encarnación para que fuéramos redimidos. V. Palabras del Redentor a los redimidos. VI. Cómo se entiende que Cristo murió por nosotros. VII. Se refutan los errores de Apolinar y Arrio. VIII. Exhortación.

I. Hemos escuchado el Evangelio. Se ha leído la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo. Cristo ha resucitado, por lo tanto, Cristo ha muerto. La Resurrección es testigo de la muerte; pero la muerte de Cristo es la eliminación del temor. No temamos morir. Cristo murió por nosotros. Muramos con la esperanza de la vida eterna. Cristo resucitó, para que resucitemos. Tenemos en su muerte y resurrección una obra encomendada, una recompensa prometida. La obra encomendada es la pasión, la recompensa prometida es la resurrección. Esta obra la cumplieron los Mártires; no la cumplamos con pasión, si no podemos, al menos con piedad. Pues no a todos les toca sufrir por Cristo y morir por Cristo. Sin embargo, a todos les toca morir. ¡Felices aquellos a quienes les fue dado hacer por Cristo lo que era necesario que se hiciera! Pues era necesario morir, pero no era necesario morir por Cristo. A todos les vendrá la muerte, pero no a todos la muerte por Cristo. A quienes les tocó morir por Cristo, de algún modo devolvieron lo que les había sido dado. El Señor les había dado que muriera por ellos; ellos devolvieron muriendo por Él. Pero, ¿de dónde devolvería el pobre necesitado, si no le hubiera dado el rico Señor? Así que lo que Cristo dio a los Mártires, les dio de donde devolver a Cristo. Pues la voz de los Mártires es: Si el Señor no hubiera estado con nosotros, tal vez nos habrían tragado vivos (Salmo 123, 1-2). Los perseguidores, dice, tal vez nos habrían tragado vivos. ¿Qué significa vivos? Sabiendo que haríamos mal si negáramos a Cristo, sin embargo, haríamos un mal tan grande vivos, es decir, sabiendo, y así nos habrían tragado vivos, no muertos. ¿Qué significa vivos? Sabiendo, no ignorando. ¿Y con qué virtud

no hicieron lo que los perseguidores les obligaban a hacer? Que ellos mismos sean interrogados, que ellos mismos respondan. He aquí que responden: Si el Señor no hubiera estado con nosotros. Por tanto, Él mismo dio lo que le sería devuelto. Gracias a Él. Es rico. Y lo que de Él está escrito: Se hizo pobre para enriquecernos (2 Corintios 8, 9), enriquecidos por su pobreza, sanados por sus heridas, exaltados por su humildad, vivificados por su muerte.

II. Decía el Mártir: ¿Qué daré al Señor por todos los beneficios que me ha dado? (Salmo 115, 12). Escuchad lo que sigue. Pues consideró y buscó qué dar al Señor. ¿Y qué dijo? Tomaré el cáliz de la salvación (Ibid. 13). Esto daré al Señor: el cáliz de la salvación, el cáliz del martirio, el cáliz de la pasión, el cáliz de Cristo. Esto es: el cáliz de la salvación, porque nuestra salvación es Cristo. Por tanto, dice, tomaré su cáliz y se lo daré. De este cáliz habló él mismo al Padre antes de la pasión: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo 26, 39). Vino a sufrir, vino a morir, tenía el poder sobre la muerte, o, si miento, escuchadlo a él mismo. Tengo poder para dar mi vida y tengo poder para volver a tomarla. Nadie me la quita, sino que yo la doy de mí mismo y la vuelvo a tomar (Juan 10, 18). ¿Habéis escuchado el poder? Nadie la quita. Los judíos se glorían en vano. De ahí tienen pecado, no poder. Cristo murió porque quiso. Él mismo dice en el Salmo: Yo dormí y tomé sueño (Salmo 3, 6). Gritaron: Crucifícalo, crucifícalo (Lucas 23, 21; y Juan 19, 6), lo apresaron, lo colgaron. Así ellos ayudan, porque pudieron algo. Yo dormí. ¿Y qué después? Y tomé sueño. Verdaderamente fue un sueño de tres días. ¿Qué después? Y resucité, porque el Señor me sostuvo. Habla según la forma de siervo: El Señor me sostuvo (Salmo 3, 6). Como en otro lugar: ¿Acaso el que duerme no añadirá que resucite? (Id. 11, 9). Los judíos se glorían como si me hubieran vencido. ¿Acaso el que duerme no añadirá que resucite? Ellos, para matar, colgaron, pero Yo dormí, porque cuando quise, puse mi vida, y cuando quise, resucité.

III. Por tanto, él es el cáliz que quería que pasara, al que vino a beber. ¿Qué es, entonces, Señor, lo que dijiste: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz? Dijiste a los discípulos que ibas a sufrir y morir: Mi alma está triste hasta la muerte (Mateo 26, 38). Busco, entonces, en estas palabras aquellas tuyas: Tengo poder para dar mi vida y tengo poder para volver a tomarla. ¿De dónde escucho: Mi alma está triste hasta la muerte? Nadie me la quita. ¿Por qué está triste? Tienes poder para dar tu vida. ¿Por qué dices: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz? Responde al que pregunta y te dice: Hombre, en mi carne te he asumido. ¿Acaso, si en mi carne te he asumido, en mi voz no te he asumido? Cuando digo: Tengo poder para dar mi vida y tengo poder para volver a tomarla, hablo como creador. Cuando digo: Mi alma está triste hasta la muerte, hablo como criatura. Alégrate de mí en mí, reconóctete en mí. Cuando digo: Tengo poder para dar mi vida, soy tu ayuda. Cuando digo: Mi alma está triste hasta la muerte, soy tu espejo.

IV. ¿No habéis leído que murió? ¿Acaso lo negamos? Si negamos la muerte, negamos también la resurrección. Murió de donde se dignó ser hombre. Resucitó de donde se dignó ser hombre, porque también nosotros somos hombres y moriremos, y resucitaremos. ¿Acaso el Verbo en él murió? ¿Acaso pudo sufrir algo el que En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 2)? ¿Qué puede sufrir tal Verbo? Y sin embargo, era necesario que el Verbo muriera por nosotros, y no podía morir, y, para morir, era necesario. En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. ¿Dónde está la sangre? ¿Dónde la muerte? ¿Acaso la muerte en el Verbo? ¿Acaso la sangre en el Verbo? Si ni la muerte en el Verbo, ni la sangre en el Verbo, ¿dónde está nuestro precio? ¿No es acaso nuestro precio su sangre? ¿De dónde, entonces, daría este precio, si permaneciera solo el Verbo? a menos que el Verbo asumiera carne; carne, sin embargo,

viviente de alma humana, para que, puesto que el Verbo no podía ser asesinado, solo la carne, que vivía de su alma, fuera asesinada. Pues tampoco el alma podía ser asesinada, que al adherirse a la Divinidad era un solo espíritu, solo el Señor vistiéndola, no ella creyendo en él, como está escrito de nosotros: El que se une al Señor, un espíritu es (1 Cor. 6, 17). Pues nosotros, cuando éramos infieles, éramos indignos y ajenos a Dios; pero creyendo, nos adherimos a Dios. Sin embargo, aquella alma fue creada digna de la adhesión a Dios, cuando fue asumida en la unidad de la persona divina, nueva y ruda. Con esta unidad, con esta singularidad de dos espíritus desiguales, al separarse, la carne murió, que de esa misma unidad de dos espíritus vivía de un modo nuevo, y de un género nuevo, es decir, teniendo una vida doble y admirable, fue dejada solo por un breve tiempo. Pues Dios es espíritu, y su imagen, el espíritu humano, son inmortales.

V. Así, pues, nuestro Señor, nuestro Salvador, nos habla de algún modo diciendo: ¡Oh hombres! Hice al hombre recto, y él mismo se hizo perverso. De mí os apartasteis, en vosotros perecisteis. Pero yo buscaré lo que se perdió. De mí os apartasteis, dice, perdisteis la vida. Y la vida era la luz de los hombres (Juan 1, 4). He aquí lo que dejasteis, cuando en Adán todos perecisteis. La vida era la luz de los hombres. ¿Qué vida? En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Ibid. 1). Era vida, vosotros yacíais en vuestra muerte. El Verbo, de donde morir, no tenía; Hombre, de donde vivir, no tenías. (Porque el Señor Cristo se digna, he asumido sus palabras. Si él las mías, cuánto más yo las tuyas). De algún modo en silencio, hablando con las cosas mismas, nuestro Señor Cristo dice: De donde morir, no tenía; Hombre, de donde vivir, no tenías. Asumí de ti, de donde morir por ti. Asume de mí, de donde vivir conmigo. Celebremos el intercambio. Te doy, dame. Tomo de ti la muerte, toma de mí la vida. Despierta, ve qué doy, qué tomo. Alto en el cielo tomé de ti la humildad sobre la tierra. Tu Señor tomé de ti la forma de siervo. Tu salud tomé de ti las heridas. Tu vida tomé de ti la muerte. El Verbo se hizo carne, para que pudiera morir. Carne ante el Padre no tenía, de tu masa tomé, de donde te daría. (La Virgen María era de nuestra masa; allí Cristo asumió carne de nosotros, es decir, del género humano). Tomé de ti carne, de donde morir por ti, toma de mí el Espíritu vivificador, de donde vivir conmigo. Finalmente, morí de lo tuyo, vive de lo mío.

VI. Por tanto, hermanos, cuando escucháis: Nació del Espíritu de la Virgen María, padeció, fue azotado, recibió bofetadas, cuando escucháis: Cristo padeció estas cosas, no penséis que el Verbo en el principio con Dios en su naturaleza y en su sustancia pudo algo así. Pero, ¿acaso podemos decir que el Verbo de Dios, el Dios unigénito, no sufrió por nosotros? Sufrió, pero según su alma y carne pasible. Pues tomó la forma de siervo, para que como hombre sufriera. Pues tenía tanto alma como carne, porque vino a liberar al hombre entero, no perdiendo la vida, sino donando la vida. Pero para dar un ejemplo, para que más rápidamente entendáis lo que decimos; como por ejemplo cuando Esteban mártir, y Focas, o algún otro sufrió, y fue asesinado, y sepultado, solo su carne fue asesinada y sepultada; pero sus almas no pudieron ser asesinadas ni sepultadas, y sin embargo decimos con toda razón: Esteban, o Focas, o cualquier otro murió por el nombre de Cristo, así, cuando el Unigénito de Dios sufrió, y fue asesinado, y sepultado, ciertamente solo su carne fue asesinada y sepultada; pero su alma, y mucho más su Divinidad, no pudo ser asesinada, y por eso decimos con seguridad que el único Hijo de Dios, es decir, el Dios unigénito, murió y fue sepultado por nosotros. Por lo cual, verdaderamente, no falsamente, dijo el mismo Cristo Señor, que es la verdad sin mentira: Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna (Juan 3, 16). Y el Apóstol dice de manera similar sobre Dios Padre: El que no escatimó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rom. 8, 32). ¿Queréis conocer qué es Cristo? No miréis

solo la carne, que yacía en el sepulcro, no miréis solo el alma, de la cual dijo: Mi alma está triste hasta la muerte, no miréis solo el Verbo, porque el Verbo era Dios, sino mirad que Cristo es todo el Verbo, y el alma, y la carne.

VII. No quitéis nada al alma de Cristo. Pues los herejes apolinaristas dijeron que no tenía mente, es decir, que no tenía inteligencia esa alma, sino que el Verbo era para ella en lugar de mente y de inteligencia. Esto dijo Apolinar. Los arrianos, sin embargo, dicen: Ni siquiera tenía un alma cualquiera. Vosotros, por tanto, mantened fielmente que Cristo es completamente el Verbo, y el alma, y la carne. Y cuando escucháis: Mi alma está triste, entended un alma humana, no animal. Pues un alma sin intelecto es un alma de bestia, no un alma humana. Si no vino a liberar la mente, no tenía mente. Por tanto, un solo Cristo, Verbo, y alma, y carne. ¿Qué es el hombre? Alma y carne. ¿Qué es Cristo? Verbo y hombre, y por tanto, Verbo, y alma, y carne, un solo Cristo. Cuando golpeas a un hombre con puños, ¿qué de él golpeas? ¿El alma o la carne? Confiesas que la carne. Y sin embargo, el alma clama: ¿por qué me golpeas, por qué me hieres? ¿Acaso, si dices al alma: ¿Quién te tocó? Yo golpeo la carne, no a ti; ¿no se reirán de ti todos los que te escuchan decir esto, y te juzgarán insensato o loco? Así, pues, los que azotaron la carne del Verbo de Dios, o la golpearon con bofetadas, no pueden decir: nosotros azotamos la carne, o la golpeamos con bofetadas, no al Verbo, o al alma de Cristo. Pues azotaron, o golpearon con bofetadas a todo Cristo, es decir, al Verbo, y al alma, y a la carne. Y aunque ciertamente no pudieron asesinar ni al alma, ni a su misma Divinidad, que es la verdadera vida, en la cruz, sin embargo, se deleitaron en su corazón y en su mala voluntad en infectar a todo Cristo. Pues quien persigue a alguien para matarlo, así quiere extinguirlo todo, como se extingue toda la luz de una lámpara al ser golpeada contra el suelo, para que no brille en absoluto, cuando cualquier malhechor la ve como un obstáculo para sí mismo. Lo cual en el hombre de ningún modo puede hacerse, es decir, que se extinga todo, quien tiene una sustancia mortal, y otra inmortal. Pues en él nada es mortal, sino la carne. Sin embargo, el Unigénito de Dios, Cristo, mucho más no pudo ser extinguido todo, cuando los judíos pensaron extinguirlo, quien en sus tres substancias, es decir, una, eterna, y divina, y en dos temporales, es decir, humanas, tenía una sola mortal, es decir, su carne. Sin duda, tenía su alma y mucho más su Divinidad inmortal. Y por eso, con su muerte de poco tiempo, solo él pudo redimirnos de nuestra muerte eterna, quien no solo fue carne, y alma humana, sino que fue Dios y alma, y carne, un solo Unigénito de Dios. Pues el que Descendió hasta las partes más bajas de la tierra, es el mismo que subió por encima de todos los cielos (Efesios 4, 10), lo que un hombre solo no podría hacer.

VIII. Por tanto, seguros exultemos y alegrémonos, amadísimos hermanos, porque él nos redimió con su muerte, quien incluso asesinado triunfó sobre sus enemigos. Pues asesinado mató a la muerte, y nos liberó para siempre de su mano, Ascendiendo a lo alto llevó cautiva la cautividad (Ibid.), y enviando el Espíritu Santo dio sus dones a los hombres, quien incluso yaciendo en el sepulcro pudo introducir al ladrón creyente en el paraíso.

SERMO VI. También sobre el Sacramento del altar para los niños.

SINOPSIS.

I. El cuerpo del Señor está en el altar, y nosotros somos él. II. La Eucaristía es símbolo de unidad. III. Exposición de las liturgias eucarísticas.

I. Esto que veis, amadísimos, en la mesa del Señor, es pan y vino; pero este pan y este vino, al añadirse la palabra, se convierten en el cuerpo y la sangre del Verbo. Pues aquel Señor, que En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios (Juan 1, 1), por

su misericordia, que no despreció lo que creó a su imagen, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Ibid. 14), como sabéis, porque el mismo Verbo asumió al hombre, es decir, el alma y la carne del hombre, y se hizo hombre, permaneciendo Dios. Por esto, porque también sufrió por nosotros, nos encomendó en este Sacramento su cuerpo y su sangre, lo que también nos hizo a nosotros mismos. Pues también nosotros nos hemos convertido en su cuerpo, y por su misericordia, lo que recibimos, somos nosotros. Recordad lo que alguna vez fue esta criatura en el campo, cómo la tierra la produjo, la lluvia la nutrió, la llevó a la espiga, luego el trabajo humano la llevó a la era, la trilló, la aventó, la almacenó, la sacó, la molió, la mezcló, la coció, y apenas alguna vez la llevó al pan. Recordad también vosotros. No erais, y fuisteis creados, fuisteis llevados a la era del Señor, fuisteis trillados por los trabajos de los bueyes, es decir, de los que anuncian el Evangelio. Cuando erais catecúmenos, fuisteis guardados en el granero. Disteis vuestros nombres, comenzasteis a ser molidos con ayunos, exorcismos. Después llegasteis al agua, y fuisteis mezclados, y os convertisteis en uno. Al añadirse el fervor del Espíritu Santo, fuisteis cocidos, y os convertisteis en el pan del Señor.

II. He aquí lo que habéis recibido. Así como veis que es uno lo que se ha hecho, así sed uno vosotros, amándoos, manteniendo una fe, una esperanza, una caridad indivisa. Los herejes cuando reciben esto, reciben un testimonio contra sí mismos, porque ellos buscan la división, cuando este pan indica unidad. Así también el vino estuvo en muchos granos, y ahora es uno. Es uno en la dulzura del cáliz, pero después de la presión del lagar. Y vosotros después de aquellos ayunos, después de los trabajos, después de la humildad y la contrición, ya en el nombre de Cristo habéis venido como al cáliz del Señor, y allí estáis en la mesa, allí estáis en el cáliz. Con nosotros sois esto; pues juntos somos esto, juntos bebemos, porque juntos vivimos. Escucharéis lo que también escuchasteis ayer, pero hoy se os explica lo que escuchasteis, y lo que respondisteis, o tal vez, cuando se respondía, callasteis, pero hoy aprendisteis qué responder.

III. Después del saludo, que conocéis, es decir: El Señor esté con vosotros, escuchasteis: Levantemos el corazón. Toda la vida de los verdaderos cristianos es levantar el corazón, no de los cristianos solo de nombre, sino de los cristianos en realidad y en verdad toda la vida es levantar el corazón. ¿Qué es Levantemos el corazón? Esperanza en Dios, no en ti. Pues tú estás abajo, Dios está arriba. Si tienes esperanza en ti, el corazón está abajo, no está arriba. Por eso, cuando escucháis del Sacerdote: ¡Levantemos el corazón! respondéis: Lo tenemos levantado hacia el Señor. Trabajad para que respondáis verdaderamente. Porque en las obras de Dios respondéis, que sea como decís. No sea que la lengua suene, y la conciencia niegue, y, porque esto mismo, que tengáis el corazón levantado, Dios os lo da, no vuestras fuerzas, por eso sigue, cuando decís que tenéis el corazón levantado hacia el Señor, sigue el Sacerdote y dice: Demos gracias al Señor nuestro Dios. ¿De qué demos gracias? Porque tenemos el corazón levantado, y si él no lo hubiera levantado, yaceríamos en la tierra. Y de ahí ya, lo que se hace en las santas oraciones, que escucharéis, para que al añadirse la palabra se convierta en el cuerpo y la sangre de Cristo. Pues quita la palabra, es pan y vino. Añade la palabra, y ya es otra cosa. ¿Y qué es esa otra cosa? El cuerpo de Cristo y la sangre de Cristo. Quita, pues, la palabra, es pan y vino. Añade la palabra, y se hará Sacramento. A esto decís: Amén. Decir Amén es suscribir. Amén se interpreta en latín como Verdad. Luego se dice la oración del Señor, que ya habéis recibido y devuelto. ¿Por qué se dice antes de recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo? Porque, como es la fragilidad humana, si tal vez algo que no convenía nuestra mente concibió; si algo que no debía nuestra lengua pronunció; si algo que no convenía nuestro ojo miró; si algo más dulce que no debía nuestro oído escuchó; si tal vez se contrajeron tales cosas de la tentación de este mundo, y de la fragilidad de la vida humana, se limpia con la oración del Señor, donde se dice: Perdona nuestras deudas (Mateo 6, 12); para

que nos acerquemos seguros, no sea que lo que recibimos lo comamos y bebamos para juicio. Después de esto se dice: La paz sea con vosotros. Gran sacramento el beso de paz. Así besa, para que ames. No seas Judas. Judas el traidor besaba a Cristo con la boca, pero lo acechaba con el corazón. Pero tal vez alguien tiene un ánimo enemigo contra ti, y no puedes convencerlo, te ves obligado a tolerarlo. No le devuelvas mal por mal en tu corazón. Él odia, tú ama, y besa seguro. Habéis escuchado pocas cosas, pero grandes. No desprecien por su escasez, sino que sean queridas por su peso. Tampoco estáis para ser cargados, para que retengáis lo que se ha dicho.

SERMO VII. Sobre la Pascua.

SINOPSIS.

I. Quién celebra la Pascua, y cómo debe celebrarse. II. Aleluya de los ricos, de los pobres, de los afligidos. III. Dios actúa como Padre; el Diablo, como Mercader.

I. Es bien sabido por todos que celebramos el Día de Pascua, durante el cual cantamos Aleluya. Por lo tanto, hermanos, debemos prestar atención diligente para que lo que celebramos visiblemente, lo mantengamos en el corazón. Decimos que celebramos la Pascua. Pascua es una palabra hebrea que se interpreta como Tránsito; en griego, Paschin significa sufrir, y en latín, Pascua significa alimentar, como se suele decir: Alimentaré a mis amigos. ¿Quiénes celebran la Pascua sino aquellos que pasan de la muerte de sus pecados a la vida de los justos? Como dice el Apóstol: Hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos (1 Juan 3, 14). ¿Quién celebra la Pascua sino aquel que cree en Cristo que sufrió en la tierra, para reinar con Él en el cielo? ¿Quién celebra la Pascua sino aquel que alimenta a Cristo en los pobres? Pues Él mismo dijo de los pobres: Cualquiera que haga algo bueno a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hizo (Mateo 25, 40). Cristo está sentado en el cielo, y necesita en la tierra. Intercede por nosotros ante el Padre, y aquí nos pide pan. Por lo tanto, hermanos en el Señor, si queremos celebrar la Pascua saludablemente, pasemos, suframos, alimentemos. Pasemos de los pecados a la justicia, suframos por Cristo, alimentemos a Cristo en los pobres. Celebremos los banquetes con honestidad, para que con Abraham disfrutemos del banquete celestial en el reino de Dios. Cantemos, pues, a Dios aleluya, que en latín significa: Alabemos a Él, que es. Alabémosle tanto en la prosperidad como en la adversidad. No nos ensoberbecamos en las prosperidades de las riquezas, ni nos debilitemos en el azote de las pérdidas. Digamos aleluya con Job, quien dijo: El Señor dio, el Señor quitó. Como al Señor le agradó, así se hizo. Bendito sea el nombre del Señor (Job 1, 21). Bendigamos, pues, al Señor en todo tiempo. Siempre cantamos aleluya, si al sonido de nuestra lengua se mueven nuestros miembros a la obra de la justicia, si lo que suena en la boca del cantor, brilla en las costumbres del viviente.

II. Escuchen cómo se les ordenó cantar aleluya a los ricos y a los pobres. El Apóstol dice: Manda a los ricos de este mundo que no sean altivos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que los ricos sean ricos en buenas obras, que den con facilidad, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida (1 Timoteo 6, 17-18). Lo que deben cantar los pobres, Tobías lo enseña: Hijo, no temas, porque llevamos una vida pobre. Te abundarán muchos bienes si temes al Señor tu Dios y haces lo que es agradable a sus ojos (Tobías 4, 3). Miembros amadísimos del Cuerpo de Cristo, esperemos a nuestra Cabeza que vendrá del cielo, a quien adheridos permaneceremos inmóviles, para que, celebrando su pasión en la tierra, reinemos con Él en el

cielo. Soportemos su disciplina para ser corregidos, porque, como a hijos, así nos trata Dios. Pues, ¿quién es, dice el Apóstol, a quien su padre no disciplina? (Hebreos 12, 7). Si se separan de la disciplina de Dios, entonces son bastardos y no hijos. Soportemos el castigo del padre, para no incurrir en la severidad del juez.

III. Dios y el diablo son padre y mercader; Dios, como padre, castiga, corrige y acoge; el mercader halaga, seduce y vende. El padre lleva el látigo, y el mercader lleva la bolsa. Si te refugias bajo las alas del que castiga, te liberarás de la iniquidad del que vende. Mira de quién, dónde serás colocado, si en el reino de los cielos o en la bolsa del infierno. Si deseas el reino de Dios, te alegrarás en la liberación de la libertad; pero si deseas la bolsa, recibirás la atadura de la servidumbre, y atado de manos y pies se dirá de ti: Llévenlo y échelo a las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujir de dientes (Mateo 22, 13). Se nos llama fuertemente. Quien tenga oídos para oír, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias (Apocalipsis 3, 22).

SERMO VIII. En la octava de Pascua a los infantes.

SINOPSIS.

I. La fuerza y el efecto del Bautismo, y la Esperanza puesta en él. II. El Bautismo fuera de la unidad de la Iglesia no es provechoso. III. Contra los Cismáticos que se glorían en el Bautismo. IV. Exhortación a los recién bautizados.

I. Tengo un sermón para ustedes, recién nacidos Infantes, pequeños en Cristo, nueva prole de la Iglesia, gracia del Padre, fecundidad de la Madre, germen piadoso, enjambre nuevo, flor de nuestro honor y fruto de nuestro trabajo, mi gozo y mi corona, todos ustedes que están firmes en el Señor, les hablo con palabras apostólicas. He aquí que la noche ha pasado; el día se ha acercado. Desechen las obras de las tinieblas y vístense con las armas de la luz. Como en el día, caminen honestamente. No en comilonas y borracheras, no en lechos y lujurias, no en contienda y envidia, sino vístense del Señor Jesucristo, y no provean para los deseos de la carne (Romanos 13, 12-14), para que también se vistan de la vida que han revestido en el Sacramento. Porque todos los que han sido bautizados en Cristo, de Cristo se han revestido. No hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos ustedes son uno en Cristo Jesús (Gálatas 3, 27-28). Esto es lo que tiene la misma fuerza del Sacramento. El Sacramento es de vida nueva, que en este tiempo comienza con la remisión de todos los pecados pasados, pero se perfeccionará en la resurrección de los muertos. Porque han sido sepultados con Cristo por el bautismo en la muerte, para que, así como Cristo resucitó de los muertos, así también ustedes caminen en novedad de vida (Romanos 6, 4). Ahora caminan por la fe, mientras en este cuerpo mortal peregrinan lejos del Señor, pero el mismo Cristo Jesús, que se dignó hacerse hombre por nosotros, se ha hecho el camino seguro hacia el cual se dirigen. Ha guardado mucha dulzura para los que le temen, y la abrirá y perfeccionará para los que esperan en Él, cuando lo que ahora hemos recibido en esperanza, también lo recibamos en realidad. Porque somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es (1 Juan 3, 2). Esto también lo prometió Él mismo en el Evangelio. El que me ama, dice, guarda mis mandamientos. Y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él (Juan 14, 21). Ciertamente le veían aquellos a quienes hablaba, pero en la forma de siervo, en la cual el Padre es mayor, no en la forma de Dios, en la cual es igual al Padre. Mostraba esta a los que le temían, reservaba aquella a los que esperaban. En esta aparecía a los que peregrinaban, a aquella llamaba a los que habrían de

habitar con Él. Esta la ponía bajo los pies de los que caminaban, aquella prometía a los que llegaban.

II. Teniendo, pues, estas promesas, amadísimos, purifiquémonos de toda contaminación de carne y espíritu, perfeccionando la santificación en el temor de Dios (2 Corintios 7, 1). Les ruego que caminen dignamente de la vocación con que fueron llamados, con toda humildad de ánimo y mansedumbre, soportándose unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efesios 4, 1-3). Pues, ¿qué cosa es, de la cual hemos recibido tal prenda? Pero hay algunos que han revestido a Cristo solo con el Sacramento, en el cual están desnudos en la fe o en las costumbres. Porque también muchos herejes tienen el mismo Sacramento del bautismo, pero no el mismo fruto de salvación, ni el vínculo de la paz: Teniendo, como dice el Apóstol, la apariencia de piedad, pero negando su poder (2 Timoteo 3, 5), o bien sellados por desertores, o ellos mismos desertores llevando la señal del buen rey en carne condenable, quienes nos dicen: Si no somos fieles, ¿por qué no nos dan el bautismo? Si ya somos fieles, ¿por qué nos buscan? Como si no leyeran que Simón el mago también recibió el bautismo, y sin embargo oyó de Pedro: No tienes parte ni suerte en esta fe (Hechos 8, 21). He aquí que puede suceder que alguien tenga el bautismo de Cristo, y no tenga la fe o el amor de Cristo; tenga el Sacramento de santidad, pero no sea contado en la suerte de los santos. Y no importa, en cuanto al mismo Sacramento, si alguien recibe el bautismo de Cristo donde no hay unidad de Cristo. Porque también el bautizado en la Iglesia, si es desertor de la Iglesia, carecerá de santidad de vida, pero no carecerá del sello del Sacramento. Pues ciertamente se demuestra que el que sale no pudo perder lo que no se le devuelve al que regresa. Así como el desertor del ejército carece de la legítima sociedad, no carece del carácter regio. Quien, si también sella a otro con la misma señal, no hará compañero de vida, sino compañero de pena. Pero si aquel regresa a la milicia legítima y ordenada, y aquel viene, apaciguada la severidad real, se le perdona al que se fue, y se recibe al que vino. En ambos se corrige la culpa, a ambos se les remite la pena, a ambos se les da la paz, en ninguno se repite lo que fue sellado.

III. Ya no nos digan, pues: ¿Qué nos darán, si ya tenemos el bautismo? Porque no saben lo que dicen, de modo que ni siquiera quieren leer lo que la Sagrada Escritura testimonia, que en la misma Iglesia, es decir, en la comunión de los miembros de Cristo, muchos en Samaria fueron bautizados y no recibieron el Espíritu Santo, sino que estaban solo en el bautismo, hasta que los Apóstoles vinieron a ellos desde Jerusalén (Hechos 8); en cambio, Cornelio y los que estaban con él merecieron recibir el Espíritu Santo antes de recibir el Sacramento del bautismo (Hechos 10). Así Dios enseñó que una cosa es el signo de la salvación, y otra la misma salvación, una cosa es la forma de piedad, y otra la virtud de la piedad. ¿Qué nos darán, dicen, si ya tenemos el bautismo? ¡Oh sacrílega vanidad, pensar que la Iglesia de Cristo, que no tienen, no es nada, de modo que creen que no recibirán nada si se unen a su comunión! Que les diga el profeta Amós: ¡Ay de aquellos que no hacen nada por Sión! (Amós 6, 1). ¿Qué recibiré, dice, si ya tengo el bautismo? Recibirás la Iglesia, que no tienes; recibirás la unidad, que no tienes; recibirás la paz, que no tienes. O si estas cosas te parecen nada, lucha, desertor, contra tu Emperador que dice: El que no recoge conmigo, desparrama (Lucas 11, 23). Lucha contra su Apóstol, o más bien contra Él mismo, que hablaba por él, diciendo: Soportándose unos a otros en amor, procurando guardar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz (Efesios 4, 3). Cuenta lo que dijo: Soportación, amor, unidad, espíritu, paz. El Espíritu allí es el operador de todo lo que se nombra, que tú no tienes. ¿Acaso soportaste, tú que te apartaste de la Iglesia? ¿A quién amaste, cuando abandonaste los miembros de Cristo? ¿Qué unidad tienes en la sacrílega separación? ¿Qué paz en la nefaria disensión? Lejos de nosotros que estas cosas no sean nada, pero tú mismo no eres nada sin ellas. Si

desprecias recibir estas cosas en la Iglesia, puedes tener el bautismo, pero lo tienes para mayor castigo, porque lo que no tienes con estas cosas, lo tienes como testigo de tu iniquidad. Porque el bautismo de Cristo, que con estas cosas sería intercesor de tu salvación, sin estas cosas es testigo de tu iniquidad.

IV. Ustedes, sin embargo, hijos santos, miembros católicos, no han recibido otro bautismo, sino otra cosa. Porque han recibido no para castigo, sino para vida, no para perdición, sino para salvación, no para condenación, sino para honor. Porque han recibido también la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, si es que también ustedes, lo que deseo, lo que espero, lo que exhorto y ruego, y lo que han recibido, lo guardan íntegro, y avanzando llegan a cosas mayores. Hoy es el octavo día de su nacimiento. Hoy se completa en ustedes el sello de la fe, que en los antiguos padres se hacía en la circuncisión de la carne al octavo día del nacimiento carnal. Se figuraba la despojo de la mortalidad en ese miembro humano, por el cual nace el hombre que ha de morir. Por eso el mismo Señor, despojándose de la mortalidad de la carne al resucitar, y no otro, pero sí un cuerpo que ya no morirá, señaló el día del Señor en su resurrección, que después del día de su pasión es el tercero, pero en el número de días después del sábado es el octavo, y el mismo primero. Por eso ustedes, aunque aún no en realidad, pero ya con cierta esperanza, porque también tendrán el sacramento de esta cosa, y han recibido la prenda del Espíritu, Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios, busquen las cosas de arriba, no las de la tierra. Porque han muerto, y su vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, su vida, se manifieste, entonces también ustedes se manifestarán con Él en gloria (Colosenses 3, 1-4).

SERMO IX. Sobre el Salmo CXVII, vers. I. Confesad al Señor, etc.

SINOPSIS.

I. Qué significa confesar al Señor. II. Cómo y por qué confesar la Bondad divina. III. Cuánto difiere la Confesión hecha al Juez Humano y la hecha a Dios. IV. Exhortación a confesar los pecados a Dios.

I. Confesad al Señor porque es bueno; porque para siempre es su misericordia (Salmo 117, 1). Lo que el Espíritu Santo nos ha exhortado con la voz del Salmo, a lo que respondíamos con una sola voz y un solo corazón: Aleluya, que en latín se interpreta: Alaben al Señor, esto mismo el Espíritu Santo les exhorta a través de nuestra voz. Confesad, dice, al Señor, porque es bueno; porque para siempre es su misericordia. Ya sea que canten alabando sus dones, o que derramen sus pecados gimiendo, Confesad al Señor, porque es bueno; porque para siempre es su misericordia. Pues no solo la mención de nuestros pecados, sino también la alabanza de nuestro Señor se llama confesión, porque aunque hagamos una de estas cosas, no la hacemos sin la otra. Pues también acusamos nuestra iniquidad con la esperanza de su misericordia, y alabamos su misericordia con el recuerdo de nuestra iniquidad. Confesemos, pues, al Señor, Porque es bueno, porque para siempre es su misericordia. A algunos les parece que alguna criatura es mala, porque ofende el sentido de los inexpertos, pero es falso. Porque Dios hizo todas las cosas muy buenas, Porque es bueno. A algunos les parece que Dios es injusto, porque a menudo sus fieles sufren muchas cosas duras y ásperas en esta vida temporal; pero quienes esto piensan, se equivocan. Porque Él azota a todo hijo, no al que rechaza, sino al que recibe, porque para siempre es su misericordia (Hebreos 12, 6).

II. Confesemos, pues, al Señor, Porque es bueno, porque para siempre es su misericordia. Digamos al Señor nuestro Dios: Admirables son tus obras; porque todas las hiciste con

sabiduría (Salmo 104, 24). Justos son tus juicios; porque por la iniquidad has instruido al hombre (Tobías 3, 2). Antes de ser humillado, yo pequé (Salmo 119, 67). Digamos esto en confesión, porque si algunas cosas son adversas por el castigo de nuestra mortalidad, Él sin embargo hace el bien, Porque es bueno. Y si somos corregidos con dolores y trabajos temporales, No se enojará para siempre, ni guardará su ira eternamente, porque para siempre es su misericordia (Salmo 103, 9). ¿Qué hay tan bueno como nuestro Dios? Los hombres blasfeman, y no solo no se humillan, sino que también se enorgullecen en sus crímenes, y Él hace salir su sol sobre buenos y malos, y hace llover sobre justos e injustos (Mateo 5, 45). ¿Qué hay tan misericordioso como nuestro Dios? Los hombres perseveran en sus delitos y crímenes, y Él no cesa de llamarlos a la conversión. ¿Qué hay tan bueno como nuestro Dios, de quien recibimos tantos consuelos en la tribulación? ¿Qué hay tan misericordioso como nuestro Dios, cuya futura sentencia cambiamos si cambiamos? Confesemos al Señor, Porque es bueno, porque para siempre es su misericordia. No todas las alabanzas de las cosas son confesiones, sino las alabanzas de nuestro Señor Dios. Porque si se ha dicho con toda verdad: Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón (Salmo 73, 1), ciertamente parece malo a los perversos de corazón. Pero, ¿quién de los hombres sino el que de perverso se hace recto, para que como convencido comience a alabar lo que antes reprendía, y a admirar lo que antes despreciaba, confesando al Señor, porque ya recto para él es bueno, quien perverso le parecía malo? Y porque por su malicia era perverso, pero por su gracia ha sido corregido, debe confesar al mismo tiempo, Porque para siempre es su misericordia. Nosotros malos, Él bueno. Nosotros buenos por Él, malos por nosotros. Él bueno para nosotros buenos, Él bueno para nosotros malos. Nosotros ensañándonos contra nosotros, Él misericordioso con nosotros. Llama para que nos convirtamos; espera hasta que nos convirtamos; perdona si nos convertimos; corona si no nos apartamos.

III. Confesemos, pues, al Señor, Porque es bueno, porque para siempre es su misericordia. La confesión de los pecados siempre ha sido temida por los hombres, pero ante el juez humano. No pocas veces se hace con azotes y ciertos tormentos, también con garras y fuegos, para que se extraiga la confesión de la boca, y a veces ceden antes los miembros a los tormentos, para que se descomponga la estructura del cuerpo, que el ánimo a los dolores, para que se revele el secreto del crimen. Los verdugos insisten, se multiplican todos los géneros de tormentos; pero en vano se castigan las entrañas desgarrando, cuando se cierra la conciencia negando. Pero, ¿por qué en tantos tormentos el hombre teme confesar, sino porque los confesos suelen ser castigados? Quien confiesa al hombre, es castigado. Quien confiesa a Dios, es liberado. Y no es de extrañar. El hombre busca del hombre lo que aquel que busca ignora; pero Dios, que nos exhorta a confesar, sabe lo que no queríamos confesar, ni entonces lo aprende cuando lo confesamos. Por lo tanto, cuanto más libera de la muerte eterna a los que confiesan, quien a nuestras iniquidades, que también antes de que confesáramos conocía, de la muerte temporal perdonaba.

IV. Quizás dices: ¿Qué busca Dios de mí, que confiese lo que Él ya sabe? Pues cuando un hombre pregunta esto a otro hombre, es porque lo ignora. ¿Qué crees, sino que Dios quiere que tu pecado sea castigado al reconocerlo, y perdonado al ser absuelto por Él? ¿Cómo deseas que Él perdone lo que tú no quieres reconocer? Escucha el Salmo, y si estás despierto, advierte tu propia voz, donde está. Dice: Conozco mi pecado, y no he ocultado mi maldad. Dije: Confesaré mi delito al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón (Salmo 31, 5). Escucha en otro Salmo: Porque reconozco mi iniquidad, y mi pecado está siempre ante mí (Salmo 51, 5). Por tanto, no decía con desvergüenza a Dios: Aparta tu rostro de mis pecados (Salmo 51, 11). Pues Dios se digna apartar su rostro del pecado del hombre cuando el hombre mismo no se preocupa de apartar su rostro de su pecado, para que en los oídos de Dios diga:

Mi pecado está siempre ante mí. No se dice a Dios: Aparta tu rostro, porque no lo conoce, sino porque lo perdona. Si, por tanto, temes confesar a un juez humano porque es malo, o porque se ve obligado a cumplir con la severidad de la ley, confiado confiesa al Señor, porque Él es bueno, porque su misericordia es eterna.

SERMO X. Sobre el Salmo 149, vers. 1. Cantad al Señor un cántico nuevo, etc.

SINOPSIS.

I. Cántico doble: antiguo y nuevo. II. Qué es la Iglesia de los santos en la tierra. III. Qué es la verdadera Sión, y cuál es su condición. IV. En Cristo la fe y la esperanza de nuestra felicidad.

I. HAN LLEGADO los días para cantar Aleluya. Prestad atención, hermanos, para recibir lo que el Señor sugiere para nuestra exhortación y para nutrir la caridad, con la cual es bueno para nosotros adherirnos a Dios. Prestad atención, buenos Cantores, hijos de la alabanza y gloria sempiterna del verdadero e incorrupto Dios; estad atentos y alabad a Dios; esto es Aleluya. Pero alabad a Dios no solo con la voz, sino también con el entendimiento, y con la buena obra, y como nos exhorta el Salmo, cantemos al Señor un cántico nuevo. Así comienza: Cantad al Señor un cántico nuevo (Salmo 149, 1). El hombre viejo, cántico viejo. El hombre nuevo, cántico nuevo. El Antiguo Testamento, cántico viejo. El Nuevo Testamento, cántico nuevo. En el Antiguo Testamento las promesas son terrenales, en el Nuevo Testamento las promesas son celestiales. Quien ama lo terrenal y se deleita en los placeres terrenales, canta un cántico viejo. Quien desea cantar un cántico nuevo, ame lo eterno. Ese amor es nuevo, porque nunca envejece, y renueva al amante. Por tanto, hermanos, os recomendamos que améis a Dios; más bien, Él mismo nos lo recomienda a todos. Porque lo amamos para nuestro bien, no para el suyo, ya que no amarlo es para nuestro mal, no para el suyo. Dios no tendrá menos Divinidad si el hombre no tiene Caridad en Él. Nosotros crecemos a partir de Dios, no Él a partir de nosotros, y sin embargo, tanto nos amó primero, antes de que lo amáramos, que envió a su único Hijo a morir por nosotros. Quien nos hizo, se hizo entre nosotros. ¿Cómo nos hizo? Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada fue hecho (Juan 1, 3). ¿Cómo se hizo entre nosotros? Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Salmo 149, 14).

II. Por tanto, hermanos, si antes nos daba pereza amar, al menos ahora no nos dé pereza corresponder al amor. Nos amó siendo feos, porque amó a los pecadores. Pues Cristo, dice el Apóstol, murió por los impíos (Romanos 5, 16). Quien dio su muerte a los impíos, ¿qué reserva para los justos, sino su vida? Ved, pues, dónde y por quién se canta este cántico nuevo al Señor. Pues al decir: Cantad al Señor un cántico nuevo, añadió: Su alabanza en la Iglesia de los Santos (Salmo 149, 1), ¿y puede haber Iglesia de los Santos en la tierra? Pues el Profeta dice: Porque la tierra está contaminada con sangre, y adulterios, y homicidios se han derramado sobre la tierra (Ezequiel 9; y Oseas 4, 2). ¿Cómo, entonces, se verá que puede haber Iglesia de los Santos en la tierra? El Apóstol enseña diciendo que, aunque caminamos en la tierra, nuestra ciudadanía está en los cielos (Filipenses 3, 20). Así, pues, se logra que, estando en la tierra, los Santos formen una Iglesia celestial. Alégrense, dice, Israel en aquel que lo hizo (Salmo 149, 2). Israel, es decir, los justos y santos, alégrense en el Señor, pero los injustos se alegren en el mundo. Al terminar el mundo, se acabará la exultación de los injustos, porque al permanecer el Señor, permanecerá la exultación de los justos. Por tanto, si pertenecemos a Israel, y si queremos ser Israel, no nos alegremos en las cosas hechas, sino en aquel que las hizo. Sea nuestra esperanza nuestro Dios. Quien hizo todas estas cosas, es mejor que todas ellas. ¿Qué es Israel? Ver a Dios. ¿Cómo somos Israel, si aún no vemos? Hay una cierta visión de este tiempo, habrá otra visión en el tiempo futuro. La visión que ahora es, es

por la fe; la visión que será, será por la apariencia. Si creemos, vemos; si amamos, vemos. ¿Qué vemos? A Dios. ¿Dónde está ese Dios? Pregunta al apóstol Juan. Dios, dice, es caridad (1 Juan 4, 8 y 16). Quien tiene caridad, ¿por qué lo enviamos lejos para ver a Dios? Que atienda su conciencia, y allí verá a Dios. Si la caridad no habita allí, Dios no habita allí. Pero si la caridad habita allí, Dios habita allí. Si desea verlo sentado en el cielo, tenga caridad, y en él habita.

III. Pero Y los hijos de Sión se alegren en su Rey (Salmo 149, 2). ¿Quiénes son ellos? Vale la pena conocerlo. Sión se interpreta como Atalaya; la atalaya es un lugar alto y elevado, desde donde se ve de lejos lo que ha de venir. Si, pues, colocamos nuestra vida más alto que la tierra, y mucho más alto que los vicios humanos por la virtud de la fe, con razón seremos llamados Hijos de Sión. El Rey de Sión, sin duda, es aquel que dice: Yo he sido constituido rey por Él, sobre Sión, su monte santo (Salmo 2, 6). Esa Sión es también Jerusalén, pero la verdadera Sión y la verdadera Jerusalén, no aquella que cayó en la guerra, que se nos ha dado en misterio, sino aquella que está en los cielos: Jerusalén, que es nuestra madre (Gálatas 4, 26). Ella nos engendró, ella nos nutrió, en parte peregrina en el mundo, en gran parte permaneciendo en el cielo. En la parte que permanece en el cielo, es la bienaventuranza de los Ángeles; en la parte que peregrina en este mundo, es la esperanza de los justos. De ella se dijo: Gloria a Dios en las alturas; de esta se dijo: Y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Lucas 2, 14). Quienes en esta vida gimen y desean aquella patria, corran, no con los pies del cuerpo, sino con los afectos del corazón. No busquen naves, sino que tomen las alas de la caridad. ¿Cuáles son las dos alas de la caridad? El amor a Dios y el amor al prójimo. Pues peregrinamos, dice el Apóstol: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor (2 Corintios 5, 6). Pero nos han llegado cartas de nuestra patria recordándonos nuestro regreso. Se nos leen cuando se nos recitan las Escrituras divinas. ¡Bienaventurados los que están allí! No son heridos por deseos, no son atormentados por iniquidades propias o ajenas, cuyo único negocio es alabar a Dios. No aran, no siembran. Estas son obras de necesidad; allí no hay necesidad. No roban, no saquean. Estas son obras de iniquidad; allí no hay iniquidad. No parten el pan al hambriento, no visten al desnudo, no acogen al peregrino, no entierran al muerto. Estas son obras de misericordia; allí no hay miseria en la que se haga misericordia.

IV. ¡Oh bienaventurados! ¿Creemos que también seremos así? Ea, suspiremos, gemamos por lo que somos y por donde estamos. ¿Y dónde estamos? En un mundo vano y transitorio. ¿Y qué somos? Mortales, arrojados, despreciados, y como dijo un Santo: Tierra y ceniza (Génesis 18, 27). Pero quien nos prometió inmortalidad y eternidad, es omnipotente. Si nos miramos a nosotros mismos, ¿qué somos? Si lo miramos a Él, es Dios, es omnipotente. ¿No hará Dios un ángel de un hombre, quien hizo al hombre de la nada? ¿O acaso tiene en poco al hombre, por quien quiso morir su Único? Consideremos la prueba de su amor y de su promesa, de la cual hemos recibido tales arras. Tenemos la muerte de Cristo, tenemos la sangre de Cristo. Que se levante, pues, la fragilidad humana, no desespere, no se aparte. Quien prometió, es Dios, y vino para prometer. Se apareció a los hombres, vino a asumir nuestra muerte, a prometer su vida. Así quiso Dios que la debilidad humana estuviera segura de su promesa, que no solo lo dijera, sino que también lo escribiera. A los creyentes les habló, a los dudosos les previno, y he aquí que todo se guarda en un cierto documento, en la Sagrada Escritura. Vino, pues, a la región de nuestra peregrinación a recibir lo que aquí abunda: oprobios, azotes, injurias, corona de espinas, cruz, muerte. Estas cosas abundan en nuestra región. Trajo mercancías, vino, nos trajo de aquella región bienes, y en nuestra región soportó males. Nos prometió, sin embargo, que allí estaríamos, de donde vino, y dijo: Padre, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo (Juan 17, 24). Tanto precedió su amor, que donde nosotros estábamos, estuvo con nosotros; donde Él está, estaremos con Él.

Por tanto, retened a Cristo, hermanos, retened la fe, retened el camino. Él os llevará a lo que ahora no podéis ver. Pues en esa cabeza apareció lo que se espera en los miembros. En ese fundamento se demostró lo que se edificará en nuestra fe, para que después se perfeccione en esperanza.

SERMO XI. En el Natalicio de Juan Bautista.

SINOPSIS.

I. Quién, a quién, y qué lámpara preparó. II. La modestia de Juan Bautista. III. La dignidad de Juan Bautista. IV. El misterio de la Trinidad, y la coeternidad del Padre y del Hijo. V. En el Bautismo de Cristo se manifiesta la Trinidad. VI. Quiénes son los enemigos ocultos de Cristo. VII. Quiénes son los enemigos abiertos de Cristo. VIII. Recapitulación y Exhortación.

I. Hablamos a vuestra Caridad en la casa de Dios, lo que el presente Salmo ha recordado. ¿Quién es el que dice: He preparado una lámpara para mi Cristo. A sus enemigos los vestiré de confusión; pero sobre Él florecerá mi santificación (Salmo 131, 17, 18); y cuál es esa lámpara que preparó para su Cristo, y quiénes son los enemigos de su Cristo, a quienes viste de confusión por esa lámpara, y cuál es su santificación, que preparó una lámpara para su Cristo, que florecerá sobre su Cristo. En todas estas palabras, solo parece claro y evidente lo que aquí dice: Para mi Cristo. No se debe entender otra cosa que Cristo el Señor y nuestro Salvador. Al investigar, pues, cuanto Dios concede, la profundidad de este sentido, encontramos que esto lo dice Dios Padre. Dios Padre, es decir, la persona de Dios Padre habla por el Profeta: He preparado una lámpara para mi Cristo. Que el Hijo de Dios sea también el Cristo de Dios, no necesita explicación para los cristianos. Encontrada, pues, la persona que habla, veamos cuál es la lámpara preparada por Dios Padre para Cristo su Hijo. El mismo Señor dice de Juan Bautista: Él era una lámpara ardiente y luminosa, y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz (Juan 5, 35). Llamó lámpara a Juan, encendida del manantial de luz, para dar testimonio de la verdad. Pues en esta ceguera y en esta debilidad del ojo interior yacían los hombres, de modo que el Sol de justicia se buscaba a través de una lámpara. Pues si alguien tuviera el ojo del corazón limpio, vería a Él mismo primero, y no buscaría una lámpara para su testimonio. Pues después de haber dicho de esa lámpara: Quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz; pero yo, dice, tengo un testimonio mayor que el de Juan (Juan 5, 36). La lámpara, pues, fue encendida para los enfermos en la noche. ¿Y cómo la encendió? El Padre dice a su Cristo Hijo de Juan: He aquí que envío a mi Ángel delante de ti, que preparará tu camino delante de ti (Malaquías 3, 1, y Mateo 11, 10). Preparó una lámpara para su Cristo (Salmo 131, 17).

II. ¿Cómo viste a sus enemigos de confusión por esa lámpara? Pero primero ved lo que dijimos, que la lámpara fue encendida del manantial de luz. El mismo Juan testifica: Nosotros hemos recibido de su plenitud (Juan 1, 16). Pero Juan era tan excelso, que no fue enviado antes de Cristo, sino que se pensó que él mismo era Cristo. Pero si él hubiera sido una lámpara apagada y humeante por el hedor de la soberbia, cuando fue enviado a él desde los judíos, y se le dijo: ¿Quién eres tú? ¿Eres tú el Cristo? ¿O Elías? ¿O el Profeta? habría dicho: Yo soy. Pues había encontrado la ocasión de su jactancia, con el honor falso que el error de los hombres le confería espontáneamente. ¿Acaso intentaba persuadir esto, lo que decían los que preguntaban? Pero fue enviado humilde a preparar el camino al excelso. De ahí que es amigo del Esposo, porque es siervo conocedor del Señor. Y dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor. Enderezad sus sendas (Mateo 3, 3). Yo no soy el Cristo, ni Elías, ni el Profeta. Y ellos: ¿Quién eres, entonces? ¿Y qué dijo? Yo soy la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor. Pues esto ya lo había predicho Isaías

















para ser engendrado por el Padre? ¿Quién puede ver esto? Purifica tu corazón, sacude el polvo, lava la mancha. Todo lo que perturba la visión interior, que sea curado y sanado, y aparecerá lo que se dice y se cree antes de ser visto.

V. Ahora, sin embargo, creemos, hermanos. ¿Qué creemos? Que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no se preceden en ningún momento. Por tanto, cuando el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo no se preceden en ningún momento, sin embargo, no pude nombrar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a menos que estos nombres estuvieran sujetos al tiempo, y estuvieran sujetos a sus tiempos. No es anterior el Padre, ni posterior el Hijo, y sin embargo, no pude decirlo, sino uno primero y otro después, y todas las sílabas mantuvieron sus tiempos, y la segunda sílaba en mis palabras no pudo sonar, sino cuando la primera había pasado. Se completaron los tiempos en mis sílabas, cuando decía cosas que no tienen tiempos. Así, pues, hermanos míos, cuando esa Trinidad se mostró sensiblemente a esta carne, en el río apareció toda la Trinidad, donde el Señor fue bautizado por Juan. Fue bautizado, ascendió del bautismo, descendió la paloma, y sonó una voz del cielo: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mateo 3, 17). El Hijo en el hombre, el Espíritu en la paloma, el Padre en la voz. La cosa indistinta fue mostrada distintamente; si es que debe llamarse cosa, sino más bien la causa de todas las cosas, si es que es causa. ¿Qué decimos, cuando hablamos de Dios? Y sin embargo, hablamos, y se deja decir, quien no es como se piensa; pero no se puede decir, ni como se piensa. Pero en cuanto a los hombres, hermanos, he aquí que apareció por la paloma, y se cumplió: Sobre él florecerá mi santificación. Florecerá, se dijo: aparecerá claramente. Pues nada en el árbol es más claro que la flor, nada más luminoso. Vamos ya. Hemos llegado a las últimas palabras del Hypopsalm: Sobre él florecerá mi santificación (Salmo 131, 18). Recuerdo haber omitido quiénes son los enemigos que fueron confundidos por la lámpara.

VI. He preparado una lámpara para mi Cristo, dijo el Padre de su Hijo. ¿Qué lámpara? Juan. Pregunta al mismo Hijo. Él era la lámpara ardiente y luminosa. A sus enemigos los vestiré de confusión. ¿Quiénes son los enemigos manifiestos de Cristo, sino los judíos? Pues Cristo tiene enemigos ocultos. Todos los que viven inicua y impíamente son enemigos de Cristo, aunque se marquen con su nombre, aunque se llamen cristianos. Pues a quienes les dirá: No os conozco, y ellos dirán: Señor, en tu nombre comimos y bebimos, en tu nombre hicimos muchas maravillas (Lucas 13, 26, y Mateo 7, 22-23). ¿Qué comimos y bebimos en tu nombre? Pues no alardeaban de sus comidas como algo grande, y de ahí decían pertenecer a Cristo. Hay un alimento que se come y se bebe, y es Cristo. Y Cristo es comido y bebido por los enemigos. Los fieles conocen al Cordero inmaculado, del cual se alimentan, y ojalá se alimenten de tal manera que no sean deudores de castigo. Pues como dice el Apóstol: Quien come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí (1 Corintios 11, 29). Por tanto, son enemigos de Cristo, quienes prefieren vivir inicua y impíamente a obedecerle, y cuando se dice que vendrá a juzgar a vivos y muertos, temen que venga. Si les fuera posible, harían que no viniera. Como no pudieron hacer que no viniera, harían que no regresara. Ya los judíos quisieron hacer esto, que no regresara. Pues fue enviado el hijo a aquellos malos labradores, a los malos arrendatarios que no querían pagar la renta, y apedreaban a los siervos enviados a ellos. Entonces dijo el padre de familia, el dueño de la viña: Enviaré a mi hijo (Lucas 20, 13). Quizás a él lo respeten. Pero ellos pensaron diciendo: Este es el heredero. Venid, matémoslo, y la herencia será nuestra (Ibid. 14). No pudieron hacer que no viniera del padre, y trataron de hacer que no regresara al padre. Pero ¿a quién esto? Veían y despreciaban al mortal, pero en él no pudieron matar sino la muerte. En la muerte de Cristo, la muerte murió. Él resucitando ascendió al Padre y vendrá. ¿Qué teméis? Amad, y estaréis seguros. ¿Acaso no oramos:

Venga tu reino (Mateo 6, 10)? Por tanto, hermanos, oramos, y tememos que seamos escuchados.

VII. Pero estos, como comencé a decir, son enemigos ocultos. Hablemos de aquellos manifiestos, que abiertamente envidiaron, se ensañaron, apresaron, azotaron, burlaron, crucificaron, mataron, sepultado custodiaron. Veamos cómo fueron vestidos de confusión por aquella lámpara. Cuando los mismos enemigos veían los milagros en el Señor: Dinos, dicen, ¿con qué autoridad haces estas cosas? (Lucas 20, 2). Preguntaron con ánimo enemigo, para que, si él confesaba su autoridad, lo tuvieran como reo de blasfemia. Pero, como hizo con la moneda, cuando querían calumniarlo, si decía: Que se pague el tributo al César, como si maldijera a la nación de los judíos, que había hecho sujeta y tributaria; pero si decía: No se pague, lo acusarían ante los amigos y ministros del César, de que prohibía pagar; pero él dijo: Mostradme la moneda; ¿de quién tiene la imagen y la inscripción? Respondieron: Del César. Dad, pues, al César lo que es del César, y lo que es de Dios, a Dios (Mateo 22, 19-21). Esto es decir: Si César busca su imagen en la moneda, ¿no busca Dios su imagen en el hombre? Así también aquí los enemigos calumniadores Hablaron con doblez de corazón (Salmo 11, 3). Pues no habrían hablado una vez en el corazón, si no tuvieran un corazón doble, y, de donde poco antes se dijo, un corazón combinado, no simple. Ved, pues, cuánto importa. De muchos siervos de Dios se dijo, que tenían un solo corazón: Tenían, dice, una sola alma y un solo corazón (Hechos 4, 32) en Dios. Muchos simples tienen un solo corazón, un engañoso tiene dos corazones. Por tanto, porque ellos hablaban con doblez de corazón: Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? es decir, si dices, te honramos; si dices, te veneramos; si dices, te rogamos, parece esto sonar de otro corazón; pero de otro (pues allí había doblez) si dices, te calumniamos; si dices, encontraremos qué retener; si dices, encontraremos qué acusar. Tales enemigos. Pero que sean confundidos por la lámpara. Ahora los veréis confundirse. Y bien, porque estamos en tiempo de lucernario, que sean confundidos los enemigos de Cristo por la lámpara que el Padre preparó para su Cristo. Pues él era la lámpara ardiente, dijo el mismo Señor. ¿Qué respondió, pues, a los que decían: Dinos, ¿con qué autoridad haces estas cosas? Yo también os preguntaré una cosa. Decidme: ¿El bautismo de Juan, de dónde es? ¿Del cielo o de los hombres? Ellos, perturbados entre sí: Si decimos: Del cielo, nos dirá: ¿Por qué no le creísteis? Es decir, ¿por qué me preguntáis con qué autoridad hago estas cosas, cuando de mí él dio testimonio, a quien vosotros preguntasteis? Por tanto, si decimos: Del cielo, nos dirá: ¿Por qué no le creísteis? Si decimos: De los hombres, tememos al pueblo; pues todos tenían a Juan como profeta (Mateo 21, 24-27), temiendo al pueblo por esto, temiendo a la verdad por aquello, de aquí temerosos, de aquí envidiosos, en todas partes ciegos respondieron: No sabemos. Se presentó la lámpara, huyeron las tinieblas. Pues, aunque estaban presentes de cuerpo, huyeron de corazón diciendo que no sabían lo que sabían. El indicio de la huida del corazón es el temor. Temían ser apedreados por el pueblo, si decían que el bautismo de Juan era de los hombres; temían ser convencidos por Cristo, si decían que el bautismo de Juan era del cielo. Huyeron confundidos. Nombrado, pues, Juan, temieron, perturbados callaron. Y él: Ni yo os diré con qué autoridad hago estas cosas.

VIII. Por tanto, fue preparada la lámpara para Cristo nuestro Señor Juan el Bautista. Sus enemigos calumniadores interrogadores, al presentarse la luz de la lámpara, confundidos se retiraron. Se cumplió: A sus enemigos los vestiré de confusión. Pero nosotros, hermanos, reconociendo al Señor tanto por Juan el Bautista precursor, como por el testimonio del mismo Señor, de quien dijo: Tengo un testimonio mayor que el de Juan, creyendo en Cristo, seamos hechos cuerpo de su cabeza, para que un solo Cristo sea cabeza y cuerpo, y en todos nosotros hechos uno se cumplirá: Sobre él florecerá mi santificación.

SERMO XII. En las vigilias de los Apóstoles Pedro y Pablo.

## SINOPSIS.

I. Pedro interrogado tres veces por el Señor sobre su amor. II. Contra aquellos que dividen el rebaño del Señor. III. Contra los donatistas que limitan el rebaño del Señor a África. IV. Los donatistas más ciegos que los judíos. V. Exhortación contra el cisma.

I. TODO lo que ahora se lee del santo Evangelio, fue hecho y dicho después de la resurrección del Señor. Escuchamos, pues, al Señor Jesucristo interrogando al Apóstol Pedro, pero preguntando si lo amaba (Juan 21). Preguntaba, pues, el Señor al siervo, el maestro al discípulo, el creador al hombre, el redentor al liberado, la firmeza al temeroso, el que sabe al ignorante, y donde se hacía interrogador, allí mostraba ser maestro. Pues Cristo no ignoraba lo que Pedro llevaba en su corazón. Pregunta una vez. Responde él; y no es suficiente. Pregunta de nuevo; y no otra cosa, sino lo que había preguntado, eso mismo también él responde. La pregunta se repite por tercera vez, la respuesta de amor por tercera vez. Pues él fue interrogado tres veces por amor, quien había negado tres veces por temor. Cuando el Señor moría, temió, temió y negó; pero resucitando el Señor, infundió amor, ahuyentó el temor. Pues ¿qué temería ya Pedro? Pues cuando negó, ciertamente negó porque temió morir. Resucitando el Señor, ¿qué temería, en quien encontró la muerte muerta? Ciertamente él mismo interrogaba vivo, quien sepultado estaba muerto. Él estaba presente, quien en el madero había colgado. Cuando nuestro Señor Jesucristo era juzgado por los judíos, entonces Pedro interrogado, y, lo que es peor, por una mujer, y, lo que es más deshonoroso, por una sierva, temió y negó. Bajo la sierva tembló, bajo el Señor firmemente se mantuvo. Pero confesando su amor una vez, y otra vez, y por tercera vez, le encomendó sus ovejas. ¿Me amas? dice. Señor, tú sabes que te amo. Y él: Apacienta mis corderos (Ibid. 16). Esto una vez, esto otra vez, esto por tercera vez; como si no hubiera donde Pedro mostrara su amor por Cristo, sino siendo un pastor fiel bajo el Príncipe de todos los pastores. ¿Me amas? Te amo (Ibid. 17). ¿Y qué me darás amándome? ¿Qué me darás, hombre, a tu creador? ¿Qué darás de tu amor, redimido, a tu redentor, como mucho, soldado a tu rey? ¿Qué darás? Esto solo exijo. Apacienta mis ovejas (Ibid.).

II. Ved, sin embargo, hermanos, por causa de los hombres siervos malos, que del rebaño del Señor se hicieron peculia con sus hurtos, y lo que no compraron, dividieron. Pues surgieron algunos siervos infieles, dividieron el rebaño de Cristo, y del rebaño de él, de algún modo con sus hurtos, se hicieron peculia, y los oyes decir: Mis ovejas son aquellas. ¿Qué buscas en mis ovejas? No te encontraré en mis ovejas. Si también nosotros decimos nuestras, y ellos dicen tuyas, Cristo ha perdido sus ovejas. Poned ante vuestros ojos al Príncipe de los pastores, al Señor de su rebaño, de pie, y discerniendo, y juzgando entre sus siervos. ¿Tú qué dices? Mis ovejas son estas. ¿Y tú qué dices? Estas son mis ovejas. ¿Dónde están las que yo compré? ¡Siervos malos! Decís vuestras ovejas, y lo que compré, os lo apropiáis, cuando vosotros, si no os hubiera comprado, habríais perecido. Nosotros, ¡lejos de nosotros decir que sois nuestras ovejas! No es esa voz católica, no es genuina, no es de Pedro, porque es contra la Roca. Sois ovejas, pero de aquel que compró tanto a nosotros como a vosotros. Tenemos un solo Señor. Es pastor, pero no contratado. Apacienta las tuyas, y lo que nadie hace con las ovejas, y dio precio, y confeccionó el instrumento. Busca el precio. Es su sangre. Busca el instrumento. Es el Evangelio, que ahora, cuando se recitaba, escuchasteis. ¿Qué dijo a Pedro? ¿Me amas? Te amo. Apacienta mis ovejas. ¿Acaso las tuyas? ¿Queréis saber a quién dice tuyas? Escuchad en el Libro santo, que se llama Cantar de los Cantares. Allí se leen los santos Amores: El Esposo y la Esposa, Cristo y la Iglesia. Y todo ese Libro es como un Canto de Bodas, como dicen Epitalamio, pero de lecho santo, de lecho casto. Pues en el sol puso su tabernáculo, esto es, en la luz, en público, donde se viera, y no se ocultara, Y él como esposo

salió de su tálamo (Salmo 18, 6). Pues tomó esposa, carne humana. Su tálamo era el vientre virginal. Allí se unió a la Iglesia, para que se cumpliera lo que antes se había predicho: Y serán dos en una sola carne (Génesis 2, 24, y Mateo 19, 5).

III. Hablaban, pues, entre sí estos amantes, Cristo y la Iglesia. Dice la Iglesia: Anúnciame, amado de mi alma, ¿dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? ¿Por qué quiero que me anuncies, ¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? No sea que me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros. Por eso, dice, quiero que me anuncies, ¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía, para que cuando venga a ti, no me equivoque, No sea que me convierta como cubierta sobre los rebaños de tus compañeros (Cantar 1, 6), es decir, irrumpa en rebaños no tuyos, sino de tus compañeros, Como cubierta. ¿Qué es otra cosa Cubierta, sino como oculta e ignorada? Los donatistas suelen decir en estas palabras su sentido, no el sentido de las Escrituras. Pues suelen decir esto: África es el mediodía, el mediodía del mundo es África; por eso la Iglesia pregunta al Señor, ¿Dónde pastoreas, dónde descansas? y él responde, En el mediodía; como: No me busques, sino en África. Lee, y entiende, Mente herética, Se te propone ahora un Espejo. Aquí te encontré. Entiende, pues, que aún la Esposa pregunta. ¿Por qué haces ya responder al Esposo? O al menos reconoce el género femenino. ¿Dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? No sea que me convierta como cubierta. Cubierta, creo, es femenino, no masculino. Por tanto, oh Señor, sea el mediodía África. Así se entienda, como ellos entienden. África es el mediodía. Aquí se hizo la parte de Donato. Aquí gran división, y la sierra de la disensión fue llevada por el rebaño de Cristo. Por eso pregunta como la Iglesia de ultramar, donde no se hizo esta división: Anúnciame, amado de mi alma, ¿dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? Pues oigo decir allí parte de Donato, a otros católicos, a otros donatistas. Anúnciame, ¿dónde pastoreas, para que no venga y me equivoque allí. Busco anuncio, donde temo incertidumbre. Anúnciame, ¿dónde pastoreas, dónde descansas al mediodía? ¿Por qué quiero que me anuncies? No sea que me convierta como cubierta, porque a la parte de Donato como cubierta soy, como ignorada soy. Allí soy predicada, y a ellos les paso desapercibida.

IV. Las Escrituras dicen: En los últimos tiempos, el monte del Señor será manifiesto, preparado en la cima de los montes, y se exaltará sobre las colinas, y vendrán a él todas las naciones (Isaías II, 2). Se le llama monte, y el monte está cubierto para la parte de Donato. Quien tropieza con la piedra, se le debe perdonar. ¿Pero quién tropieza con el monte, qué clase de ojos tiene? ¡Hermanos míos! Los judíos son más excusables. Los judíos tropezaron con la piedra, los herejes con el monte. ¿Cómo tropezaron los judíos con la piedra? Porque Cristo, cuando sufría, aún era pequeño, y se dijo: Tropezaron con la piedra de tropiezo (Rom. IX, 32). El santo Daniel vio una visión y escribió lo que vio, y dijo que vio una piedra cortada del monte sin manos (Dan. II, 34). Cristo viene del pueblo de los judíos. También era un monte, porque tiene un reino. ¿Qué significa "sin manos"? La piedra fue cortada sin obra humana, porque no se acercó obra masculina a la Virgen, para que naciera sin obra humana. La piedra fue cortada del monte sin manos y rompió la estatua, en la que se significaban los reinos de la tierra. ¿Y qué se dijo? Esta es la piedra con la que tropezaron los judíos, tropezaron con la piedra de tropiezo. ¿Cuál es el monte con el que tropezaron los herejes? Escucha al mismo Daniel. Y creció aquella piedra, dice, y se hizo un gran monte, de modo que llenó toda la faz de la tierra (Ibid. 35). Con razón el Salmo dice a Cristo el Señor resucitado: Exáltate sobre los cielos, Dios, y sobre toda la tierra tu gloria. ¿Qué significa "sobre toda la tierra tu gloria"? Sobre toda la tierra tu Iglesia, sobre toda la tierra tu esposa. Y sin embargo dice: Anúnciame, a quien ama mi alma. Ya estoy en todas partes, ya tengo todas las tierras, y estoy cubierta para los africanos. Por lo tanto, anúnciame, no sea que me convierta en una cubierta sobre los rebaños, no de tus ovejas, sino de tus compañeros. Porque

los compañeros hicieron cismas. ¿Quiénes son los compañeros? Los que se acercaron a la mesa del Señor, de quienes dice en otro lugar el Salmo: El que comía mi pan (Sal. CVII, 6); de quienes dice: Si un enemigo me hubiera insultado, lo habría soportado, y si el que me odiaba hubiera hablado grandes cosas contra mí, ciertamente me habría escondido de él (Id. XL, 10). Pero tú, hombre unánime, mi guía y conocido, que conmigo tomabas dulces alimentos, en la casa del Señor caminábamos con consenso (Id. LIV, 13-15). A veces con consenso, ahora con disenso, porque sin sentido. Estos son los compañeros que ella temía, no fuera a caer en ellos. Temo, dice, no vaya a errar; temo, no vaya a caer como cubierta en los rebaños de tus compañeros, no vaya a errar y perecer; no vaya a perder todo el bautismo que recibí al repetirlo.

V. Habéis escuchado la preocupación de la Esposa, escuchad la respuesta del Esposo. Cuando esto fue dicho por la Esposa, inmediatamente el Esposo: Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres (Cant. I, 7). ¡Católica, hermosa entre las herejías! Si no te conoces a ti misma, si no te atiendes a conocerte donde me aprendiste, si no antepones mis Escrituras a los rumores humanos, si no te conoces a ti misma, porque estás en todas partes; si no te conoces a ti misma, porque estás designada donde se dijo: Pídeme, y te daré las naciones por herencia (Sal. II, 8); si no te conoces a ti misma, ¿qué? ¡Sal tú! Si no te conoces, ¡sal! Mala palabra, palabra dolorosa: ¡Sal! ¡Dios nos libre de eso! Ved de quiénes se dijo: Salieron de nosotros, pero no eran de nosotros (1 Juan II, 19). Al mal siervo se le dice: Sal, porque el siervo no permanece en la casa para siempre, el hijo permanece para siempre (Juan VIII, 35). ¿Queréis ver que al mal siervo se le dice: Sal? ¿Qué se le dice al buen siervo? Entra en el gozo de tu Señor (Mat. XXV, 21). Por lo tanto, cada uno que escucha, cada uno que es miembro de su Esposa, tema lo que se dice; Si no te conoces a ti misma, oh hermosa entre las mujeres, sal tú en las huellas de los rebaños (Cant. I, 7). ¿Qué significa "en las huellas de los rebaños"? A través de los errores de los hombres, no en la voz del Pastor. Nosotros, hermanos, ¿no salgamos en las huellas de los rebaños? Tenemos las huellas del Pastor, que siguiendo no erramos. Cristo sufrió por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigamos sus huellas (1 Pedro II, 21). Por lo tanto, si no te conoces a ti misma, sal tú en las huellas de los rebaños, y apacienta tus cabritos (Cant. I, 7). Y cabritos, y tuyos. Sabéis que las ovejas están a la derecha, los cabritos a la izquierda. Y apacienta tus cabritos. ¿Por qué "tus cabritos"? Porque sales, apacientas, como Donato, tus cabritos. Pero si no sales, apacientas, como Pedro, mis ovejas (Juan XXI, 17).

SERMO XIII. En el Natalicio de San Lorenzo mártir.

SINOPSIS.

I. Alabanza de San Lorenzo, y cómo deben celebrarse las Fiestas de los mártires. II. El ejemplo de los mártires como estímulo para vivir bien y estar vigilantes contra el diablo. III. Nosotros más bien hijos de Abraham que los judíos. IV. Contra aquellos que profanan las Memorias de los Mártires con intemperancia. V. A los afligidos se les propone el ejemplo de Pablo. VI. La caridad materna en Pablo, y más en la divina Sabiduría. VII. Las buenas obras nacen de la necesidad. VIII. Esta vida es una lucha perpetua contra la muerte. IX. Los bienes de la vida eterna exceden nuestra comprensión. X. Se recomienda el mutuo sufragio de la Oración.

I. POR el fastidio del oyente, el sermón debería haberse omitido, pero por la devoción al Mártir debe presentarse. Así, con la ayuda del Señor, se moderará de manera que no sea oneroso, ni quizás disminuido, en cuanto sea suficiente. Ha amanecido un día muy solemne en Roma, que se celebra con gran concurrencia de pueblo. Nos unimos, aunque ausentes en

cuerpo, presentes sin embargo en espíritu con nuestros hermanos en un solo cuerpo bajo una sola cabeza. Pues no es solo donde está la tumba de su cuerpo donde se recuerda su mérito. La devoción se debe en todas partes. La carne se coloca en un solo lugar, pero el espíritu victorioso está con aquel que está en todas partes. El bienaventurado Lorenzo era en el cuerpo, como hemos recibido, un joven, un hombre grave en el ánimo, a quien mucho recomendaba su edad más verde, una corona más inmarcesible. Era diácono, en oficio inferior al obispo, igualado en corona al Apóstol. Esta solemnidad de todos los mártires gloriosos fue instituida en la Iglesia para que, por la fe, se lleve a la imitación a quienes no vieron sufrir, se les recuerde con solemnidad. Pues tal vez se borraría de los corazones de los hombres lo que no se repitiera anualmente. Y no pueden ser fervientes solemnidades de todos los mártires en todas partes, pues no faltarían diariamente. No se puede encontrar ni un solo día en el curso del año en que no hayan sido coronados mártires en diversos lugares. Pero las solemnidades más fervientes, si fueran continuas, traerían fastidio; los intervalos renuevan el afecto. Escuchemos lo que se ha mandado, atendamos a lo que se ha prometido. En la solemnidad de cualquier mártir, preparemos así nuestro corazón para su festividad, para no separarnos de su imitación.

II. Pues era hombre, y nosotros somos hombres. Aquel que lo hizo a él, también nos hizo a nosotros. Con el mismo precio fue comprado, y nosotros también. Por lo tanto, un hombre cristiano no debe decir: ¿Por qué entonces? Más bien no debe decir: Yo no. Sino: ¿Por qué yo no también? Habéis escuchado al bienaventurado Cipriano, ejemplo y trompeta de los mártires: En la persecución, dice, la milicia, en la paz la conciencia es coronada. Nadie, por lo tanto, piense que le falta tiempo. No siempre está presente el tiempo de la pasión, pero siempre está el de la devoción. Ni nadie se considere débil, donde Dios opera las fuerzas, no sea que, al temer por sí mismo, desespere del mismo operador. Por eso Dios quiso que hubiera ejemplos de mártires de todas las edades y de ambos sexos. Han sido coronados ancianos, jóvenes, adolescentes, niños, hombres, mujeres. Y en las mujeres, toda edad ha sido coronada, y no dijo la mujer: Soy inferior en sexo para vencer al diablo. Más bien, atendió a derribar al enemigo, del cual fue derribada, y a combatir con fe, a quien consintió con seducción. ¿Acaso las mujeres presumieron de sus fuerzas? A todo hombre se le ha dicho: ¿Qué tienes que no hayas recibido? (1 Cor. IV, 7). La gloria de los mártires es la gloria de Cristo precediendo a los mártires, llenando a los mártires, coronando a los mártires. Sin embargo, aunque en un tiempo hay paz, en otro persecución, ¿falta en algún tiempo lo oculto? Nunca falta. Aquel león dragón, ni siempre ruge, ni siempre acecha, pero siempre persigue. Cuando la saña es abierta, no son ocultas las acechanzas. Cuando las acechanzas son ocultas, no es abierta la saña. Es decir, cuando ruge como león, no se arrastra como dragón. Cuando se arrastra como dragón, no ruge como león; sin embargo, porque o es león, o es dragón, siempre persigue. Cuando el rugido calla, cuida las acechanzas. Cuando las acechanzas se descubren, evita al león en su rugido. Y el león y el dragón se evitan, si siempre el corazón se guarda en Cristo. Todo lo que en esta vida es de temer, pasará. En la otra vida, lo que es de amar no pasa, y lo que es de temer no pasa.

III. Ciertamente ahora en el Evangelio el Señor hablaba a los judíos, y les decía: ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos! porque construís los monumentos de los profetas, y decís: Si hubiéramos estado en el tiempo de nuestros padres, no habríamos consentido con ellos en la muerte de los profetas. Ciertamente dais testimonio de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas. Y vosotros llenaréis la medida de vuestros padres. Pues cuando dijeron: Si hubiéramos estado en el tiempo de nuestros padres, no habríamos consentido con ellos en la muerte de los profetas (Mat. XXIII, 29-32), confirmaron que eran hijos de aquellos. Pero nosotros, si seguimos el camino recto, no decimos que nuestros padres son aquellos que

mataron a los profetas, sino que decimos que nuestros padres son aquellos que fueron muertos por los padres de ellos. Pues así como uno degenera en costumbres, así se hace hijo en costumbres. Porque ciertamente, hermanos, hemos sido llamados hijos de Abraham, no conocemos el rostro de Abraham, ni descendemos de su linaje carnal. ¿Cómo entonces somos sus hijos? No en la carne, sino en la fe. Pues Abraham creyó a Dios, y le fue contado por justicia (Gén. XV, 6). Si Abraham fue justo porque creyó, todos los que después de Abraham imitan la fe de Abraham se han hecho hijos de Abraham. Los judíos nacidos de la carne degeneraron, nosotros nacidos de extranjeros imitando hemos alcanzado lo que ellos degenerando perdieron. Por lo tanto, lejos esté que el padre de ellos sea Abraham, aunque de la carne vinieron de Abraham. Sus padres fueron aquellos de quienes ellos mismos confesaron. Si hubiéramos estado, dicen, en el tiempo de nuestros padres, no habríamos consentido con ellos en la muerte de los profetas. ¿Cómo dices que no habrías consentido con aquellos a quienes llamas tus padres? Si eran padres, eres hijo. Si eres hijo, habrías consentido. Si no habrías consentido, no eres hijo. Si no eres hijo, no son ellos padres. Por lo tanto, el Señor los convence de que harán lo que aquellos hicieron, porque los llamaron sus padres. Ciertamente, dice, dais testimonio de vosotros mismos, que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas, porque dijisteis que son vuestros padres. Y vosotros llenaréis la medida de vuestros padres.

IV. Y ahora consideremos quiénes son los hijos de los muertos, y quiénes son los hijos de los asesinos. Y veis a muchos correr a las Memorias de los Mártires, bendecir sus copas de las Memorias de los Mártires, regresar saciados de las Memorias de los Mártires, y sin embargo, examínelos, y los encontrarás entre los perseguidores de los Mártires. Pues por ellos mismos tumultos, sediciones, danzas de toda lujuria, que Dios odia, y ahora, porque ya no pueden lapidar a los coronados, los persiguen con copas. ¿Quiénes eran, y de quiénes eran hijos, aquellos cuyas danzas fueron prohibidas en la reciente y casi de ayer Memoria del lugar del santo mártir Cipriano? Ciertamente allí bailaban, y allí se alegraban, y esperaban con grandes votos esa solemnidad, y siempre deseaban que llegara ese día. ¿Entre quiénes deben contarse? ¿Entre los perseguidores de los mártires, o entre los hijos de los mártires? Se mostraron cuando, prohibidos, se hincharon en sedición. Los hijos alaban, los perseguidores bailan. Los hijos cantan himnos, aquellos prolongan banquetes. Por lo tanto, no importa cómo parezcan honrar. Tales son los que honran, como aquellos que dijeron: Si hubiéramos estado en esos tiempos, no habríamos consentido con nuestros padres en la muerte de los mártires, o en la muerte de los profetas. Consentid ahora con la fe de los mártires, y creemos que no habrías consentido con los asesinos de los mártires. ¿De qué fueron coronados los mártires? Creo, caminando en el camino de Dios, tolerando, amando incluso a sus enemigos, intercediendo por ellos. Esta es la corona de los mártires, este es el mérito de los mártires. Amas, imitas, alabas, eres hijo del mártir. Llevas una vida contraria, entonces recibirás una mano contraria.

V. Por lo tanto, amadísimos, ya que la persecución, como he dicho, nunca falta, y el diablo o acecha o ruge, siempre debemos estar preparados con el corazón fijo en el Señor, y, en cuanto podamos, entre estas molestias, tribulaciones, tentaciones, orar por fortaleza del Señor, ya que por nosotros mismos somos pequeños y nada. ¿Qué diremos de nosotros? Habéis escuchado a Pablo el Apóstol cuando se leía. Como abundan, dice, las pasiones de Cristo en nosotros, así abunda por Cristo nuestra consolación (2 Cor. I, 5). Como se dice en el Salmo: Según la multitud de mis dolores en mi corazón, tus exhortaciones, Señor, alegraron mi alma (Sal. XCIII, 19). ¿Cómo se dijo esto en el Salmo: Según la multitud de mis dolores en mi corazón, así tus exhortaciones alegran mi alma, así lo dijo el Apóstol: Como abundan las pasiones de Cristo en nosotros, así abunda por Cristo nuestra consolación. Desfalleceríamos

cuando la persecución estuviera presente, si faltara el consolador. Y porque esas mismas fuerzas de soportar, o cierta relajación de vivir por un tiempo debido al ministerio necesario, no eran de ellos mismos, ved lo que dijo. No queremos que ignoréis, hermanos, acerca de nuestra tribulación que nos sobrevino en Asia, que fuimos abrumados sobremanera y más allá de nuestras fuerzas (1 Cor. I, 8). Aquella tribulación superó las fuerzas humanas, ¿acaso también las ayudas divinas? Sobremanera, dice, y más allá de nuestras fuerzas fuimos abrumados. ¿Cuánto más allá de las fuerzas? Ved que habla de las fuerzas del ánimo: Tanto que nos cansamos incluso de vivir. ¿Cómo fue afectado el Apóstol por la multitud de la presión, que, a quien la caridad instigaba a vivir, el tedio le prohibía de la vida? ¿Cómo la caridad lo instigaba a vivir, esa caridad de la que en otro lugar dice: Permanecer en la carne es necesario por vosotros (Filip. I, 24). He aquí que la persecución había crecido tanto, y la tribulación era tanta, que se cansaba incluso de vivir. He aquí el temor y el temblor vinieron sobre él, y lo cubrieron las tinieblas; como habéis escuchado cuando se decía en el Salmo. Pues es la voz del cuerpo de Cristo, la voz de los miembros de Cristo. ¿Quieres reconocer allí tu voz? Sé miembro de Cristo. El temor, dice, y el temblor cayeron sobre mí, y me cubrieron las tinieblas. Y dije: ¿Quién me dará alas como de paloma, y volaré, y descansaré? (Sal. LIV, 6, 7). ¿No parece que esto dijo el Apóstol cuando dijo: Tanto que nos cansamos incluso de vivir? De algún modo sufrió tedio del lazo de la carne, cuando quería volar hacia Cristo. La abundancia de tribulaciones infestaba el camino, pero no lo cerraba. Se cansaba de vivir, pero esto no en aquella vida eterna, de la que dice: Para mí vivir es Cristo, y morir es ganancia (Filip. I, 21). Pero porque por caridad aquí se mantenía, ¿qué sigue? Pero si vivir en la carne aquí es para mí fruto de obra, y no sé qué elegir. Estoy presionado por ambas cosas, teniendo el deseo de partir y estar con Cristo. ¿Quién me dará alas como de paloma? Pero permanecer en la carne es necesario por vosotros (Ibid. 22-24). Cedía a los susurros de sus polluelos, los cubría con sus alas extendidas, alimentaba a los polluelos, como él mismo dice: Me hice pequeño en medio de vosotros, como una nodriza que cuida a sus hijos (1 Tes. II, 7).

VI. Y ved, hermanos; se ha leído recientemente en el Evangelio: "Cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina a sus polluelos, y no quisiste" (Mateo XXIII, 37). Observad a la gallina, observad también a otras aves que anidan ante nuestros ojos. Incuban los huevos, alimentan a los polluelos. No veréis a ninguna enfermar con sus hijos. Mirad el comportamiento de la gallina cuando alimenta a sus polluelos, cómo cambia su voz y se quiebra en una especie de ronquera. Sus plumas no están recogidas y ágiles, sino erizadas y lánguidas, de modo que si ves a otra ave cuyo nido desconoces, no sabrás si tiene huevos o polluelos. Pero cuando ves a la gallina, aunque no veas sus huevos ni sus polluelos, por su misma voz y postura corporal entiendes que es madre. ¿Qué hizo entonces nuestra madre Sabiduría? Se debilitó en la carne para reunir a sus polluelos, para engendrar, para nutrir; pero lo débil de Dios es más fuerte que los hombres. Bajo estas alas de la debilidad de su carne, pero bajo el poder oculto de su Divinidad, quería reunir a los hijos de Jerusalén. Esto enseñó a su Apóstol, porque esto mismo hacía en él. Pues el mismo Apóstol dice: "¿Queréis recibir prueba de que Cristo habla en mí?" (2 Cor. XIII, 3). Y dice que las pasiones de Cristo abundaron en él, no sus propias pasiones, sino las pasiones de Cristo. Pues estaba en el cuerpo de Cristo, y era miembro de Cristo, y todo lo que se hacía en el Apóstol y en su miembro para nutrir a los polluelos, lo hacía la cabeza. Este Apóstol, entonces, atendiendo a la debilidad de sus polluelos con afecto y deseo, como paloma, deseaba volar, pero por amor a sus hijos, como gallina, permanecía. "Nosotros mismos", dice, "teníamos en nosotros mismos la respuesta de muerte, para que no confiáramos en nosotros, sino en Dios, que resucita a los muertos, que nos libró de tantas muertes, y nos libraré, en quien esperamos, porque aún nos libraré" (2 Cor. I, 9, 10). ¿Qué dice al librar y librar? Conserva esta vida

nuestra para vosotros. Pues de muchas muertes nos libró, para que no fuéramos oprimidos por los perseguidores, para que no fuéramos coronados antes de lo necesario para los polluelos, según aquello que dice: "Pero permanecer en la carne es necesario por vosotros. Y confiando en esto, sé que permaneceré y continuaré con todos vosotros para vuestro progreso y gozo de la fe" (Filip. I, 24, 25). El deseo lo llevaba a otro lugar, la necesidad lo retenía en otro. "Deseo partir", dice, "y estar con Cristo, lo cual es mucho mejor" (Ibid. 23). Esto no lo llamó necesario, sino mejor. Pues lo que es mejor se busca por sí mismo, lo que es necesario se asume por necesidad; de ahí se llama necesario.

VII. La necesidad de lo necesario le dio su nombre. Por tanto, ahora este alimento que usamos es necesario para nosotros; es necesario para sostener la vida temporal; pero aquel es el mejor alimento de virtud y sabiduría, el pan vivo, siempre eficaz, nunca deficiente. Aquel es el mejor, este es necesario. Por tanto, cuando pase esta necesidad de hambre y de sostener el cuerpo mortal, este alimento ya no será necesario. ¿Qué dice el Apóstol? "La comida para el vientre, y el vientre para la comida; pero Dios destruirá tanto a este como a estas" (1 Cor. VI, 13). ¿Cuándo los destruirá? Cuando este cuerpo animal resucite como espiritual. Allí no habrá necesidad, y no habrá obras de necesidad. Todas estas cosas, hermanos, incluso las buenas que aquí se llaman obras, y esas mismas obras que se nos exhorta a hacer diariamente, son obras de necesidad. ¿Qué hay tan bueno, tan noble, tan loable para un cristiano como partir el pan al hambriento? ¿Llevar al necesitado sin techo a casa? ¿Ver al desnudo y vestirlo? ¿Ver al muerto y enterrarlo? ¿Ver al litigante y reconciliarlo? ¿Ver al enfermo y visitarlo o curarlo? Todas estas son obras loables. Observad y ved que la necesidad las ha engendrado. Pues partes el pan porque ves al hambriento. Si nadie tuviera hambre, ¿a quién partirías el pan? Quita la necesidad de la miseria ajena, no habrá necesidad de tu misericordia. Pero a través de estas obras que la necesidad ha engendrado, llegamos a aquella vida donde no habrá necesidad, como a través de un barco a la patria. En la patria, donde siempre permaneceremos, nunca peregrinaremos, no habrá necesidad del barco; pero ese barco, que allí no será necesario, nos lleva hasta allí. Cuando se haya llegado, estas cosas no existirán, pero si no se cumplen aquí, no se puede llegar allí. Sed, pues, diligentes en las buenas obras de necesidad, para que seáis bienaventurados en el disfrute de aquella eternidad, donde ya la necesidad muere, porque la madre de todas las necesidades, la muerte misma, morirá. Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Entonces se dirá a la muerte: "¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" (1 Cor. XV, 53-55). A la muerte consumida y vencida se dirá: "Porque el último enemigo que será destruido es la muerte" (Ibid. 26).

VIII. Pero ahora, con todas las obras de necesidad, se lucha contra la muerte. Pues toda deficiencia lleva a la muerte, y todo sustento aleja de la muerte, y así es mutable el cuerpo, que de algún modo unas muertes son expulsadas por otras muertes. Todo lo que se asume, donde no se puede perseverar mucho tiempo, es de algún modo el inicio de la muerte. Ya ved esta vida. Si todo lo que se asume, donde no se puede permanecer mucho tiempo; donde, si permaneces mucho tiempo, mueres, es el inicio de la muerte, y sin embargo, si no se asume, no se expulsa otra muerte. Por ejemplo, no come. Si come y digiere, se restaura. Cuando no come, asume el ayuno para alejar de sí la muerte que causaría la glotonería. Si no asume la abstinencia y el ayuno, no lo alejará de sí. De nuevo, en este ayuno que asumió para alejar la muerte de la glotonería, si quiere perseverar en él, temerá otra muerte de hambre. Así como asumió el ayuno para evitar la muerte de la glotonería, así asumirá el alimento para evitar la muerte del ayuno. Pues cualquier cosa que asumas, si perseveras en ella, desfallecerás. Estabas fatigado caminando, si permaneces caminando, desfallecerás por la misma fatiga y morirás. Para no desfallecer caminando, descansas sentado. Si permaneces sentado, morirás

de ello. El sueño pesado te había oprimido; hay que despertar para no morir. Vigilando morirás, a menos que vuelvas a dormir. Dame algo que asumas como ayuda para el mal que te agobiaba, para expulsarlo, donde estés seguro de querer perseverar en ello. Cualquier cosa que asumas, será temida. Así que en toda movilidad y mutabilidad de deficiencias y ayudas, se lucha contra la muerte. Pero cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, se dirá a la muerte: "¿Dónde está, oh muerte, tu contienda? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?" Veremos, alabaremos, permaneceremos. Allí no habrá necesidad, no se requerirá ayuda. No encontrarás mendigo a quien partir el pan; ni peregrino a quien recibir en casa. No encontrarás sediento a quien ofrecer un cáliz; ni desnudo a quien cubrir; ni enfermo a quien visitar; ni litigante a quien reconciliar; ni muerto a quien enterrar. Todos están saciados con el alimento de la justicia y la bebida de la sabiduría, todos están vestidos de inmortalidad, todos viven en su patria eterna. La salud de todos es la misma eternidad, salud eterna, concordia eterna. Nadie litiga, nadie busca juez, nadie árbitro de composición, nadie sentencia de venganza. No hay enfermedad, no hay muerte.

IX. Esto hemos podido decir, lo que allí no habrá; pero lo que allí habrá, ¿quién lo dirá? "Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre" (1 Cor. II, 9). Con razón, pues, el Apóstol: "No son dignos de comparación los sufrimientos de este tiempo presente con la gloria venidera que en nosotros ha de revelarse" (Rom. VIII, 18). Cualquier cosa que hayas sufrido, oh cristiano, sabe que no es nada comparado con lo que recibirás. Ciertamente esto lo retenemos por fe, que no se aparte de tu corazón. No puedes comprenderlo y ver qué serás, entonces, ¿cómo será aquello que no puede ser comprendido por quien lo ha de recibir? Sin duda seremos lo que seremos, y no podemos comprender lo que seremos. Supera toda nuestra debilidad, supera todo nuestro pensamiento, supera todo nuestro entendimiento, y sin embargo, seremos nosotros. "Amadísimos", dice Juan, "somos hijos de Dios"; ciertamente ya por adopción, por fe, por prenda. Hemos recibido la prenda, hermanos, el Espíritu Santo. ¿Cuándo engaña quien ha dado tal prenda? "Hijos de Dios", dice, "somos, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos", dice, "que cuando se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es". Dijo: "Aún no se ha manifestado", y lo que "Aún no se ha manifestado", no lo dijo. Aún no se ha manifestado lo que seremos. Diría: ¡Eso seremos, y tales seremos! Cualquier cosa que dijera, ¿a quién se lo diría? No me atrevo a decir: ¿Quién lo diría? pero ciertamente: ¿A quién se lo diría? Y tal vez había quien lo dijera, porque él es quien se recostaba en el pecho de Cristo, y del pecho de él en aquel banquete bebía la sabiduría, con la cual, saciado, eructó: "En el principio era el Verbo" (Juan I, 1). Así que dijo: "Sabemos que cuando se manifieste lo que seremos, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es". ¿A quién semejantes? Sin duda a aquel de quien somos hijos. "Amadísimos", dice, "somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando se manifieste, seremos semejantes a él", de quien somos hijos, "porque le veremos tal como es" (1 Juan III, 2). Ahora, si quieres ser semejante a aquel a quien serás semejante, si quieres conocer a aquel a quien serás semejante, obsérvalo, si puedes. Aún no puedes. Por tanto, no sabes a quién serás semejante, por eso no sabes cuánto serás semejante. No sabiendo aún lo que él es, no sabes lo que serás tú también.

X. Meditando esto, amadísimos, esperemos siempre nuestro gozo eterno, y siempre oremos por fortaleza en los trabajos y tentaciones temporales, ya sea nosotros por vosotros, ya vosotros por nosotros. No penséis, hermanos, que nuestras oraciones son necesarias para vosotros, y que vuestras oraciones no son necesarias para nosotros. Las oraciones mutuas son necesarias entre nosotros, porque esas oraciones mutuas se forjan con caridad, y este sacrificio, como de un altar de piedad, fragua suavemente para el Señor. Pues si los Apóstoles decían que se orara por ellos, cuánto más nosotros, muy inferiores, pero de alguna manera

deseando seguir sus huellas, y sin poder saber ni atrevernos a decir cuánto alcanzamos. Aquellos hombres tan grandes querían que se orara por ellos en la Iglesia, y decían: "Porque somos vuestra gloria, así como vosotros la nuestra en el día de nuestro Señor Jesucristo" (2 Cor. I, 14). Oraban mutuamente por ellos antes del día de nuestro Señor Jesucristo, gloria en el día, debilidad antes del día. Oremos en la debilidad, para que nos regocijemos en la gloria. Pues aunque en tiempos diversos, sin embargo, en un solo tiempo todos llegaremos allí. Aquí los tiempos de salida son diversos; allí el tiempo de recibir es uno. Pues seremos congregados de una vez para recibir lo que en tiempos diversos hemos creído y deseado. Así como aquellos obreros en la viña, unos fueron llamados a la primera hora, otros a la tercera, otros a la sexta, otros a la novena, otros a la décima (Mateo XX). Fueron llamados en tiempos diversos, pero en un solo tiempo se paga la recompensa a todos. Convertidos al Señor, etc.

SERMO XIV. En el Natalicio de Cipriano Mártir.

SINOPSIS.

I. Alabanza de San Cipriano en el Señor. II. Con quiénes debe luchar el cristiano. III. Contra los espectáculos paganos. IV. Contra la soberbia. V. Repetición de la alabanza de Cipriano.

I. La santa solemnidad del beatísimo Mártir, que nos ha congregado en su nombre, exige que se diga algo digno sobre los méritos y la gloria de tan gran Mártir. Pues a sus virtudes y gloria podría tal vez la lengua humana bastar, si él mismo hubiera querido alabarse. Sin embargo, nosotros lo alabamos más por devoción que por capacidad, o más bien alabamos al Señor en él, al Señor en él, y a él en el Señor. Pues ¿qué sería en el Señor, la voz de los Mártires del Salmo que se ha escuchado ahora cuando se leía: "Nuestro auxilio está en el nombre del Señor" (Salmo CXXIII, 8). Si el auxilio de todos nosotros está en el nombre del Señor, cuánto más el de los Mártires. Donde hay mayor lucha, allí es necesario mayor auxilio. Hay dos cosas que hacen estrecho el camino de los cristianos: el rechazo del placer y la tolerancia del sufrimiento. Vences, quienquiera que luches, si vences lo que te agrada y te asusta. Vences, digo, cristiano, quienquiera que luches, si vences lo que te agrada y te asusta. Una cosa es lo que agrada; otra, lo que asusta. Pero ahora se trata de la gloria de los Mártires. Es fácil celebrar las solemnidades de los Mártires; es difícil imitar las pasiones de los Mártires.

II. El camino estrecho y angosto de los cristianos, como comencé a decir, lo hacen dos cosas: el desprecio del placer y la tolerancia del sufrimiento. Quienquiera que luche, sepa que lucha contra todo el mundo, y luchando contra todo el mundo, venza estas dos cosas, y vence al mundo. Venza lo que sea que seduzca; venza lo que sea que amenace. Pues el placer es falso, el castigo es transitorio. Si quieres entrar por la puerta estrecha, cierra las puertas de la codicia y el miedo. Con estas cosas tienta aquel tentador para derribar el alma. La puerta de la codicia tienta prometiendo; la puerta del miedo tienta amenazando. Hay algo que desees, para que no desees estas cosas. Hay algo que temas, para que no temas estas cosas. No se quite la codicia, sino que se cambie. El miedo no se extinga, sino que se transfiera a otra cosa. ¿Qué deseabas? ¿A qué mundo halagador cedías? ¿Qué deseabas? El placer de la carne, la concupiscencia de los ojos, la ambición del mundo. No sé cuál de estas tres cabezas es el infierno de la carne. Pero escucha al apóstol Juan, que se recostaba sobre el pecho del Señor, y en el Evangelio eructaba lo que en el banquete de Cristo bebía, escúchalo decir: "No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ambición del mundo" (1 Juan II, 15, 16). Se dice, pues, que el mundo es este cielo y tierra. No vitupera al mundo mismo quien dice: "No améis al mundo". Pues quien vitupera esto, vitupera al artífice del mundo. Escuche el mundo nombrado dos

veces en un solo lugar bajo diferentes significados. Del Señor Cristo se ha dicho: "En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho, y el mundo no le conoció. El mundo por él fue hecho" (Juan I, 10). "Nuestro auxilio está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra" (Salmo CXXIII, 8). "El mundo por él fue hecho". "Alcé mis ojos a los montes, ¿de dónde vendrá mi auxilio?" (Salmo CXX, 1, 2). "Mi auxilio viene del Señor, que hizo el cielo y la tierra". Este mundo fue hecho por Dios: "Y el mundo no le conoció". Amante del mundo, amante de la obra, despreciador del artífice, que tu amor migre. Rompe los lazos con la criatura, átalos al creador. Cambia el amor, cambia el miedo. Pues no hacen los buenos y malos hábitos, sino los buenos o malos amores. Este gran hombre, dirá alguien, es bueno, es grande. ¿Por qué? pregunto. Sabe muchas cosas. Pregunto qué ama, no qué sabe. No améis, pues, al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque todo lo que hay en el mundo (ciertamente en los amantes del mundo; lo que hay en los amantes del mundo) es concupiscencia de la carne, y concupiscencia de los ojos, y ambición del mundo. En la concupiscencia de la carne está el placer. En la concupiscencia de los ojos está la curiosidad. En la ambición del mundo está la soberbia. Quien vence estas tres cosas, no le queda absolutamente nada en la codicia que vencer. Muchos son los ramos, pero la raíz es triple. ¡Cuántos males tiene, cuántos males hace el apetito de la voluptuosidad carnal! De ahí los adulterios, las fornicaciones, de ahí la lujuria, de ahí la embriaguez. Cualquier cosa que excite los sentidos ilícitamente, y penetre la mente con una suavidad pestilente, somete la mente a la carne, derriba al que ejercita, sube al que sirve al que manda. ¿Y qué podrá hacer el hombre recto en sí mismo pervertido?

III. ¿Qué males causa la curiosidad deshonestas, la vana concupiscencia de los ojos, la avidez por espectáculos triviales, la locura de los estadios, sin que haya recompensa alguna en los conflictos de las competencias? Los aurigas compiten por algún premio, los pueblos discuten por los aurigas por algún premio. Pero deleita el auriga, deleita el cazador, deleita el actor. ¿Acaso la deshonestidad deleita como si fuera algo honesto? Cambia también el deseo de los espectáculos. La Iglesia ofrece a tu mente espectáculos más honorables y venerables. Recientemente se leía la Pasión del bienaventurado Cipriano. Oíamos con el oído, contemplábamos con la mente, veíamos al que luchaba, temíamos de algún modo por el que estaba en peligro, pero esperábamos la ayuda de Dios. Finalmente, ¿queréis saber rápidamente qué diferencia hay entre nuestros espectáculos y los teatrales? Nosotros, en la medida en que nos lo permite una mente sana, deseamos imitar a los Mártires que contemplamos. Nosotros, digo, deseamos imitar a los santos Mártires que vemos luchando. ¡Espectador honesto! en los teatros, cuando miras, enloqueces si te atreves a imitar a quien admiras. He aquí que yo contemplo a Cipriano, amo a Cipriano. Si te enojas, maldíceme y di: ¡Así seas! Contemplo, me deleito, en la medida de mis fuerzas, abrazo con los brazos de la mente. Veo al luchador, escucho al vencedor. Enójate, como dije, y dime: ¡Así seas! Mira si no abrazo; mira si no deseo; mira si no anhelo; mira si no puedo decir que soy indigno; sin embargo, no puedo evitar ni apartarme. Mira tú, deléitate tú, ama tú. No te enojas si digo: ¡Así seas! Pero me contengo, no lo digo. Reconoce al amigo. Cambia los espectáculos conmigo. Amemos a aquellos a quienes deseamos imitar en la medida de nuestras fuerzas. Pero es infame aquel que es contemplado; quien contempla es honesto. Cese el deseo del comprador, y no habrá deshonestidad en venta. Confirma la infamia al contemplarla. ¿Por qué provocas lo que acusas? Me sorprende si la infamia de tu amado no te salpica. Pero que no te salpique, que permanezca inmaculada la honestidad, si es posible, espectadora de lujurias, compradora de placeres deshonestos. ¿Me atrevo a prohibir los espectáculos? ¿Me atrevo a prohibirlos? Me atrevo claramente. Me da confianza este lugar, y quien me ha puesto en este lugar. El santo Mártir pudo soportar a los paganos furiosos, ¿y yo no me atreveré a

instruir a los cristianos que escuchan? ¿Temeré las ofensas silenciosas, cuando él despreció las furias abiertas? Lo diré absolutamente. Ciertamente seré reprendido en los corazones de los oyentes si digo falsedades. Hace muy bien, hace completamente bien la antigua disciplina romana, que ha asignado a todos los tipos de actores un lugar infame. No se les concede ningún honor en el Senado, ni siquiera en la plebe. Están alejados de los honestos por todas partes, y los honestos son puestos a la venta. ¿Por qué has alejado de ti por la dignidad del Decurión, y por el placer te has puesto en el teatro? Que tu placer esté en consonancia con tu dignidad. Y ellos mismos, los miserables, están sujetos a los deseos de los espectadores, a los placeres insanos de los espectadores. Elimina todo esto, y serán liberados. Hace misericordia con ellos quien no quiere mirar.

IV. Estas cosas se han dicho sobre la concupiscencia de los ojos. ¡Cuánto mal tiene la ambición del mundo! Allí está todo el orgullo. ¿Y qué es peor que el orgullo? Escucha la sentencia del Señor. Dios resiste a los soberbios; pero da gracia a los humildes (Santiago IV, 6). Por lo tanto, la ambición del mundo es maligna. Alguien dirá: Sin ella no pueden existir los poderes del mundo. Pueden absolutamente. No sé quién de sus autores dijo: Cada uno transfiere su propia culpa a los negocios. Pueden absolutamente. Un gobernante está constituido en el poder. Que se levante y gobierne. Pero la mente humana avanza hacia la exaltación. Que se frene la exaltación. Que reconozca que es hombre quien juzga a otro hombre. La dignidad es diferente, pero la fragilidad es común. Quien piensa esto piadosa y santamente, y tiene poder, no avanza hacia la exaltación. Cipriano venció todo esto. Pues, ¿qué no venció, quien despreció la vida misma, rebosante de todas las tentaciones? El juez le amenazó con la muerte; él confesó a Cristo, dispuesto a morir por Cristo. Cuando venga la muerte, no quedará ambición, ni curiosidad de los ojos, ni apetito de placeres sucios y carnales. Despreciando una vida, se superan todas las cosas.

V. Por tanto, el bienaventurado Cipriano sea alabado en el Señor, porque venció todo esto. ¿Cuándo podría él, si el Señor no le hubiera ayudado? ¿Cuándo vencería, si el espectador, que preparaba la corona para el vencedor, no le suministrara fuerzas al que trabajaba? Él ciertamente se alegra, se alegra por nosotros, no por sí mismo, cuando es alabado en el Señor. Porque es muy humilde, y está escrito: En el Señor se alabará mi alma. Oigan los humildes, y alégrense (Salmo XXXI, 3). Era humilde. En el Señor quiere que su alma sea alabada. En el Señor sea alabada su alma. Sea honrado también su cuerpo. Porque preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos (Salmo LXXII, 1). Sea celebrada santamente, como si fuera celebrada por cristianos. No hemos constituido un altar a Cipriano como si fuera Dios, sino que hemos hecho de Cipriano un altar al verdadero Dios.

SERMO XV. También en el Natalicio de Cipriano Mártir.

SINOPSIS.

I. Gozo por la religiosa concurrencia del pueblo y la victoria de los Mártires. II. Los planes de los Perseguidores frustrados por los Mártires. III. La Iglesia, victoriosa sobre los Perseguidores. IV. Muchos Perseguidores convertidos, como a Cristo, así a Cipriano.

I. Hemos cantado el Salmo: Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes (Salmo CXXIII, 6). Gratitud debida por los dones de Dios. Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. Es ciertamente una voz de gratitud, y una gratitud digna. ¿Y cuándo la gratitud humana es suficiente para tantos dones divinos? Cuando en este lugar el beatísimo Mártir derramó su sagrada sangre, no sé si hubo aquí tanta multitud de furiosos como ahora hay de alabadores. Lo digo de nuevo; me deleita ver al pueblo

reuniéndose religiosamente en la casa del Señor en este lugar, y comparar los tiempos con los tiempos. Por eso lo digo de nuevo, y lo repito, y lo encomiendo a vuestros sentidos con toda la devoción que puedo: Cuando en este lugar el beatísimo Mártir derramó su sagrada sangre, no sé si hubo aquí tanta multitud de furiosos como ahora hay de alabadores. Pero, aunque la hubo, fue Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. Cuando mataban, creían haber vencido. Eran vencidos por los que morían, y se alegraban si eran vencidos. Ciertamente estaban furiosos. Se fue, pues, la multitud de furiosos, sucedió la multitud de alabadores: Diga, diga la multitud de alabadores: Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. ¿A los dientes de quién? A los dientes de los enemigos, a los dientes de los impíos, a los dientes de los perseguidores de Jerusalén, a los dientes de Babilonia, a los dientes de la ciudad enemiga, a los dientes de la multitud enloquecida en sus crímenes, a los dientes de la multitud que persigue al Señor, que abandona al creador, que se vuelve hacia la criatura, que adora lo hecho por mano, despreciando a aquel por quien fue hecho. Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes.

II. Es la voz de los Mártires. Es ciertamente la voz de aquellos que prefirieron ser muertos por el nombre de Cristo antes que vivir negando a Cristo. Si, pues, ellos quisieron matar, estos fueron muertos, hicieron lo que quisieron aquellos, estos lo sufrieron, ¿cómo es: Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes? ¿Qué clase de gratitud es: Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes? Porque los perseguidores no querían matar, sino devorar, es decir, transferir a su cuerpo. Eran paganos, eran impíos, eran adoradores de demonios e ídolos. Querían que hiciéramos esto cuando deseaban devorarnos. Prestad atención a lo que hacemos con la comida cuando comemos. ¿Qué hacemos sino transferirla a nuestro cuerpo? Era el cuerpo de los impíos, devoraron a aquellos que consintieron con ellos en la impiedad. Sin duda pasaron a su cuerpo. Por tanto, aquellos Mártires, ante la insistencia de que se negara a Cristo y se adorara al ídolo, resistieron firmemente, despreciaron al ídolo, confesaron a Cristo, no pasaron a su cuerpo consintiendo. Digan, digan, gloriosamente digan, felizmente digan, verazmente digan: Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. La trampa es la perfidia, la trampa es la impiedad, la trampa es la negación de Cristo. Se tendieron las trampas. Oyes a los cazadores. Si quieres evitar a los cazadores, desprecia a los que te aterrorizan. Sabéis lo que hacen los cazadores. De un lado tienden las trampas, del otro lado aterrorizan a las fieras, que empujan hacia las trampas. ¿Teméis el mal con el que te aterrorizan? Peor es aquello de lo que huyes. Por tanto, los santos Mártires, viendo dónde los cazadores tendieron las trampas (pues el perseguidor amenazaba con la muerte para que se negara al Salvador), sufrieron, pero sufriendo no fueron capturados. ¡Qué cebo de presa, qué gordura de caza impía de Babilonia se alimentaría, si el Señor fuera negado por el obispo Cipriano! ¡Qué cebo, qué caza, qué excelente presa se alimentaría la impía Babilonia, si el obispo Cipriano, doctor de las naciones, frustrador de ídolos, traidor de demonios, conquistador de paganos, confirmador de cristianos, inflamador de Mártires! Si, pues, el Señor fuera negado por tal y tan gran Hombre, ¡qué caza se alegraría la impía Babilonia! Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. Se enfurecieron, persiguieron, torturaron, encerraron, ataron, golpearon, incendiaron, soltaron a las bestias. No se negó a Cristo, el Confesor del Señor fue coronado. Ellos perdieron su furia, los Mártires encontraron la gloria. Bendito sea el Señor, diga el pueblo cristiano, diga absolutamente, es apropiado que diga: Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. Ahora, diga, este lugar se llena de un pueblo de confesores, se llena de un pueblo que adora a un solo Dios verdadero. Diga: este lugar; entonces esta cosecha se sembraba, cuando aquel lugar se regaba con la sangre del Mártir. No te maravilles, Tierra, de tu fertilidad, si fuiste regada para que brotaras.

III. Por tanto, Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. ¿Con qué fuerzas fuimos rescatados de los dientes de los impíos? No nos atribuimos nada, no atribuimos esto a nuestro poder. Bendito sea el Señor, que no nos entregó como presa a sus dientes. Pues, ¿qué éramos cuando éramos aterrorizados, débiles por los fuertes, humildes por los sublimes, necesitados por los ricos, indigentes por los abundantes? ¿Qué éramos, sino que nuestro auxilio estaba en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra (Salmo CXXIII, 8)? Exulta, exulta, Jerusalén, exulta también tú, que no fuiste entregada a los dientes de los cazadores. Exulta también tú. Tienes también tú dientes. Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas. Tienes también tú dientes, oh santa Jerusalén, Ciudad de Dios, Iglesia de Cristo, tienes también tú dientes. A ti se te dice en el Cantar de los Cantares: Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas que suben del lavadero, todas ellas crían gemelos, y no hay estéril entre ellas (Cantar IV, 2, y VI, 5). Bien, bien, que no temiste los dientes de Babilonia. Los dientes de Babilonia fueron los poderes del mundo, los dientes de Babilonia fueron los doctores de los ritos ilícitos. A estos dientes no fuiste entregada. Reconoce tus dientes. Haz tú lo que ellos quisieron hacer. Conviértete. Y tú tienes dientes. Tus dientes son como un rebaño de ovejas esquiladas. ¿Qué significa Esquiladas? Deponiendo las cargas mundanas. ¿Qué significa Esquiladas? Deponiendo las lanas, como cargas del fardo mundano. Esos eran tus dientes, de los que está escrito en los Hechos de los Apóstoles, que vendieron todas sus posesiones y pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según su necesidad (Hechos IV, 35). Recibiste la lana de tus ovejas esquiladas. Ese rebaño subió del lavadero del santo Bautismo. Todos dieron a luz, porque cumplieron los dos preceptos de la caridad. Recordáis, lo recordasteis, como instruidos aclamasteis, cuando mencioné los dos preceptos de la caridad; pero no dije cuáles eran, y sin embargo recibí la indicación de vuestro corazón con vuestra voz. Lo reconocisteis. Sin embargo, lo diré por aquellos que acuden raramente a la Iglesia. El Señor dice, el Maestro veracísimo dice, el Príncipe de los Mártires dice: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos preceptos depende toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40). Por tanto, tus dientes vencieron en Dios, porque dieron a luz tales gemelos. A ti se te dice, teniendo tales dientes, a ti se te dice, oh Iglesia, en la figura del beatísimo Pedro: Levántate, mata y come (Hechos X, 13). Levántate. Se le dijo a Pedro, cuando un vaso descendió del cielo en figura de animales de toda clase, llevando a Pedro hambriento, es decir, a la Iglesia ávida, Levántate, ¿qué tienes hambre? Levántate, el alimento está preparado para ti. Tienes dientes; Mata y come. Mata lo que son; haz lo que eres. Mata lo que son, transfórmalo en lo que eres. Bien has escuchado teniendo tales dientes, bien has matado, bien has comido. Atraíste a ti a esos jueces que no temiste; convertiste en ti a esos poderes del mundo que no temiste; despreciaste a los que te atacaban; hiciste honor a los que te honraban. Se cumplió lo que se prometió a tu Señor: Y lo adorarán todos los reyes de la tierra, todas las naciones le servirán (Salmo LXXI, 11).

IV. Los perseguidores no creían esto cuando se enfurecían. ¡Cuántos de esos mismos perseguidores, que vieron al beatísimo Cipriano derramando su sangre, doblando las rodillas, ofreciendo su cuello al verdugo, lo vieron aquí, lo contemplaron aquí, se regocijaron aquí por tan gran espectáculo, aquí, aquí insultaron al que moría! ¡Cuántos de ellos, no lo dudo, después creyeron! No hay duda, sin duda debe creerse. Los judíos, asesinos de Cristo, que agitaron la cabeza insultando mientras él colgaba, y dijeron las palabras que quisieron exultando, después creyeron en el mismo Señor a quien crucificaron. ¿Podría la voz del Médico colgando en la cruz, y haciendo un medicamento de salud para los frenéticos de su propia sangre, ser en vano? Por tanto, no fue en vano, y no fue inútil aquella voz: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34). No fue en vano. Había allí una

multitud de aquellos por quienes resonó esta voz de la boca de la Verdad. Pues después, hecho el milagro, con la venida del Espíritu Santo del cielo, cuando los Apóstoles hablaban en las lenguas de todas las naciones, asombrados por el repentino milagro, de repente compungidos, se convirtieron al mismo Señor a quien mataron, bebieron creyendo la sangre que derramaron enfurecidos. Esto ciertamente no debe dudarse de que muchos de los que impíamente contemplaron al bienaventurado Cipriano siendo asesinado, creyeron en su Señor, y tal vez incluso ellos mismos, imitando, derramaron su sangre por el nombre de Cristo. Finalmente, de aquellos es incierto. De aquellos que entonces estuvieron presentes en este lugar, que vieron al santo Cipriano golpeado en este lugar, es incierto si creyeron. Ciertamente todos estos, o casi todos, cuyas voces escucho exultantes, son hijos de los que insultaban.

SERMO XVI. En el Natalicio de los Mártires de Scillium.

SINOPSIS.

I. Con el ejemplo de los Mártires, Cristo no debe ser negado ni por las cosas superfluas ni por las necesarias del mundo. II. De dónde y cómo debe ser el amor al prójimo. III. La salud y el amigo, dos cosas necesarias, cómo deben ser consideradas. IV. La lucha del Mártir con el Perseguidor por las cosas superfluas. V. La lucha del Mártir con el Perseguidor por las cosas necesarias. VI. De qué maneras se niega a Cristo. VII. La recompensa de la constancia en el cielo.

I. Los santos Mártires, testigos de Dios, para no morir viviendo, prefirieron vivir muriendo, para no negar la vida temiendo la muerte, amando la vida despreciaron la vida. Para que se negara a Cristo, el enemigo prometía vida, pero no como la que prometía Cristo. Creyendo, pues, lo que prometía el Salvador, se reían de lo que amenazaba el perseguidor. Hermanos, cuando celebramos las Solemnidades de los Mártires, sepamos que se nos proponen ejemplos que debemos alcanzar imitando. No aumentamos la gloria de los Mártires haciendo esta concurrencia. La corona de ellos es conocida por los pueblos y por los Ángeles. Nosotros pudimos escuchar lo que sufrieron cuando se leía. Pero lo que recibieron, Ni ojo vio, ni oído oyó (I Cor. II, 9). Los bienes de este mundo son unos superfluos, otros necesarios. De esto hablemos un poco, prestad atención, y distingamos, si podemos, cuáles son los bienes superfluos de este mundo, cuáles los necesarios, para que veáis que no se debe negar a Cristo ni por los superfluos ni por los necesarios. ¿Quién enumera los superfluos de este mundo? Si quisiéramos mencionarlos, haríamos grandes pausas. Digamos, pues, los necesarios. Cualesquiera otros sean, estos serán superfluos. Son necesarios en este mundo dos cosas: la Salud y el Amigo. Estas son las que debemos valorar mucho, que no debemos despreciar. La Salud y el Amigo son bienes naturales. Dios hizo al hombre para que existiera y viviera. Es la Salud. Pero, para que no estuviera solo, se buscó la Amistad. Así comienza la Amistad con el cónyuge y los hijos, y progresa hasta los extraños. Pero, si consideramos que tuvimos un solo padre y una sola madre, ¿quién será extraño? Todo hombre es prójimo de todo hombre. Interroga a la naturaleza. ¿Es desconocido? Es hombre. ¿Es enemigo? Es hombre. ¿Es hostil? Es hombre. ¿Es amigo? Que permanezca amigo. ¿Es enemigo? Que se haga amigo.

II. A estas dos cosas necesarias en este mundo, la Salvación y el Amigo, llega la sabiduría peregrina. Encuentra a todos necios, errantes, adorando lo superfluo, amando lo temporal, ignorando lo eterno. Esta Sabiduría no fue amiga de los necios. Por tanto, al no ser amiga de los necios y estar lejos de ellos, asumió nuestra proximidad y se hizo nuestra prójima. Este es el misterio de Cristo. ¿Qué tan lejos está la necedad de la sabiduría? ¿Qué tan cercano es el

hombre al hombre? ¿Qué tan distante, digo, está la necedad de la sabiduría? Por lo tanto, la sabiduría asumió al hombre y se hizo cercana al hombre a través de lo que era cercano. Y he aquí, porque la misma sabiduría dijo al hombre: He aquí, la piedad es sabiduría; y corresponde a la sabiduría del hombre adorar a Dios, porque esto es piedad, se nos dieron dos mandamientos: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. El otro: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Luc. X, 27). Y aquel que escuchó esto, dijo: ¿Y quién es mi prójimo? (Ibid. 29). Pensaba que el Señor diría: Tu padre, tu madre, tu esposa, tus hijos, tus hermanos, tus hermanas. No respondió esto, sino que, queriendo recomendar a todo hombre como prójimo de todo hombre, instituyó una narración. Un hombre, dijo, cierto hombre. ¿Quién es ese cierto hombre? Sin embargo, un hombre. Cierta hombre. ¿Quién entonces es el hombre? Cierta, pero aún así un hombre. Descendía de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de ladrones (Luc. X, 30). Se les llama ladrones, quienes también nos persiguen. Herido, despojado, medio muerto, dejado en el camino por los transeúntes, despreciado por un sacerdote, por un levita, pero observado por un samaritano que pasaba. Se acercó a él, lo cuidó, lo levantó sobre su montura, lo llevó a una posada, se ordenó que se le cuidara, se gastó dinero. Se pregunta al que había preguntado: ¿Quién fue el prójimo de este medio muerto? Porque dos lo despreciaron, y lo despreciaron los prójimos, se acercó un extraño. Este hombre de Jerusalén tenía como prójimos a sacerdotes y levitas, samaritanos extranjeros. Pasaron los prójimos, y el extraño se hizo prójimo. ¿Quién entonces fue el prójimo de este hombre? Di tú, que habías preguntado diciendo: ¿Quién es mi prójimo? Ahora responde lo que es verdad. Preguntó con soberbia. Que hable la naturaleza. ¿Qué dijo entonces? Creo, el que tuvo misericordia de él. Y el Señor le dijo: Ve, y haz tú lo mismo (Ibid. 37).

III. Volvamos a la causa. Ya vemos tres cosas: Salvación, Amigo, Sabiduría. Pero la Salvación y el Amigo también son de este mundo; la Sabiduría de otro lugar. Por la Salvación, alimento y vestido, y, si surge mala salud, medicina. Pero el Apóstol hablando a los salvos dice: Es, pues, gran ganancia la piedad con contentamiento. Nada, dice, trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos. Teniendo alimento y vestido, estemos contentos con esto. Estas son necesarias para la salvación. Pero las que son para lo superfluo: Porque los que quieren enriquecerse (por lo superfluo ciertamente) caen en tentación, y en lazo, y en muchos deseos necios y dañinos, que hundan a los hombres en destrucción y perdición. ¿Dónde está entonces la Salvación? Por lo tanto, por la Salvación, teniendo alimento y vestido, estemos contentos con esto (1 Tim. VI. 6, 9). ¿Por el Amigo qué? ¿Qué más se te pudo decir que: Amarás a tu prójimo como a ti mismo? Por lo tanto, la Salvación para ti, sea también Salvación para tu amigo. Por el vestido del amigo: El que tiene dos túnicas, comparta con el que no tiene. Por el alimento del amigo: Y el que tiene comida, haga lo mismo (Luc. III, 11). Te alimentas, alimentas; te vistes, vistes. Estas cosas son de este mundo; pero de otro lugar, lo que es sabiduría, aprendes y enseñas.

IV. Consideren ya ante sus ojos la lucha de los Mártires. Viene el enemigo, obliga a negar a Cristo. Pero aún introduzcamos al que halaga, no al que amenaza. Promete riquezas y honores. Son superfluos. Los que son tentados con tales dones para negar a Cristo, aún no han llegado a la lucha, aún no han encontrado el combate, aún no han provocado al enemigo más antiguo con una verdadera pelea. Pero el hombre fiel, a quien se le prometían tales cosas, desprecia y dice: ¿Negaré a Cristo por riquezas? ¿Negaré las riquezas por riquezas? ¿Negaré el oro por el tesoro? ¿No es él: El que por nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que con su pobreza fuésemos enriquecidos (2 Cor. VIII, 9)? ¿No es él, de quien también dice el Apóstol: En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Coloss. II, 3)? Consideras lo que prometes, porque no puedes ver lo que intentas quitar. Yo veo con fe lo

que quieres quitarme, tú con los ojos de la carne lo que quieres dar. Son mejores las cosas que los ojos del corazón contemplan, que las que el ojo de la carne ve. Porque las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas. Por lo tanto, desprecio tus dones, dice el alma fiel, porque son temporales, superfluos, caducos, volátiles, llenos de peligros, llenos de tentaciones. Nadie los tiene cuando quiere, los pierde cuando no quiere. El que promete es despreciado; se acerca otro, es decir, el perseguidor. El que halaga es despreciado; comienza a ser el que amenaza. La serpiente es despreciada; se convierte en león. ¿No quieres, dice, recibir de mí mayores riquezas? Si no niegas a Cristo, te quitaré las que tienes. Aún amenazas mis superfluos. Como una navaja afilada has hecho engaño (Psal. LI, 4). Rasuras los cabellos, no cortas la piel. Quítame también estas cosas. Más bien, porque veías que de ahí daba a los pobres, recibía a los huéspedes, hacía lo que Pablo aconsejaba. Manda, dice, a los ricos de este siglo, manda no ser altivos, ni poner su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en el Dios vivo, que nos da todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Que hagan el bien, que sean ricos en buenas obras, que sean generosos, que compartan, que atesoren para sí un buen fundamento para el futuro, para que alcancen la verdadera vida (I Tim. VI, 17-19). Quitándome estas cosas, no podré hacer estas obras. ¿Acaso seré menor ante Dios porque quiero y no puedo? ¿O soy tan sordo ante la voz de los Ángeles: Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Luc. II, 14)? Por lo tanto, quita mis superfluos. Nada trajimos a este mundo, y nada podemos llevarnos. Teniendo alimento y vestido, estemos contentos con esto (I Tim. VI, 8).

V. Pero dice el perseguidor: Te quito el alimento, te quito el vestido. Se ha llegado al combate. El enemigo se enfurecía más intensamente. Se han dejado atrás los superfluos, se ha llegado a lo necesario. No te alejes de mí, porque la tribulación está cerca (Psal. XXI, 11, 12)! Nada es tan cercano al alma como su carne. Hambre, sed y calor los sientes en la carne. Ahí quiero verte, buen Mártir! Testigo de Dios! Mira, dice, mira! ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Qué es lo que amenazas? Te quito el alimento, te quito el vestido. ¿Tribulación? ¿O angustia? ¿O hambre? ¿O desnudez (Rom. VIII, 35)? Amenaza por otro lado: Te quito al amigo, mato a tus seres queridos ante tus ojos, ¡trucidaré a tu esposa e hijos! ¿Matas, matas? No nieguen, y no matas. ¿Qué es, que no me asustas de mí, me asustas de los míos? Si no niegan, no matas a los míos; si niegan, matas a los ajenos. Aún añade el perseguidor, y se enfurece, y dice: Si no te importan los tuyos, te quitaré a ti mismo de esta luz. ¿De esta luz? ¿Acaso de la luz eterna? ¿De qué luz me quitarás? ¿La que tengo en común contigo? No es grande la que ves tú también. Yo por esta luz no negaré la luz. Era la luz verdadera (Joan. 1, 9). Sé a quién decir: Porque contigo está el manantial de la vida, y en tu luz veremos la luz (Psal. XXXV, 10). Quita la vida, quita la luz. Tendré vida, tendré luz. Tendré vida, donde no te sufriré como asesino, tendré luz, que no me podrá quitar, no diré tú, sino ninguna noche. El Mártir ha vencido, ¿o hay algo más donde debemos contemplar un mayor combate? No amenaza con la muerte; se enfurece en la salvación, ara con garras, tortura con tormentos, quema con llamas, acerca bestias; y aquí es vencido. ¿Por qué es vencido? Porque en todas estas cosas somos más que vencedores por aquel que nos amó (Rom. VIII, 37).

VI. Por lo tanto, hermanos míos, no se niegue a Cristo por lo superfluo, no se niegue por lo necesario. Nadie es más necesario que él. Decía que eran necesarias: la Salvación y el Amigo. Pecas por la Salvación, y niegas a Cristo. Amando la Salvación no tendrás Salvación. Pecas por tu Amigo, y, para no ofenderlo, niegas a Cristo. ¡Ay de mí, miserable! A veces se niega por vergüenza. No amenaza el perseguidor, no despoja el ladrón, no presiona el torturador; solo para no desagradar a tu amigo, niegas a tu Señor. Veo lo que te ha quitado el amigo, muéstrame lo que dará. ¿Qué dará? Las mismas amistades, por las que pecas, por las que te enredas, por las que te haces enemigo de Dios. Ese no sería tu amigo, si tú fueras amigo de ti

mismo. Pero como tú mismo eres enemigo de ti mismo, consideras amigo a quien es enemigo tuyo. ¿De dónde eres enemigo de ti mismo? Porque amas la iniquidad. Pero el que ama la iniquidad, odia su alma (Psal. X, 6). Pero no se niega a Cristo para agradar a un amigo impío y perverso, no se niega, sino que es vituperado por el impío, acusado por el impío, y por vergüenza no es defendido por el fiel, es abandonado, se calla, no se predica. La lengua del blasfemo se enfurece, y no hay quien alabe. ¡Cuántos males se cometen como si fueran por lo necesario, por el alimento, por el vestido, por la salvación, por el amigo, y todas estas cosas que se desean, más bien perecen! Si desprecias lo presente, Dios te dará lo eterno. Desprecia la salvación, tendrás inmortalidad. Desprecia la muerte, tendrás vida. Desprecia el honor, tendrás la corona. Desprecia al amigo hombre, tendrás a Dios como amigo. Pero allí, donde tendrás a Dios como amigo, no estarás sin un amigo prójimo. Allí estarán contigo amigos, cuyas obras y confesiones se leían poco antes.

VII. Hemos escuchado a Hombres actuando valientemente, confesando virilmente. También hemos escuchado a Mujeres no como mujeres sosteniendo a Cristo, olvidando el sexo. Allí estará con ellos esa amistad, donde no habrá concupiscencia de la carne, y solo habrá sabiduría para disfrutar con los amigos. He aquí lo que perdemos, si amamos estas cosas aquí y negamos a Cristo. Allí el prójimo no nos asusta si muere. No habrá luto allí, donde habrá vida eterna, ni será necesario aquello; Teniendo alimento y vestido, estemos contentos con esto. Nuestra vestidura será la inmortalidad, este alimento será la caridad, la vida será eterna, ni haremos allí buenas obras, que aquí se llaman así. No llegaremos a ellas, si aquí no las hacemos. No se te dirá: Parte tu pan con el hambriento (Isai. LVIII, 7), donde no habrá hambre. No se te dirá: Recibe al huésped, donde no encontrarás peregrino. No se te dirá: Libera al oprimido, donde no habrá enemigo. No se te dirá: Concuerta al litigioso, donde habrá paz eterna. Vean, hermanos míos, cómo aquí se tolera buscando. Allí la tendremos, donde no podemos perecer. ¿Buscas la salvación? Desprecia, y la tendrás. Niega a Cristo temiendo ofender las amistades de los hombres. Confiesa a Cristo, y te será amiga la ciudad de los Ángeles, la ciudad de los Patriarcas, la ciudad de los Profetas, la ciudad de los Apóstoles, la ciudad de todos los Mártires, la ciudad de todos los buenos Fieles. Cristo mismo la Fundó para siempre (Psal. XLVII, 9).

SERMO XVII. En la solemnidad de los SS. Macabeos.

SINOPSIS.

I. Las palabras del Evangelio pertenecen a todas las edades. II. Exposición de la Parábola de la construcción de la Torre y de los dos Reyes. III. El joven rico en su encuentro con Cristo. IV. Después de los Apóstoles, también los judíos convertidos, y luego muchos cristianos renunciaron a sus bienes. V. Cómo debe probarse la fe en Cristo incluso en lo cotidiano. VI. Las Promesas deben motivar a probar la fe. VII. De los Macabeos. La lucha comparada con los espectáculos profanos. VIII. Exhortación a alejarse de los espectáculos profanos. IX. Exhortación continuada.

I. El Evangelio, y la palabra de Dios viva, penetrando las médulas del alma, y buscando el centro del corazón, se ofrece saludablemente a todos nosotros, y no halaga a nadie, si el hombre no se halaga a sí mismo. He aquí que se nos ha propuesto como un espejo, en el cual todos nos miremos, y, si algo de nuestro rostro aparece manchado ante nuestros ojos, lo limpiemos con cuidado diligente, para que no nos avergoncemos al mirar de nuevo el espejo. Pues la multitud seguía al Señor, como escuchamos cuando se leía el Evangelio, y volviéndose les habló a los que lo seguían. Porque, si lo que dijo lo hubiera dicho solo a los doce Apóstoles, cada uno de nosotros podría decir: A ellos les dijo, no a nosotros. Parece que

algo pertenece a los pastores, y otra cosa a los rebaños. A las multitudes que lo seguían les dijo, por lo tanto, a todos nosotros, y a todos ustedes les dijo. No, porque entonces aún no éramos, debemos pensar que no se nos dijo. En él creemos también nosotros, a quien ellos vieron, a él lo tenemos por fe, a quien ellos contemplaron con sus ojos. Pues no fue gran cosa ver a Cristo con los ojos carnales. Si eso hubiera sido grande, el pueblo judío habría encontrado la salvación primero. Ciertamente ellos también vieron, y sin embargo lo despreciaron, y sin embargo lo vieron y despreciaron y además lo mataron. Pero nosotros ciertamente no lo vimos, y sin embargo creemos, y sin embargo, a quien no contemplamos con los ojos, lo recibimos con el corazón. Por eso dijo a uno de los suyos, que entonces estaba entre los doce: Porque viste, creíste. Bienaventurados los que no ven, y creen (Joan. XX, 29). Pues si ahora estuviera presente en carne el Señor y Salvador nuestro Jesucristo, y estando callara, ¿qué nos aprovecharía? Pero si hablando nos aprovechó, y ahora habla, cuando se recita el Evangelio. Sin embargo, también su presencia otorga mucho, como Dios. ¿Dónde no está Dios, o cuándo está ausente Dios? No estés ausente de Dios, y Dios está contigo. Máxime, porque él mismo prometió, y su promesa escrita la tenemos como un documento. He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del siglo (Matth. XXVII, 20). Pero nos prevenía, nos prometía.

II. Volvamos entonces, y escuchemos lo que dijo, y, como dije, miremos en nosotros, y, cualquier cosa que encontremos que nos falta, con toda diligencia la cultivemos a la forma de belleza que agrada a sus ojos. Y, porque no somos suficientes, invoquemos su ayuda. Reforme quien formó, recree quien creó, para que perfectos nos guarde quien nos creó. Esto dijo: ¿Quién es el hombre que quiere construir una torre, y no se sienta primero a calcular si tiene los recursos para terminarla? No sea que comience a construir y no pueda terminar, y los que pasan digan: Este hombre comenzó a construir y no pudo terminar. ¿O qué rey, que va a la guerra contra otro rey, no se sienta primero a considerar si puede con diez mil enfrentarse al que viene contra él con veinte mil? De lo contrario, cuando aún está lejos, envía una embajada y pide condiciones de paz. Y a estas dos parábolas concluyó así: Así, el que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo (Luc. XIV, 28-33). Si solo aquellos Discípulos fueran llamados, no se nos habría dicho a nosotros. Pero como, según testifica la Escritura, todos los cristianos son discípulos de Cristo: Porque uno solo es vuestro maestro, Cristo (Matth. XXIII, 10), que solo se niegue a ser discípulo de Cristo quien niega a Cristo como maestro. Pues no porque hablemos desde este lugar superior a ustedes, somos sus maestros. Él es el maestro de todos, cuya cátedra está sobre todos los cielos, bajo él nos reunimos en una sola escuela, y ustedes y nosotros somos condiscípulos; pero les advertimos, como suelen hacer los mayores de la escuela. Torre, y recursos, fe, y paciencia. La torre es la fe, los recursos son la paciencia. Si alguien es impaciente para soportar los males de este mundo, se queda sin recursos. El rey malo con veinte mil es el diablo, el rey con diez mil es el cristiano. Simple contra doble, verdad contra falsedad, porque simplicidad contra duplicidad. Sé de corazón simple. No seas hipócrita, mostrando una cosa, haciendo otra, y vencerás al doble, que se transforma como ángel de luz. ¿Dónde están estos recursos? ¿Dónde está esa simplicidad perfecta, y completamente estable, y perseverante sin conmoción? En lo que sigue, que parece duro. Esto es lo que dije, porque la palabra de Dios no halaga a nadie. Así, dice, el que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Muchos hicieron esto, y se examinaron a sí mismos, antes de que el tiempo de persecución los urgiera, y renunciaron a todo lo que es del mundo, y siguieron a Cristo. De ahí fueron los Apóstoles, que dijeron: He aquí, nosotros hemos dejado todo, y te hemos seguido (Luc. XVIII, 28). Ni ellos dejaron gran cosa, porque todos eran pobres, pero se juzga que dejaron grandes riquezas, quienes vencieron todas las codicias.

III. Finalmente, los discípulos dijeron esto al Señor cuando aquel hombre rico se fue triste, después de haber escuchado el consejo de vida eterna que había pedido al Maestro veraz. Un joven rico se acercó al Señor y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna? (Mateo XIX, 16). Creo que, entre las abundantes delicias de sus riquezas, era punzado por el agujijón de la muerte futura y se consumía, sabiendo que nada de lo que poseía podía llevar consigo al más allá, y entre las grandes abundancias de la carne, su alma pobre gemía. Decía, como se puede suponer, rodeado de la abundancia de sus riquezas: Son buenas, son hermosas, son deliciosas, son dulces; pero cuando llegue esa última hora, todo deberá ser dejado. Nada de esto se llevará de aquí. Queda la vida y solo la conciencia, queda después del cuerpo la vida del alma, y solo la conciencia. Si esta será, ya no será vida, sino otra muerte, y peor debe ser llamada. Nada es peor que esa muerte, donde la muerte no muere. Porque pensaba esto entre sus delicias, teniendo tantos bienes, vino al Señor. Decía para sí: Después de estos tantos bienes, si también tengo la vida eterna, ¿qué me hará más feliz? Por eso, preocupado, preguntó y dijo: Maestro bueno, ¿qué haré para conseguir la vida eterna? El Señor le respondió primero: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Nadie es bueno, sino solo Dios (Mateo XIX, 17). Esto es decir: No te hace bienaventurado sino solo Dios. Lo que tienen los ricos, son bienes; pero esos bienes no hacen buenos. Pues, si esos bienes hicieran buenos, tanto mejor sería cada uno cuanto más abundante fuera en ellos. Pero, al ver que muchos, cuanto más abundantes, tanto peores, sin duda deben buscarse otros bienes que hagan buenos. Estos son los que no pueden ser poseídos por los malos; justicia, piedad, templanza, religión, caridad, culto a Dios, finalmente, el mismo Dios. A ese bien debemos correr. A Él, a menos que despreciemos estas cosas, no lo alcanzaremos.

IV. ¿He de halagaros cuando el Evangelio no os halaga ni a vosotros ni a nosotros? Exhorto, pues, a vuestra Caridad, hermanos, como dice el Apóstol: El tiempo es breve. Resta, dice, que los que tienen esposa sean como si no la tuvieran, y los que lloran, como si no lloraran, y los que se alegran, como si no se alegraran, y los que compran, como si no poseyeran, y los que usan de este mundo, como si no usaran (1 Cor. VII, 29-31). Los Apóstoles, entonces, dejaron lo que tenían, y por eso Pedro dijo: He aquí que nosotros lo hemos dejado todo. ¿Qué dejaste, Pedro? ¿Una barca y una red? Me respondería: Dejé todo el mundo, que para mí nada dejé. La pobreza de todos, es decir, de todos los pobres, tiene pocas facultades, pero grandes deseos. Dios no atiende a lo que uno tiene, sino a lo que quiere. La voluntad es juzgada, la cual es invisiblemente escudriñada por Aquel que no se ve. Así que lo dejaron todo, y verdaderamente dejaron todo el mundo, porque cortaron toda esperanza en este mundo y siguieron a Aquel por quien fue hecho el mundo, creyeron en sus promesas, y después muchos hicieron esto. Y es sorprendente, hermanos míos, ¿quién lo hizo? Lo hicieron aquellos que mataron al Señor. Allí en Jerusalén, cuando el Señor ascendió al cielo, y después de diez días, al enviar el Espíritu Santo, cumplió su promesa, llenos del Espíritu Santo, los Discípulos hablaron en las lenguas de todas las naciones (Hechos II). Entonces, muchos judíos que estaban en Jerusalén, al escuchar y asombrarse del don de la gracia del Salvador, se maravillaron y, dudando entre sí de dónde venía aquello, recibieron respuesta de los Apóstoles de que Él lo había concedido con su Espíritu, a quien ellos mataron, y buscaron consejo de salvación. Habían desesperado y no creían que se les pudiera perdonar un crimen tan grande, ellos que mataron al Señor de toda la creación. Y recibieron consuelo de los Apóstoles. Prometido el perdón, prometida la impunidad, creyeron, y vendiendo todo lo que tenían, pusieron el precio de sus bienes a los pies de los Apóstoles, cuanto más aterrados, tanto más buenos. Un gran temor les arrancó las delicias. Esto lo hicieron aquellos que mataron al Señor; después lo hicieron muchos, y muchos lo hacen. Lo sabemos, vemos ejemplos, en muchos nos consolamos, en muchos nos deleitamos, porque la palabra de Dios no es vana en aquellos que escuchan con fidelidad. Pero, ¿algunos no lo hicieron, y cuando

vino la persecución fueron probados? Porque usaban del mundo como si no usaran. No solo plebeyos, no solo artesanos, no pobres, no indigentes, no mediocres, sino también muchos grandes ricos, senadores, incluso mujeres de gran renombre, al venir la persecución, renunciaron a todo lo suyo para completar la torre y, con la simplicidad de la fortaleza y la piedad, vencer al doble y engañoso diablo.

V. Exhortando, pues, al martirio, el Señor Cristo dijo a todos: Así, quien no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Te pregunto, oh alma cristiana, si te dijera lo que se dijo al rico: Ve, vende también tú todo lo que tienes, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sigue a Cristo (Mateo XIX, 21), ¿acaso también tú te irías triste? Pues así se fue triste aquel joven. Sin embargo, estas palabras no puede escucharlas sino un cristiano. ¿Acaso, cuando se leyó el Evangelio, pudiste cerrar tus oídos contra tu salvación? Escuchaste: Quien no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo. Piensa en ti mismo: Te has hecho fiel, has sido bautizado, has creído. No has dejado tus bienes, pero te pregunto por tu fe. ¿Cómo has creído? He aquí que viene el peligro de la fe. Se te dice: Si persistes, te quitaré lo que tienes. Pregunto a tu ánimo. Si dices en tu ánimo: Que me quite lo que tengo, ¡no abandono mi fe! y mantienes, y has renunciado. Porque mantienes, no eres retenido. No es malo mantener. Ser retenido es malo. Pero falta la persecución, y no hay cómo probar lo que prometiste al Señor. Los negocios cotidianos prueban a los hombres. ¿Qué si alguna vez, no sé, alguien te llama a dar falso testimonio, y es poderoso, quien puede ser temido por un tiempo, y si amenaza, por un tiempo puede dañar, y te persuade a dar falso testimonio? No te dice: Niega a Cristo: para eso te preparabas. De otra manera se infiltra el doble, para lo que no meditabas, lo que no te proponías. Di, dice, falso testimonio. Si no lo dices, haré esto y aquello. Amenaza con proscripción, amenaza con muerte. Allí pruébate, allí obsérvate. ¿Dices falso testimonio? Has dejado a Cristo, porque Él dijo: Yo soy la verdad (Juan XIV, 6). Has dicho falso testimonio, has actuado contra la verdad, por lo tanto, has dejado a Cristo. ¿Y qué te haría él amenazando con proscripción? ¿Hacerte pobre? ¿Qué te faltaría, con quien Dios está? Pero amenazaba más. ¿Qué es ese más? Amenazaba con matarte. La carne. ¿Acaso el alma? ¿Qué él amenazaba, atiendes. Qué haces tú, no atiendes? Él amenaza con matar la carne. Pero la boca que miente mata el alma (Sabiduría I, 11). Sois dos, el enemigo y tú; sin embargo, él también es hombre, como tú. Ambos corruptibles según la carne, ambos inmortales según el alma, ambos por un tiempo pasarán, y en esta tierra son huéspedes y peregrinos. Él amenaza con la muerte, sin saber si morirá antes de cumplir lo que amenaza: pero, sin embargo, supón que cumple lo que amenaza; te examino, veamos quién es peor enemigo para ti, si él o tú. Él saca la espada para matar tu carne, tú sacas la lengua falsa para destruir tu alma. ¿Qué espada golpeó? ¿Qué mata peor? ¿Qué penetró más profundamente? Él hasta los huesos, él hasta las entrañas, tú hasta el corazón. No te dejaste nada íntegro cuando perdiste tu corazón. La boca que miente mata, dijo, no la carne, sino el alma.

VI. Tales son las tentaciones cotidianas de los hombres. Cuando se llega a la iniquidad, para que o hagas iniquidad, o sufras lo que Dios quiera que sufras por un tiempo, allí ya atiende al doble, allí ya atiende a los gastos de esa torre. Pero pensando desfalleces. Invoca a quien ordenó. Ayudará sus mandatos en ti, y te dará sus promesas de sí mismo. ¿Qué nos promete Dios? ¡Hermanos míos! ¿Qué diré para que lo deseemos? ¿Qué diré? ¿Es oro? ¿Es plata? ¿Son propiedades? ¿Son honores? ¿Es algo que conocemos en la tierra? Es vil. Lo que ojo no vio, ni oído oyó, ni subió al corazón del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman (1 Cor. II, 9). Brevemente digo, no sus promesas, sino Él mismo. Es mayor que todos, quien hizo todas las cosas. Es más hermoso que todos, quien formó todas las cosas. Es más poderoso que todos, quien dio poder a todos. Por lo tanto, cualquier cosa que amemos en la tierra, en comparación con Dios, no es nada. Es poco: Nada es lo que amamos, y nosotros

mismos no somos nada. El mismo amante en comparación con la cosa que debe ser amada, debe volverse vil para sí mismo. Esa es la caridad que se ordena, con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente. Pero añadió, y dijo: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos pende toda la Ley y los Profetas (Mateo XXII, 37-40), para que, cuando ames al Señor, sepas que entonces te amas a ti mismo, si amas al Señor. Si no amas a Dios, tampoco te amas a ti mismo. Cuando, por lo tanto, aprendas a amarte amando a Dios, lleva a tu prójimo a Dios, para que juntos disfrutéis del bien, y de un bien tan grande, que es Dios.

VII. Ahora hemos contemplado el gran combate de los siete Hermanos y su Madre. ¿Qué combate, hermanos míos, si nuestras mentes saben contemplar? Comparad con este santo espectáculo los placeres y delicias de los teatros. Allí los ojos se ensucian; aquí los corazones se purifican. Aquí es loable el espectador, si es imitador; allí, sin embargo, tanto el espectador es vil, como el imitador infame. En definitiva, amo a los Mártires, contemplo a los Mártires. Cuando se leen las Pasiones de los Mártires, contemplo. Dime: Sé tal, y has alabado. Tú contempla al Mimo, contempla al Pantomimo; te diré: Sé tal, y no te enojas. Si te digo: Sé tal, y te enojas, no mis palabras te hacen culpable, sino tu ira. Juzgas de ti mismo al enojarte. He aquí lo que amas, lo que temes ser. Oportunamente, de la contemplación de los santos Macabeos, cuya victoria conmemoramos hoy, vuestra Caridad ha sido advertida sobre los espectáculos teatrales. Oh hermanos de Bulla, alrededor de casi todas las ciudades vecinas, vuestra piedad ha enmudecido la lascivia. ¿No os avergonzáis de que solo en vosotros ha quedado la vileza venal? ¿O os deleita, entre trigo, vino, aceite, animales, ganado, y cualquier cosa que se venda en los mercados romanos, también comprar y vender vileza? Y tal vez a tales comercios vengan peregrinos, y se diga: ¿Qué buscas? ¿Mimos, prostitutas? En Bulla los tienes. ¿Lo consideraréis una gloria? No sé si es mayor infamia. En verdad, hermanos míos, lo digo con dolor, la vecindad de otras ciudades os condena ante los hombres y en el juicio de Dios. Cualquiera que quiera imitar el mal, os pone como ejemplo. A nuestra Hipona, donde ya casi han desaparecido tales cosas, esas personas viles son llevadas de vuestra ciudad. Pero tal vez decís: Somos como Cartago. ¿Cómo en Cartago hay un pueblo santo y religioso, así hay tanta multitud en una gran ciudad, que todos se excusan de los demás. Los paganos lo hacen, los judíos lo hacen: se puede decir en Cartago. Aquí, quienes lo hacen, son cristianos. Con gran dolor os decimos estas cosas. ¡Ojalá alguna vez vuestra corrección sane la herida de nuestro corazón! Decimos a vuestra Caridad: Conocemos en el nombre de Dios vuestra ciudad y las vecinas, cuánta es aquí la multitud, cuán grande el pueblo. ¿Podéis no ser conocidos todos por aquel que es vuestro dispensador de la Palabra y del Sacramento? ¿Quién se excusa de esta vileza? He aquí que hay juegos. No vayan los cristianos, y veamos si no habrá tal soledad, que la misma vileza se avergüence de sí misma. Veamos si esas personas viles o se convertirán al Señor y serán liberadas, o, si permanecen en su vileza, emigrarán de esta ciudad. Esto os lo procuréis vosotros, cristianos. No entréis en los teatros.

VIII. Pero os veo pocos. He aquí que vendrá el día de la Pasión de Cristo, he aquí que vendrá la Pascua, y estos espacios no contendrán vuestra multitud. ¿Entonces estos mismos lugares los llenarán quienes ahora llenáis los teatros? O al menos comparad los lugares y golpead vuestros pechos. Tal vez decís: Bien os abstenéis de estas cosas, quienes sois clérigos, quienes sois obispos, pero no nosotros laicos. ¿Acaso esta voz os parece justa? ¿Qué somos nosotros si vosotros perecéis? Otra cosa es lo que somos por nosotros; otra cosa, lo que somos por vosotros. Somos cristianos por nosotros, clérigos y obispos solo por vosotros. El Apóstol no hablaba a clérigos, no a obispos y presbíteros, cuando decía: Vosotros sois miembros de Cristo. Hablaba a las plebes, hablaba a los fieles, hablaba a los cristianos: Vosotros sois miembros de Cristo. Atended en qué cuerpo sois miembros; atended bajo qué

cabeza vivís en la unidad del cuerpo. Ved un Espíritu, que habéis recibido de Él. Repito las mismas palabras del Apóstol: ¿Tomaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una prostituta? (1 Cor. VI, 15). ¿Y nuestros cristianos no solo aman, sino que también instituyen prostitutas? No solo aman a las que eran, sino que instituyen a las que no eran, como si ellas no tuvieran almas, como si no se hubiera derramado la sangre de Cristo por ellas, como si no se hubiera dicho: Las prostitutas y los publicanos os precederán en el reino de los cielos (Mateo XXI, 31). Cuando, por lo tanto, debemos ganarlas, se elige perecer con ellas, ¡y esto lo hacen los cristianos! No quiero decir, y los fieles. Tal vez el catecúmeno se desprecia a sí mismo. Soy catecúmeno, dice. ¿Eres catecúmeno? Catecúmeno. Otra frente tuya ha recibido el signo de Cristo, y otra llevas al teatro? ¿Quieres ir? Cambia de frente, y ve. Por lo tanto, la frente que no puedes cambiar, no la pierdas. El nombre de Dios es invocado sobre ti, Cristo es invocado sobre ti, Dios es invocado sobre ti, el signo de la cruz de Cristo se dibuja y se forma en tu frente. Exhorto a todos, hablo a todos. Veréis cuán más honestos seréis en el nombre de nuestro Señor Jesucristo.

IX. Me atrevo a decir: ¿Imitáis a vuestra ciudad vecina? ¿Imitáis a la ciudad vecina de Simitú? No os digo nada más. Os digo más claramente en el nombre del Señor Jesucristo. Nadie allí entra en el teatro. Ninguna vileza ha permanecido allí. Un legado quiso realizar allí tales vilezas. Ningún principal, ningún plebeyo entró. Ningún judío entró. ¿No son ellos honestos? ¿No es esa ciudad? ¿No es esa colonia tanto más honesta cuanto más vacía de estas cosas? No os diríamos estas cosas si escucháramos cosas buenas de vosotros. Pero si callamos, temo que seamos juzgados igualmente. Quiso, pues, Dios, hermanos míos, que pasara por aquí. Mi hermano me retuvo, me ordenó, me rogó, me obligó a que os hablara. ¿De qué hablaría, sino de lo que más temo? ¿De qué hablaría, sino de lo que más duele? ¿No sabéis que yo y todos nosotros daremos una gravísima cuenta a Dios de vuestras alabanzas? ¿Pensáis que esas alabanzas nos honran? Nos cargan, no nos honran. Se da una cuenta muy grave de esas alabanzas. Temo mucho que Cristo nos diga en su juicio: Malos siervos, aceptabais con gusto las alabanzas de mi pueblo, y callabais su muerte. Pero el Señor nuestro Dios proveerá para que de aquí en adelante escuchemos cosas buenas de vosotros, y en su misericordia nos consolemos con vuestra corrección. Tanto mayor será el gozo cuanto grande es ahora la tristeza.

SERMO XVIII. En el Natalicio del Mártir Cuadrato.

SINOPSIS.

I. Triple género de los que caminan hacia Dios. II. Ejemplo de Pablo propuesto a los caminantes. III. Otro es el viajero perfecto, otro el perfecto llegado, en el ejemplo de San Cuadrato. IV. Ahora al menos se debe dar tanto a la justicia como antes a la impureza. V. Más aún se debe dar a la justicia que a la impureza. VI. Y esto dejando de lado todo respeto humano. VII. Y especialmente hacia los paganos que insultan a los cristianos.

I. El Señor nuestro Dios ha concedido, a quien damos gracias juntos, que nos viéramos y fuéramos vistos por vosotros. Y si esto es lo que ha llenado de gozo nuestra boca y nuestra lengua de exultación (Salmo CXXV, 2), porque nos hemos visto mutuamente en la carne mortal, ¿cuál será nuestro gozo cuando nos veamos allí donde nada temamos de nosotros mismos? El Apóstol dice: Gozosos en la esperanza (Rom. XII, 12). Por lo tanto, nuestro gozo, que ahora es, está en la esperanza, aún no en la realidad. La esperanza que se ve no es esperanza, dice. Porque lo que uno ve, ¿qué espera? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24, 25). Pero si los compañeros peregrinos se alegran mutuamente en el camino, ¿cuál será el gozo consecuente en la patria? En este camino los

mártires lucharon, y luchando caminaron, caminando no se detuvieron. Caminan, pues, los que aman. No corremos hacia Dios con pasos, sino con afectos. Por lo tanto, nuestro camino busca caminantes. Hay tres tipos de hombres que Dios odia: el que se queda, el que retrocede, el que se desvía. De estos tres tipos de males, con la ayuda del Señor, sea defendido y protegido nuestro paso. Ahora bien, cuando somos caminantes, uno camina más lentamente, otro más rápido; ambos, sin embargo, caminan. Deben ser despertados, pues, los que se quedan, los que retroceden deben ser llamados, los que se desvían deben ser llevados al camino, los lentos deben ser exhortados, los rápidos deben ser imitados. Quien no progresa, se ha quedado en el camino. Quien tal vez se desvía de un propósito mejor hacia lo que dejó peor, ha retrocedido. Quien abandona la fe, se ha desviado del camino. Con los lentos debemos tener razón, pero con los más rápidos, con los que caminan, sin embargo.

II. ¿Quién es el que no progresa? Aquel que se cree sabio, que dice: Me basta lo que soy; que no presta atención a quien dijo: Olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia la meta de la vocación celestial de Dios en Cristo Jesús (Filipenses 3, 13-14). Se describió a sí mismo como corriendo, como siguiendo. No se quedó atrás, no miró hacia atrás, lejos de errar, él que enseñaba el camino, que lo sostenía y lo mostraba. Para que imitáramos su celeridad, dijo: Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo (1 Corintios 4, 6). Por tanto, hermanos amadísimos, creemos que caminamos con vosotros en el camino. Si somos lentos, adelantados. No envidiamos, buscamos a quienes seguir. Pero si pensáis que avanzamos rápidamente, corred con nosotros. Hay un solo objetivo al que todos nos apresuramos, tanto los que caminamos más despacio como los que lo hacemos más rápido. Esto lo dijo el mismo Apóstol. Pero una cosa, olvidando lo que queda atrás, extendiéndome a lo que está delante, sigo hacia la meta de la vocación celestial de Dios en Cristo Jesús. El orden de las palabras es: Pero una cosa sigo. Pero, ¿qué dijo antes de esto? Hermanos, yo mismo no considero haberlo alcanzado (Filipenses 3, 13). He aquí, quien no se queda, quien no se considera haberlo alcanzado. He aquí, quien no quiere quedarse en el exilio; he aquí, quien no se detiene en el camino, he aquí, quien se alegrará en la patria. Yo, dice, ¿Quién yo? Quien más que todos ellos trabajé (1 Corintios 15, 10); Y sin embargo, donde dice: Más que todos ellos trabajé, no dijo: Yo no me considero haberlo alcanzado. Bien allí Yo, donde hay lugar para la humildad, no para la exaltación. Yo, dice, en cuanto a mí respecta, no me considero haberlo alcanzado. Esto él mismo. Pero donde dice: Más que todos ellos trabajé, sigue: No yo, sino la gracia de Dios conmigo. ¿Acaso la gracia de Dios no lo alcanzó? Con razón allí Yo. No alcanzar es de nuestra debilidad, alcanzar es del auxilio de la gracia divina, no de la debilidad humana. ¿Quién, pues, es el que nos mostrará? ¿Quién es el que nos enseñará? ¿Quién es el que dignamente nos insinuará cómo es verdad, lo que sin duda es verdad, que no hay en nosotros nada nuestro, sino el pecado? ¡Que la piedad lo sepa, que la debilidad lo acuse en sí misma, que la caridad lo desee sanar! No porque ya lo haya recibido, dice, o ya sea perfecto (Filipenses 3, 12). Y entonces añadió: Hermanos, yo mismo no considero haberlo alcanzado, y cuando exhortaba a correr, y a extender el corazón hacia lo que está delante, Cuantos, pues, somos perfectos, dice, pensemos esto (Filipenses 3, 15). Antes había dicho: No porque ya lo haya recibido, o ya sea perfecto; y después dice: Cuantos, pues, somos perfectos, pensemos esto. Y habías dicho que el mismo gran Apóstol era imperfecto; ahora ya encuentras a muchos perfectos, y dices: Cuantos, pues, somos perfectos, pensemos esto. Hay, pues, perfección y perfección.

III. Hay un viajero perfecto, que aún no es un llegado perfecto. El viajero perfecto avanza bien, camina bien, sigue el camino, pero aún es un viajero, no ha alcanzado. Pues ciertamente, si camina, y camina en el camino, camina hacia otro lugar, y trata de llegar a algo. ¿A dónde, pues, trataba de llegar el Apóstol, que aún no había alcanzado? Y exhorta a

los perfectos a que sepan que aún no son perfectos, que conozcan su imperfección. La perfección del viajero es saber que aún no ha llegado a donde se dirige. Pues sabe cuánto ha avanzado, cuánto le queda. Sepamos, pues, que no somos perfectos, cuantos somos perfectos, para que no permanezcamos imperfectos. ¿Qué diremos, hermanos? ¿No era perfecto el Mártir Cuadrato? ¿Qué hay más perfecto que un cuadrado? Sus lados son iguales, su forma es igual por todas partes, hacia donde quiera que se vuelva, es una posición, no una ruina. Oh nombre hermoso que muestra la figura, e indica la cosa futura. Ya Cuadrato se llamaba antes, y aún no era coronado. Aún no había aparecido en la tentación, por la cual sería cuadrado, y sin embargo, cuando se le llamaba, se le preanunciaba predestinado antes de la constitución del mundo, y para que se le llamara así, esto en él se compadece, para que se cumpliera, y sin embargo caminaba, y aún estaba en el camino, y mientras estaba en este cuerpo, todo se temía, y que no se quedara, y que no retrocediera, y que no se desviara. Ahora bien, ya corrió, terminó el camino, se mantuvo firme, fue edificado por el artífice del arca del Señor, que en figura fue mandada a construir de maderas cuadradas (Éxodo 27, 1). Ahora ya no teme ninguna tentación. Escuchó al que llama, lo escuchó también él al que invoca, siguió al salvador, lleva al habitante. Despreció al mundo halagador, venció al aterrador, escapó del furioso. Grande es, hermanos, la gloria de los Mártires, la primera en la Iglesia. Cualesquiera otras son seguidoras. No en vano se dijo a algunos: Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado (Hebreos 12, 4). ¿Cuándo tolera, cuándo soporta al mundo enfurecido, quien no puede despreciar al halagador?

IV. Dice el mismo Apóstol: Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne. Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación (Romanos 6, 19). Es muy grande lo que parece haber exhortado. Que cada uno se mida a sí mismo en estas palabras del Apóstol. No se adule a sí mismo, que se pese, y se diga la verdad. ¿Qué espera oír de mí? Que se lo diga a sí mismo. Yo he dispuesto un espejo para que cada uno se mire. No soy yo el resplandor del espejo, que le anuncie su rostro al que se mira. Pues hablo ahora de esos rostros que tenemos dentro. A ellos puedo dirigirme por el oído, no puedo verlos. Ciertamente propongo un espejo. Que cada uno se mire, y se lo anuncie a sí mismo. Las mismas palabras del Apóstol, que he mencionado, tomadlas como el índice del espejo. Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne. Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación. ¿Qué significa Así? Así como aquello, así también esto. Cuando presentabas tus miembros como armas de iniquidad al pecado para la impureza, ¿te deleitaba? Pregunto. Atiende, responde. ¿Te deleitaba? Oigo al que responde, incluso al que calla. Pues no lo harías, si no te deleitara. Así como presentaste tus miembros para servir a la impureza y a la iniquidad, y lo hiciste con deleite, así que te deleite alguna vez la justicia. No quiero que lo hagas por temor, te dice Dios. ¿Acaso lo hacías por temor? Así, dice, así. Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad, así ahora presentad vuestros miembros para servir a la justicia en santificación. A la justicia te ves compelido por temor, a la impureza corrías por amor. ¿Qué hay más hermoso que la sabiduría? Os ruego. Digna es de ser amada al menos así, como fue amada la impureza. Cuando corrías hacia la impureza, se te prohibía, y ibas. Ofendías al padre, y corrías. Estabas dispuesto a ser desheredado, y a no separarte de su perversidad. ¿Qué dirás? Esto te exige la justicia, lo que de ti tuvo la impureza. Habéis oído el Evangelio: No he venido a traer paz a la tierra, sino espada (Mateo 10, 34). Dijo que separaría a los hijos de los padres. Así que atiende a esa espada. ¿Acaso quieres servir a Dios, y el padre te lo prohíbe? Cuando amabas la impureza, incluso con el padre prohibiéndolo, corrías. Ahora te lo prohíbe la justicia, su amante. También aquí encontraste un padre que lo prohíbe. Ejercita tu libertad,

quien ejercitaste entonces tu codicia. Estabas dispuesto entonces a ser desheredado, y a no separarte de la perversidad de esa impureza. Esté dispuesto a ser desheredado, y a no separarse de la belleza de la justicia. Es grande, pero es justo. ¿Quién es el que se atreverá a decir: Pero más debió ser amada la impureza que la justicia? Mientras tanto, la justicia te hace un favor. Ciertamente, dice, soy diferente; ciertamente hay una gran diferencia entre las tinieblas de esa impureza y mi luz, entre esa perversidad y mi belleza, entre su decoro y mi decoro. Ciertamente hay una gran diferencia. Mientras tanto, pongo un paso. Así quiero. Pues debo más, debo mucho más. Cuanto más disto, tanto más debo. Pero Hablo en términos humanos, difiero lo humano, ¿por qué difiero lo divino? Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne. Por eso Así; porque aún tengo consideración con la debilidad. Por eso Así como presentasteis vuestros miembros para servir a la impureza y a la iniquidad, así ahora debéis más, pero al menos caminad así, llegad a esto, pero también pasad de aquí. Mientras tanto Hablo en términos humanos, pero así como aquello, así también esto.

V. ¿Acaso Cuadrato así? No, claramente no así, sino más, y dignamente más. Pues mirad esas impurezas, y ved qué más os exige la piedad y la caridad, y la belleza de la justicia, y la dulzura de la santificación. Ved qué más os exige. El amante de la impureza no quiere que se conozcan sus malas acciones; teme ser condenado por ellas, teme la cárcel, teme al juez, teme al verdugo. Desea la castidad de la esposa ajena, engaña al marido, busca las tinieblas, teme al cómplice, teme al juez, teme ser descubierto, porque teme ser castigado por ello. Ahora bien, lo que la belleza de la justicia exige más de ti, lo que el Apóstol difería por el momento, cuando decía: Hablo en términos humanos a causa de la debilidad de vuestra carne, escucha esto del Señor: Lo que os digo en las tinieblas, esto es, en secreto: Decidlo en la luz, y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados (Mateo 10, 27). ¿Acaso predica desde el tejado el adúltero su crimen? Pero, ¿por qué él no solo no predica desde el tejado, sino que busca ocultarse bajo el tejado? ¿Por qué él? Porque hasta ahí pudo el amor de la impureza; teme ser descubierto, teme ser castigado. Pero estos amantes de aquella belleza invisible, amantes de aquella hermosura, donde está aquel Hermoso entre los hijos de los hombres (Salmo 44, 3), amantes, pues, de aquella belleza, ¿por qué no temen predicar desde los tejados lo que oyeron al oído? Pregunta, ¿por qué teme él ser conocido y castigado; pregunta, por qué no teme este? El mismo Señor añadió a continuación. Pues cuando dijo: Lo que os digo en las tinieblas, decidlo en la luz, y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados. No temáis, dice, a los que matan el cuerpo (Mateo 10, 28). Para que lo que oís en las tinieblas, lo digáis en la luz; para que lo que oís al oído, lo prediquéis desde los tejados: No temáis a los que matan el cuerpo. Que tema el adúltero a los que matan el cuerpo. Pues cuando ese adúltero pierde el cuerpo, pierde el taller de sus placeres. Que tema perder el cuerpo quien vive del cuerpo. Pues todo lo que codicia, lo realiza a través del cuerpo; por eso en él el placer no basta, arde en codicia, hasta que llega al placer más impuro del cuerpo. Pero tú, Hombre de Dios, si tienes ojos del corazón, desde donde veas la belleza de la caridad, desde donde veas la belleza de la piedad; si tienes ojos del corazón, ve de dónde disfrutas de tu amada. Pues para disfrutar de ella, no buscas los miembros del cuerpo. Que tema perder el cuerpo el amante del placer sucio, pero Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad (Lucas 2, 14).

VI. ¡Qué lejos estás de este amor, oh cristiano! Ojalá llegues hasta ese humano, y hagas el bien con deleite, como antes pecabas con deleite. Pues si haces el bien con deleite, si crees en Cristo con deleite, si disfrutas de su sabiduría según tu capacidad, si escuchas y haces el precepto con deleite, ha comenzado en ti ese Humano a causa de tu debilidad. Ya has comenzado a tener un buen don, pero aún no has completado el Cuadrado. Pero como dije, si has llegado, avanza; aún hay camino. No te quedes. Aún hay algo que hacer. No temas, y no escondas tus buenas obras por temor. ¿Qué te dicen los críticos, los que te insultan? ¡Gran

Apóstol eres tú! de los cielos te cuelgan los pies. ¿De dónde vienes? Y temes decir: De la Iglesia; para que no te digan: ¿No te da vergüenza, Barbado, ir donde van las viudas y las ancianas? Para no oírlo, temes decir: Estuve en la Iglesia. ¿Cómo soportarías al perseguidor, si temes al que te insulta? Y ciertamente es tiempo de paz; ellos deberían avergonzarse. Se avergüenzan tantos que han venido, y no se avergüenzan tan pocos que se han quedado. Y estos han venido, ¿a dónde? Pero aquellos se han quedado, ¿dónde? Estos han venido a la luz de la paz; aquellos se han quedado en las tinieblas de la confusión. ¿No os avergonzáis de avergonzaros de lo que es para gloriarse? No se avergüenzan de lo vergonzoso, y vosotros os avergonzáis de lo que es para gloriarse. ¿Y dónde está lo que habéis oído: Acudid a él, y seréis iluminados, y vuestros rostros no se avergonzarán (Salmo 33, 6)?

VII. Dije estas cosas, hermanos míos, porque sé, y me duele mucho, que se teman las lenguas de unos pocos paganos que no son violentos, sino que solo insultan, y que se retengan los ánimos de los que quieren creer, cuando no se aquietan en las exhortaciones de los cristianos. ¿Y qué más? ¿O qué voy a decir yo? Ves que se critica a un pagano, no sé quién, para que no se haga cristiano, y tú, cristiano, callas, te consideras afortunado porque te perdona, es decir, porque no te insulta. Cuando lo disuade, dices en tu corazón: ¡Gracias a Dios! No me dijo nada. Huyes no con el cuerpo, sino con la mente. Estás allí, y huyes. Temes que la lengua maledicente se vuelva contra ti, y no ayudas a aquel que debes ganar para Cristo. No ayudas, callas, como dije, huyes no con el cuerpo, sino con la mente, eres un mercenario, ves venir al lobo, y huyes (Juan 10, 12). ¿Y qué más voy a decir? Ahora todos hemos escuchado. Que el Señor infunda temor. A quien se debe amar, él mismo debe ser temido. Quien me, dice, confiese delante de los hombres. (Y ved, ¿cuándo decía estas cosas? Cuando el mundo no creía, sino que rugía). Quien me niegue delante de los hombres, lo negaré delante de mi Padre, que está en los cielos. Pero quien me confiese delante de los hombres, yo también lo confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos (Mateo 10, 32-33). ¿Quieres ser negado por Cristo, o quieres ser confesado por Cristo? Tendrás lejos al que te insulta, cuando encuentres a Cristo como tu negador. Vendrá lo que promete. ¿Quién ha mostrado tantas cosas, y solo en el día del juicio será hallado engañoso? De ninguna manera. Que tengan ellos su perfidia, más bien que también ellos carezcan de su perfidia, pero proponedles a ellos para ser imitados en la confesión, no para ser superados en el silencio. Pues si encuentran cristianos más fuertes defensores de los débiles con la afirmación de la fe, con la libertad de confesar, con la prudencia de enseñar, con la caridad de instruir, callarán, creedlo. Pues no tienen nada que decir. Es una voz vacía. Un címbalo resonante (1 Corintios 13, 1), que ha cesado en sus templos, ha quedado en sus bocas.

SERMO XIX. De las palabras del Apóstol 1 Cor. 12, vers. 31. Os muestro un camino más excelente, etc.

SINOPSIS.

I. La caridad es mayor que todos los dones, que incluso pueden poseerse sin ella. II. Profecía sin Caridad en Saúl y su séquito. III. Profecía sin Caridad en Caifás. IV. Fe sin Caridad en los demonios. V. Ejemplo de caridad mutua en los miembros del cuerpo humano. VI. En los miembros hay diversa dignidad, pero más debe considerarse la salud. VII. Los donatistas, miembros enfermos, cortados. VIII. Condena de Crispino, y anterior de los donatistas en la causa de Ceciliano y Mayorino. IX. A los cortados de la Iglesia se les ofrece el regreso. X. La Iglesia extendida por todo el mundo es católica, es verdadera. XI. El don de lenguas dado a los primeros creyentes significaba que la Iglesia sería παντάλωσσον. XII. Exhorta a los donatistas al regreso.

I. Es bueno hablar de la Caridad a quienes la aman, por la cual se ama bien todo lo que se ama. Pues según el Apóstol, en la Caridad hay un camino más excelente. Ahora se leía. Lo hemos escuchado. Os muestro un camino más excelente (1 Corintios 12, 31). Luego narró muchos dones, y ciertamente son espléndidos, no deben ser menospreciados; sin embargo, dijo que nada de ellos aprovecha a los hombres que no tienen Caridad. Entre esos dones mencionó: Hablar en lenguas de hombres y de ángeles, tener toda Profecía, todo conocimiento, toda fe, de modo que traslade montañas, distribuir todos sus bienes a los pobres, entregar su cuerpo para ser quemado (1 Corintios 13, 1-3). Todas estas cosas son grandes y divinas; pero si se colocan en el fundamento de la Caridad, y surgen de la raíz de la Caridad. Pero que de estos dones haya habido muchos en muchos que no tuvieron Caridad, no nos atreveríamos a decirlo, si no fuéramos enseñados por ejemplos no de cualquier hombre, y tomados de cualquier parte, sino de las mismas santas Escrituras, en las cuales quien no tenga fe, no puede tener Caridad. Pero entre las principales cosas que se han dicho, allí aparece grande ya sea la Profecía, ya sea la Fe. ¿Qué diremos, pues, de las demás? Si alguien que tiene Profecía no le aprovecha nada, si no tiene Caridad, y alguien que tiene Fe no puede llegar al reino de Dios, si no tiene Caridad, ¿qué diremos de las demás? ¿O hablar en lenguas, qué es comparado con la Profecía, y la Fe? ¿O distribuir todos sus bienes a los pobres, qué es comparado con la Profecía, y entregar su cuerpo para ser quemado? A menudo esto lo hacen los temerarios precipitados. Por tanto, esas dos cosas son grandes allí, de las cuales verdaderamente es de admirar si pudiéramos encontrar a algún hombre que tenga Profecía, y no tenga Caridad, o que tenga Fe, y no tenga Caridad.

II. El libro de los Reyes nos da un ejemplo de profecía. Saúl era perseguidor del santo David (I Reg. XIX). Cuando lo perseguía y enviaba emisarios para capturarlo y castigarlo, aquellos que fueron enviados para llevar a David a la muerte lo encontraron entre los profetas, donde también estaba el santo Samuel, hijo de Ana, la estéril, quien lo había pedido al Señor para concebirlo, lo recibió del Señor y, una vez nacido, lo entregó al Señor. En ese tiempo estaba Samuel, en el mismo tiempo que David, el más eminente de los profetas, pues fue ungido por él. Así, cuando sufría persecución de Saúl, huyó a Samuel, como hoy en día, por ejemplo, quien sufre alguna persecución externa, huye a la Iglesia. Por lo tanto, había huido allí, donde no solo estaba Samuel, el más eminente de todos los profetas, sino también muchos otros profetas. Entre ellos, mientras profetizaban, llegaron los enviados por Saúl, quienes, como dije, venían a llevarlo a la muerte. El Espíritu de Dios se apoderó de ellos, y comenzaron a profetizar, quienes habían venido a llevar al hombre santo y justo de Dios a la espada y a sacarlo de entre los profetas. De repente, llenos del Espíritu de Dios, se convirtieron en profetas. Tal vez esto fue por la inocencia de ellos; pues no habían venido voluntariamente a capturarlo, sino que fueron enviados por su rey. Y tal vez habían llegado al lugar donde estaba David, pero no iban a hacer lo que Saúl había ordenado. Tal vez ellos también se quedarían allí. Pues estas cosas suceden incluso hoy. A veces se envía a un oficial de una gran autoridad a capturar a alguien de la Iglesia. No se atreve a actuar contra Dios, y para no incurrir él mismo en la espada, se queda allí donde fue enviado a capturar. Alguien podría decir admirado que estos profetas se convirtieron de repente porque eran inocentes, y la misma profecía dio testimonio de su inocencia. Fueron enviados, pero no iban a hacer lo que aquel malvado había ordenado. Creemos esto de ellos. Fueron enviados otros. Y el Espíritu de Dios también se apoderó de ellos, y ellos también comenzaron a profetizar. Y a estos, junto con aquellos, los contamos por el mérito de su inocencia. Fueron enviados terceros. Esto también les sucedió a ellos. Todos fueron inocentes. Cuando tardaban y no se cumplía lo que Saúl había ordenado, él mismo vino. ¿Acaso él también era inocente? ¿Acaso él también fue enviado por alguna autoridad y no pervertido por su propia voluntad? Y sin embargo, el

Espíritu de Dios se apoderó de él, y comenzó a profetizar. He aquí que Saúl profetiza teniendo profecía, pero no teniendo caridad. Se convirtió en un vaso que fue tocado por el Espíritu, no en uno que fue purificado por el Espíritu.

III. Pues el Espíritu de Dios toca algunos corazones para profetizar, pero no los purifica. Y si toca y no purifica, ¿acaso el Espíritu mismo se contamina? Es de la naturaleza divina tocar todo sin contaminarse en ninguna parte. No se asombren si esta luz que se derrama del cielo toca todo lo impuro esparcido por todas partes, sin mancharse en lo más mínimo. No solo esta luz que viene del cielo, sino también aquella que se emite de una lámpara, toca dondequiera que dirijas la luz, y tal vez, quien pase por una cloaca, si la toca, se contamina; pero si lleva una lámpara, el resplandor de la lámpara pasa por encima de todo sin contraer mancha alguna. Si Dios pudo otorgar esto a las luces corporales, ¿podrá la luz verdadera, eterna e inmutable contaminarse en alguna parte? ¿O podrá faltar en algún lugar la luz de Dios, de la cual se ha dicho: "Alcanza de un extremo al otro con fortaleza y dispone suavemente todas las cosas" (Sab. VIII, 1)? Toca, pues, lo que quiere y purifica lo que quiere. No purifica todo lo que toca, sino que toca lo que ha purificado. Así, el Espíritu de Dios no purificó a Saúl, el perseguidor, pero sin embargo lo tocó para que profetizara. Caifás, el sumo sacerdote, era perseguidor de Cristo, y sin embargo habló profecía cuando dijo: "Conviene que un hombre muera y no perezca toda la nación" (Juan XI, 50). El evangelista explicó la profecía y dijo: "Esto no lo dijo por sí mismo, sino que, siendo sumo sacerdote, profetizó" (Ibid. 51). Caifás profetizó, Saúl profetizó. Tenían profecía, pero no tenían caridad. ¿Acaso tenía caridad Caifás, quien perseguía al Hijo de Dios, a quien la caridad nos trajo? ¿Acaso tenía caridad Saúl, quien perseguía a aquel por cuya mano había sido liberado de los enemigos? No solo era envidioso, sino también ingrato. Así hemos probado que puede haber profecía en alguien y no haber caridad. Sin embargo, la profecía no puede beneficiar a estos, según el Apóstol. Si no tengo caridad, dice, nada soy (I Cor. XIII, 2). No dice: La profecía no es nada, o la fe no es nada; sino que yo no soy nada si no tengo caridad. Teniendo grandes cosas, no es nada, aunque tenga grandes cosas, no es nada. Pues esas grandes cosas que tiene, no las tiene para ayuda, sino para juicio. No es grande tener grandes cosas, sino usarlas bien es lo grande. Pero no las usa bien quien no tiene caridad. Pues no se usa bien algo, a menos que haya buena voluntad. No puede haber buena voluntad donde no hay caridad.

IV. ¿Qué hay de la fe? ¿Encontramos a alguien que tenga fe y no tenga caridad? Hay muchos que creen y no aman. Ni siquiera se deben enumerar los hombres. Encontramos que los demonios creyeron lo que creemos, y no aman lo que amamos. Pues cuando el apóstol Santiago reprendía a aquellos que pensaban que era suficiente creer y no querían vivir bien, lo cual no se hace sin caridad; pues la buena vida pertenece a la caridad, y quien tiene caridad no puede vivir mal, porque vivir bien no es otra cosa que estar lleno de caridad. Cuando algunos se jactaban de haber creído en Dios y no querían vivir bien, y congruentemente con la gran fe que habían recibido, los comparó con los demonios diciendo: "Tú dices que hay un solo Dios. Bien crees; pero también los demonios creen y tiemblan" (Santiago II, 19). Si solo crees y no amas, aún tienes en común con los demonios. Pedro dijo: "Tú eres el Hijo de Dios"; y se le dijo: "Bienaventurado eres, Simón Bar-Jona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos" (Mateo XVI, 16, 17). Encontramos que también los demonios dijeron: "¿Qué tenemos que ver contigo, Hijo de Dios?" (Id. VIII, 29). Los apóstoles confiesan al Hijo de Dios, los demonios confiesan al Hijo de Dios. La confesión parece igual, el amor es diferente. Ellos creen y aman, ellos creen y temen. El amor espera la recompensa, el temor el castigo. Así encontramos que alguien puede tener fe y no tener caridad. Por lo tanto, nadie se jacte de cualquier don de la Iglesia, si acaso sobresale en la Iglesia por algún don que se le ha atribuido, sino que vea si tiene caridad. Pues el mismo

apóstol Pablo habló y enumeró muchos dones de Dios (1 Cor. XII) en los miembros de Cristo, que es la Iglesia, y dijo que los dones propios han sido atribuidos a cada uno de los miembros, y que no puede ser que todos tengan un solo don. Sin embargo, nadie quedará sin don. El apóstol menciona profetas, doctores, intérpretes, hablantes de lenguas, poseedores de virtudes de sanidad, poseedores de ayudas, gobernaciones, géneros de lenguas. Se han dicho estas cosas, y vemos unas en unos, otras en otros. Por lo tanto, que nadie se lamente de que no se le haya concedido lo que ve que se le ha concedido a otro. Que tenga caridad, que no envidie al que tiene, y con él tiene lo que no tiene. Pues lo que tenga mi hermano, si no envidio y amo, es mío. No lo tengo en mí, pero lo tengo en él. No sería mío si no estuviéramos en un solo cuerpo y bajo una sola cabeza.

V. La mano izquierda, por ejemplo, en el cuerpo tiene un anillo, y la derecha no lo tiene. ¿Acaso se quedó sin adorno? Mira las manos individualmente, y verás que una tiene y la otra no. Mira la estructura del cuerpo, a la que ambas manos están unidas, y verás que la que no tiene, en aquella que tiene, tiene. Los ojos ven por dónde ir; los pies van a donde los ojos miran. Ni los pies pueden ver, ni los ojos caminar. Pero el pie te responde: Yo también tengo luz, pero no en mí, sino en el ojo. Pues el ojo no ve para sí mismo y no para mí. Y los ojos dicen: Y nosotros caminamos, no en nosotros, sino en los pies. Así, cada miembro realiza su función propia y específica, lo que el alma ordena. Sin embargo, todos constituidos en un solo cuerpo y manteniendo la unidad, no se atribuyen lo que tienen otros miembros, si acaso esos miembros no lo tienen, ni consideran ajeno lo que tienen de manera similar en un solo cuerpo. Por lo tanto, hermanos, si a algún miembro del cuerpo le ocurre alguna molestia, ¿qué miembros negarán su ayuda? ¿Qué parece más extremo en el hombre que el pie? Y en el mismo pie, ¿qué parece más extremo que la planta? Y en la misma planta, ¿qué parece más extremo que la piel misma, donde se pisa la tierra? Sin embargo, este extremo está tan unido a la estructura del cuerpo entero, que si en ese lugar se clava una espina, todos los miembros concurren para ayudar a extraer la espina. Inmediatamente se doblan las rodillas, se curva la columna, no la que está clavada, sino la que sostiene toda la espalda, se sienta para que se extraiga la espina; ya sentarse para que esto se haga es cosa de todo el cuerpo. ¡Qué pequeño lugar está en molestia! Es un lugar tan pequeño como la espina pudo pinchar, y sin embargo, la molestia de ese lugar extremo y pequeño no es abandonada por todo el cuerpo. Los demás miembros no sienten dolor, y en ese único lugar todos sienten dolor. De ahí el Apóstol dio un ejemplo de caridad, exhortándonos a amarnos mutuamente como los miembros del cuerpo se aman entre sí. Si un miembro sufre, dice, los demás miembros sufren con él, y si un miembro es honrado, todos los miembros se alegran con él. Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros (1 Cor. XII, 26). Si los miembros se aman entre sí, teniendo la cabeza en la tierra, ¿cómo deben amarse los miembros cuya cabeza está en el cielo? Ciertamente, ni siquiera se aman a sí mismos si son abandonados por su cabeza. Pero cuando esa cabeza es tal cabeza, y está tan exaltada, y está tan colocada en el cielo a la derecha del Padre, que sin embargo trabaja en la tierra, no en sí misma, sino en sus miembros, de tal manera que dice al final: "Tuve hambre, tuve sed, fui huésped"; cuando se le diga: "¿Cuándo te vimos hambriento y sediento?" y como si respondiera: "Yo era la cabeza en el cielo, pero en la tierra los miembros tenían sed", finalmente dice: "Cuando lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis", y nuevamente a los que no lo hicieron: "Cuando no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí me lo hicisteis" (Mateo XXV, 35-45), a esta cabeza solo nos unimos por la caridad.

VI. Pues así, hermanos, vemos que cada miembro en sus funciones realiza su propia obra, de modo que el ojo ve, pero no trabaja; la mano trabaja, pero no ve; el oído oye, pero no ve ni trabaja; la lengua habla, pero no oye ni ve, y aunque están separados y diferenciados por sus

funciones, unidos en una sola estructura corporal, tienen algo en común en todos. Las funciones son diversas, la salud es una. Esto es, pues, en los miembros de Cristo la caridad, lo que es en los miembros del cuerpo la salud. El ojo está en un lugar mejor, en una eminencia, y como en un consejo en una altura, desde donde puede mirar, desde donde puede ver, desde donde puede mostrar. Gran honor en los ojos, tanto en el lugar como en el sentido más ardiente, y en la agilidad y fuerza que los demás miembros no tienen. Por lo tanto, a menudo las personas juran por sus ojos más que por cualquier otro miembro. Nadie le ha dicho a alguien: "Te amo tanto como a mis oídos", y el sentido de los oídos es igual y cercano al de los ojos. ¿Qué decir de los demás? Todos los días las personas dicen: "Te amo tanto como a mis ojos". Y el Apóstol, indicando que hay mayor amor en los ojos que en los demás miembros, cuando decía que era amado por la Iglesia de Dios, dijo: "Porque os doy testimonio de que, si fuera posible, os habríais arrancado los ojos y me los habríais dado" (Gálatas IV, 15). Por lo tanto, nada es más sublime y honorable en el cuerpo que los ojos, y nada es más extremo en el cuerpo que el dedo pequeño del pie. Sin embargo, es mejor ser un dedo en el cuerpo y estar sano, que ser un ojo y estar perturbado por la conjuntivitis. Pues la salud, que es común a todos los miembros, es más valiosa que las funciones individuales. Así ves en la Iglesia a una persona que tiene un pequeño don, y sin embargo tiene caridad; a otra que tal vez sobresale en la Iglesia por algún don mayor, y sin embargo no tiene caridad. Que sea el dedo más pequeño, que sea el ojo. Aquel pertenece más a la estructura del cuerpo, quien pudo obtener la salud. Por lo tanto, lo que sea que esté enfermo en el cuerpo es molesto para el resto del cuerpo, y todos los miembros dan su esfuerzo para sanar lo que está enfermo, y a menudo se sana. Pero si no se sana y ha concebido tal putrefacción que no puede ser sanada, se consulta a todos los miembros para que se pierda de la estructura del cuerpo.

VII. Así que, no sé quién, Donato, fue como un ojo en el cuerpo, fue; así no sabemos cómo fue, pero ciertamente fue tal como se dice, ¿de qué le sirvió la excelencia del honor y la gloria? No pudo mantener la salud porque no tuvo caridad. Por lo tanto, se pudrieron de tal manera que necesariamente fueron cortados, y lo que dicen tener algunos, son gusanos de putrefacción. Cortados son gusanos, y no pueden admitir la salud. Pues un miembro admite la salud mientras está en el cuerpo y no ha sido cortado. De los demás miembros sanos mana la salud hacia el lugar de la herida; pero cuando el miembro ha sido cortado, donde está la herida, no se encuentra por dónde ni de dónde venga la salud. Por eso se comparan con sarmientos cortados, y la lectura evangélica concuerda con la lectura apostólica. Pues allí también el Señor, para que permanezcamos en Él, no nos recomendó principalmente sino la caridad: "Yo soy", dice, "la vid, vosotros los sarmientos, mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí da fruto, lo poda para que dé más fruto; pero el que en mí no da fruto, lo cortará" (Juan XV, 1, 2). El fruto de la misma caridad, porque el fruto no viene sino de la raíz. Pero el Apóstol dice: "Para que arraigados y cimentados en caridad" (Efesios III, 17). Allí está, pues, la raíz de donde surge todo fruto. Quien comenzó a disentir de la raíz, aunque parezca permanecer un poco, o ha sido cortado secretamente, o también abiertamente debe ser cortado; pues de ninguna manera puede dar fruto. Ellos estaban alguna vez en la unidad. Fueron cortados. ¿De dónde fueron cortados? De la unidad. Pero vosotros sois, dicen, cortados. ¿Qué hacemos? Yo digo: Vosotros sois cortados. Vosotros decís: Vosotros sois cortados. Que Dios juzgue. ¿Hemos pospuesto, pues, la cuestión y la hemos enviado al juicio de Dios? No, en absoluto. En muchas cosas hacemos esto, donde aún no aparece la sentencia de Dios. Pero donde aparece, usemos, no pospongamos. Presento la Escritura y veo quién ha sido cortado de dónde. Pues si la Escritura dio testimonio a la Parte de Donato, a alguna Iglesia establecida en alguna parte de la tierra, como en la parte de África está establecida la Parte de Donato, que digan que nosotros somos cortados, y que digan que ellos están arraigados. Pero si la Escritura no da testimonio sino a la Iglesia, difundida por todo el

mundo, ¿qué buscamos un juez humano para nuestra disputa? Tenemos a Dios. Aún no preside en el juicio, ya preside en el Evangelio.

VIII. Crispino ha sido juzgado como hereje. Pero, ¿qué dice? ¿Acaso he sido vencido por una sentencia evangélica? Se defiende diciendo que no ha sido vencido porque el Proconsul lo juzgó, no Cristo. Si desprecia el juicio humano, ¿por qué apeló del Proconsul al Emperador? Él mismo solicitó el juicio del Proconsul, diciendo: Escúchame. No soy hereje. ¿El juicio que solicitaste ahora te desagrada? ¿Por qué? ¿Porque falló en tu contra? Si hubiera fallado a tu favor, habría juzgado bien. Porque falló en tu contra, juzgó mal. Antes de juzgar, era un buen juez, a quien dijiste: No soy hereje. Escúchame. Pero, dice, el Proconsul juzgó según las leyes de los Emperadores, no según las leyes del Evangelio. Que así sea, que el Proconsul haya juzgado según las leyes de los Emperadores. Si los Emperadores juzgan mal en tu contra, ¿por qué apelaste del Proconsul a su juicio? ¿Ya existían las leyes de los Emperadores en tu contra, o aún no? Si aún no existían, el Proconsul no juzgó según ellas. Si ya existían, ¿acaso los Emperadores juzgarán a tu favor contra sus propias leyes? Luego te pregunto: ¿Cuáles son esas leyes de los Emperadores que están en tu contra? ¿Qué ha sucedido? ¡Enséñame! Es evidente, y no se niega, que hay muchas leyes de los Emperadores en contra de ustedes. ¿Cómo ocurrió esto? ¿Cómo sucedió? ¿Acaso nosotros los perseguimos y dijimos muchas cosas malas a los Emperadores sobre ustedes? Esto es lo que dicen a aquellos a quienes engañan miserablemente. Ocultan completamente la causa, tal como se llevó a cabo en ese tiempo, a aquellos a quienes quieren engañar. Pero, por mucho que lo oculten, se descubre, se revela, se publica, se da a conocer incluso a los que no quieren saberlo. Aunque cierren los ojos y no quieran ver la luz, la misma luz los golpeará. ¡No se les permita disimular lo evidente! ¡No se les permita apartarse de lo que está claro! ¡No se les permita cubrir lo que está abierto! Los presionaré con la verdad manifiesta. Ustedes solicitaron el juicio del Emperador. ¡Mienten!, dicen. Existen documentos públicos. Los mismos Donatistas de la Parte de Majorino, quien fue ordenado primero, acudieron al Proconsul Anulino contra Ceciliano, y presentaron libelos acusatorios en nombre de Ceciliano, sellados en cuero, diciendo que habían escrito crímenes contra Ceciliano en ese libelo, y solicitando que enviara su acusación al Emperador. Existe el informe del Proconsul Anulino escribiendo al Emperador Constantino: que hombres de la Parte de Majorino vinieron a él con libelos de acusación contra Ceciliano, solicitando que enviara esos mismos libelos al Emperador, y dice que hizo lo que ellos pidieron. El Emperador escribió al obispo Melciades y a Marco, transfiriendo a ellos la causa eclesiástica, y apartándola de sí mismo. En esas mismas cartas, el Emperador escribe que envió los documentos enviados por Anulino, y en esas cartas ignora qué son esos documentos, pero en el informe de Anulino se conoce, que hoy se contienen en los códigos públicos. Luego, el mismo Constantino escribe a Anulino para que dirija las partes a Roma para el juicio episcopal. Anulino también informa al final que envió las partes. Ustedes, por lo tanto, llevaron la causa de la Iglesia al poder humano. Él mejor que ustedes. Ustedes llevaron la causa al Emperador, él a los Obispos. La causa fue discutida en el juicio episcopal con ellos como primeros acusadores. Se pronunció sentencia a favor de Ceciliano. Ellos, no contentos con el juicio eclesiástico, comenzaron a murmurar, nuevamente acudieron al mismo Emperador, buscando un juicio imperial después del juicio episcopal. Se les concedió otro juicio eclesiástico en Arlés. Incluso de ese juicio apelaron al mismo Emperador. Vencido por su insistencia, quiso asumir y conocer la causa él mismo. La asumió, la conoció, y juzgó a Ceciliano como el más inocente, incluso todas las órdenes de los Emperadores en su contra. ¿Qué sorpresa? ¿Te atreves a rechazar la sentencia de aquel cuyo juicio solicitaste? ¿Por qué quisiste llevar el juicio ante él? ¿Tenías la Iglesia en África, no la tenías en todo el mundo? ¿Pero a dónde iban, de dónde ya se habían apartado? Ellos ya

no estaban adheridos a la Iglesia, pero el Emperador estaba allí, a quien se refería el juicio. Por lo tanto, él quiso juzgar con gran mansedumbre a los Obispos, y luego les cedió, para que él mismo también juzgara. De ahí son las leyes en su contra; vean si no son contra ustedes. Primero fueron ustedes mismos, ustedes los primeros acusadores, ustedes los últimos apelantes, ustedes los últimos murmuradores. ¿Acaso, sin embargo, dice, he sido vencido por el Evangelio? Has sido vencido por el juicio que tú mismo elegiste.

IX. Pero no rechazamos la sentencia evangélica. Claro, aunque él no lo dijera, nosotros lo leeríamos, lo descubriríamos, lo mostraríamos. ¿Se recitará el Evangelio? Veamos dónde dice el Señor Jesucristo que está la Iglesia. Ciertamente, nuestros oídos y corazones deben estar abiertos. Escuchémoslo. Que nos diga dónde está la Iglesia. Si dice que su Iglesia está en África, todos acudamos a la Parte de Donato. Si dice que su Iglesia está en todo el mundo, que los miembros cortados regresen al cuerpo, pues no han sido cortadas las ramas de tal manera que no puedan ser injertadas de nuevo. Tienes al apóstol Pablo diciendo. Pero dices: Las ramas fueron cortadas para que yo fuera injertado. Bien. Fueron cortadas por incredulidad; tú, sin embargo, permaneces por la fe. No te ensoberbezcas, sino teme. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco te perdonará a ti (Rom. XI, 19-21). Los judíos fueron cortados como ramas naturales, y las naciones fueron injertadas como un olivo silvestre en el olivo. De estas ramas injertadas, y de este olivo silvestre injertado, todos somos partícipes del olivo. Pero, como el Apóstol amenazó a las ramas del olivo silvestre que se ensoberbecían, estos se volvieron tan soberbios que, junto con las naturales cortadas antes, también ellos merecieron ser cortados por soberbia. Pero, ¿qué dice el Apóstol? Y ellos, dice, si no permanecen en la incredulidad, serán injertados (Rom. XI. 23), y tú, si no permaneces en la fe, serás cortado. Nadie, pues, se ensoberbezca en la vid, nadie desespere fuera de la vid. Si te ensoberbeces en la vid, cuídate de no ser cortado. Si están fuera de la vid, no desesperen, atrévanse a ser injertados. No es que deban ser injertados por su propia mano. Pues dice: Dios es poderoso para injertarlos de nuevo (Ibid.). No digan: ¿Cómo puede ser que algo cortado, una rama rota, sea injertada de nuevo? Dices correctamente que no puede ser, si preguntas a la capacidad humana, no si preguntas a la majestad divina. ¿Qué, pues? ¿Lo que ya ha hecho el Señor, puede hacerlo algún agricultor? Tomó el olivo silvestre y lo injertó en el olivo, y el olivo silvestre injertado en el olivo no dio bayas amargas, sino aceitunas. Que alguien haga esto ahora; que injerten un olivo silvestre en un olivo, verá que no produce nada más que bayas de olivo silvestre. Por lo tanto, Dios pudo no injertar el olivo en el olivo silvestre, sino injertar el olivo silvestre en el olivo, y hacer al olivo silvestre partícipe de la riqueza del olivo, para que despojado de amargura se vistiera de riqueza, ¿y no será capaz de injertarte a ti, cortado por soberbia, por humildad? Bien, dices, me exhortas, pero primero muéstrame que estoy cortado, no sea que debas exhortarte a ti mismo a venir a mí, no a mí a ser injertado en ti. Me atrevo a decir: Escúchame, y sin embargo temo decir: Escúchame. Pues temo que desprecie al hombre. Más bien exhorto a que desprecie al hombre. Pues si despreciara al hombre, no sería de la Parte de Donato. Donato fue un hombre. Por lo tanto, si decimos nuestras palabras, seamos despreciados; si decimos las palabras de Cristo, que él sea escuchado, quien no es escuchado en vano, y no es despreciado en vano. Pues se le escucha para premio, no se le escucha para castigo. Escuchémoslo. Que el mismo Señor nos lo diga.

X. La Iglesia la muestra en innumerables lugares, pero sin embargo mencionaré uno. Después de la resurrección, saben, hermanos, se mostró a sus Discípulos, mostró sus cicatrices, se ofreció a ser palpado, no solo visto. Pero ellos, sosteniéndolo, palpándolo, y reconociéndolo, aún dudaban de alegría, como nos enseña el Evangelio, al que es necesario creer, al que es un pecado no creer. Pero el Señor, aún dudando de alegría, y vacilando, les dio firmeza con las Escrituras, y dijo: Esto os decía cuando aún estaba con vosotros, que era necesario que se

cumpliera todo lo que está escrito en la Ley, y en los Profetas, y en los Salmos acerca de mí. Entonces les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras, y les dijo: Que así era necesario que Cristo padeciera, y resucitara al tercer día, y que se predicara en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados en todas las naciones comenzando desde Jerusalén (Luc. XXIV, 44-47). Allí no estás tú. Allí estoy yo. ¿Qué esperas de un hombre que te juzgue desde el tribunal? Escucha a Cristo desde el Evangelio. En todas las naciones, dice, comenzando desde Jerusalén. ¿Estás allí? ¿Te comunicas con todas las naciones? ¿Te comunicas con esa Iglesia que está difundida por todas las naciones comenzando desde Jerusalén? Si te comunicas, estás allí, estás en la vid, no estás cortado. Esa es la vid que ha crecido y ha llenado toda la tierra, el cuerpo de Cristo, la Iglesia de Cristo, cuya cabeza está en el cielo. Pero si no te comunicas, sino solo con los africanos, y desde África, donde pudiste, envías en secreto a quienes consuelen a los peregrinos, ¿no te encuentras en la Parte, habiendo sido cortado del Todo? ¿Qué dijiste en el juicio del Proconsul? Soy católico. Esa es su voz. Se recita de los Hechos. Católico, mantén el Todo. Holon es Todo, y de ahí se llama Iglesia católica, porque está en Todo. ¿Acaso se llama Catamérica, y no Católica? Meros es parte, Holon es todo. Se llama Católica del verbo griego, según el todo. Entonces, ¿te comunicas con el Universo? No, dice. Entonces estás en parte, ¿cómo eres católico? Hay mucha diferencia entre Todo y Parte. ¿De dónde toma su nombre la Católica? Tú tomaste tu nombre de la Parte de Donato, la Católica toma su nombre de todo el orbe de la tierra. Pero nosotros decimos que está en el universo, ¿y Dios acaso no lo dice? He mencionado el Evangelio, lo he recitado del Evangelio. En todas las naciones, dice, comenzando desde Jerusalén. ¿No vino de allí a África? Pues si comenzó desde Jerusalén, llenando todo vino a ti, no secando. ¿Quién dice: Se condujo un río desde la fuente para venir a mí, se secó en el camino, y llegó a mí? Si se secó en el camino, ¿cómo llegó a ti? Sin duda llenando todo llegó a ti. ¿Río ingrato, por qué blasfemas contra la fuente? Si no fluyera, no te llenarías. Pero temo que te hayas secado. Pues todo río cortado de la fuente debe secarse. Desde la sequedad hablan ásperamente contra la Iglesia; hablarían suavemente si fueran regados. Soy católico. ¿Qué es católico? ¿Un hombre de Numidia? Pregunta al menos a los griegos. No es ciertamente católico una palabra púnica, sino una palabra griega. Busca un intérprete. Con razón te equivocas en la lengua, que no consientes con todas las lenguas.

XI. Cuando el Espíritu vino del cielo, y llenó a aquellos que creían en Cristo, hablaron en todas las lenguas, y esa era la señal en ese tiempo de haber recibido el Espíritu Santo, si alguien hablaba en todas las lenguas (Hechos II, X y XIX). ¿Acaso ahora no se da el Espíritu Santo a los fieles? Lejos esté que creamos esto, de lo contrario no tendríamos esperanza. Y ellos ciertamente admiten que se da el Espíritu Santo a los fieles, y nosotros decimos esto, creemos esto, esto principalmente, y solo en la Iglesia católica lo alcanzamos. Pero que ellos sean católicos, allí se da el Espíritu Santo. Seamos nosotros católicos, aquí se da el Espíritu Santo; ahora, no busquemos qué diferencia hay, quiénes son católicos; es evidente que se da el Espíritu Santo. ¿Por qué ahora no hablan en todas las lenguas quienes reciben el Espíritu Santo, sino porque entonces en pocos se figuraba lo que después se mostraría en todos? ¿Qué proclamó el Espíritu Santo advirtiendo a los corazones de aquellos a quienes llenó entonces, y enseñándoles todas las lenguas? Apenas aprende un hombre dos o tres, o por maestros, o por regiones, en las que se mueve por alguna costumbre, mucho tres o cuatro lenguas. Hablaban en todas las lenguas quienes estaban llenos del Espíritu Santo, y hablaban de verdad y de repente, no aprendiendo poco a poco. ¿Qué, pues, mostraba entonces el Espíritu? Dime, ¿por qué ahora no hace esto, sino porque hacía algo significando? ¿Qué significaba, sino que el Evangelio estaría en todas las lenguas? Me atrevo a decir. Y ahora la Iglesia habla en todas las lenguas. Pues en todas las lenguas clama el Evangelio, y lo que decía antes de los miembros, lo digo ahora de las lenguas. Y como dice el ojo: Mi pie camina, así también el pie

dice: Mi ojo ve, así también yo digo: Mi lengua es griega, mi lengua es hebrea, mi lengua es siria. Pues una fe sostiene a todos, pues una unión de caridad concluye a todos. Lo que fue demostrado por el Señor, eso fue predicho antes por los Profetas. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 5). Mira hasta dónde ha crecido la Iglesia, que se llama del Todo, Católica. Y mira, porque todas las lenguas han ido por todas las tierras. No hay lenguas, ni palabras, cuyas voces no se oigan (Ibid. 4).

XII. Por lo tanto, mantengo esta Iglesia, tú no la mantienes. Si, por lo tanto, estás cortado, reconoce de dónde estás cortado. Regresa, e injértate, no sea que te seques, y seas arrojado al fuego. Hablan los Profetas, hablan los Apóstoles, habla el Señor de la Iglesia difundida por todo el mundo. Contra ti dicen todos estos la sentencia. Del Proconsul al juicio imperial. ¿Del Evangelio a dónde? ¿Acaso a Donato? ¿Donato juzgará contra Cristo? ¿O Cristo juzga a Donato? ¿Qué te dirá Donato? Yo prediqué a mi Cristo desde África. ¿Qué dirá? ¿Me opuse a Cristo, y: Yo sucedí a Cristo? Esto queda, que diga, porque se atrevió a cortar a los hombres del cuerpo, porque sucedió a Cristo. He aquí la sentencia de Cristo, he aquí los Evangelios. En todas las naciones, dice, comenzando desde Jerusalén. Comenzó desde Jerusalén. Allí vino el Espíritu Santo, allí estaban los Apóstoles cuando vino sobre ellos, de allí comenzó a predicarse el Evangelio, de allí a difundirse por todas las naciones, de allí después vino a África. ¿A dónde vino después? ¿Los abandonó? Más bien no los abandonó, si no quieren. Pues también nosotros somos africanos. Ciertamente el Evangelio, que vino a África, permanece aquí en los africanos católicos, como permanece en todas las naciones. Pues también por todas las naciones como Herejes, unos allí, otros aquí, y no son nacidos africanos, que están en esas naciones. De la vid han sido cortados. Pues la Católica conoce a todos, ellos no se conocen a sí mismos. Pues la vid, de donde las ramas han sido cortadas, conoce todas las ramas, tanto las que permanecen en ella, como las que han sido cortadas de ella. Pues la Iglesia católica está difundida por todas partes. Esas ramas, donde han sido cortadas, allí han permanecido, no han podido llegar a otras partes, y a otras partes. Pero la Iglesia católica, difundida por todas partes, en todas partes mantiene a los suyos, en todas partes llora a los cortados. Clama a todos para que regresen, y sean injertados. Su clamor no se escucha, pero sin embargo los pechos de la Caridad no cesan de manar exhortación. Está preocupada por los cortados, clama en África a los Donatistas, clama en Oriente contra los Arrianos, contra los Fotinianos, contra otros, y otros. Pues, como está difundida por todas partes, en todas partes encuentra contra quienes clamar, porque estaban en ella, y de ella han sido cortados. Las ramas comenzaron a ser infructuosas, y fueron cortadas. Si no permanecen en la incredulidad, serán injertadas de nuevo. Escuchen esto, hermanos, con temor, para que no se ensoberbezcan; con Caridad, para que también oren por ellos. Convertidos al Señor, etc.

SERMO XX. De las palabras del Salmo XXXVIII, vers. 1-5. Dije: Guardaré mis caminos, etc.

#### SINOPSIS.

I. Solicitud por el progreso diario, y de ahí la invocación de la ayuda divina. II. El uso de la lengua tan necesario como peligroso. III. La lengua es gobernada por el alma. IV. La lengua engañosa de los judíos confundida. V. Buen uso de la lengua en la mujer adúltera. VI. La confesión de la adúltera como instrucción para nosotros. VII. Cómo actuar con el calumniador. VIII. Perdonar a los calumniadores y orar por ellos. IX. Se investiga el fin del hombre. X. El fin del hombre es Cristo. XI. Este fin se alcanza por la fe y las obras. XII. El objetivo de las tentaciones, y cómo actuar en ellas. XIII. Repetición de lo dicho.

I. Es propio de los cristianos progresar diariamente en Dios y alegrarse siempre de Él o de sus dones. Pues el tiempo de nuestra peregrinación es brevísimo, y nuestra patria es eterna. Hay una gran diferencia entre la eternidad y el tiempo. Aquí se adquiere la piedad, allí se descansa. Por eso, como buenos negociantes, debemos saber cada día cuánto hemos progresado. No solo debemos ser diligentes en escuchar, sino también vigilantes en actuar. Esta es una escuela en la que Dios es el único maestro, y busca buenos discípulos, no fugitivos, sino estudiosos. El Apóstol dice: "No perezosos en el cuidado, fervientes en espíritu, gozosos en la esperanza" (Rom. XII, 11). En esta escuela, hermanos, aprendemos diariamente. Aprendemos algo en los preceptos, algo en los ejemplos, algo en los sacramentos. Estos son los remedios para nuestras heridas y los estímulos para nuestros estudios. Ahora hemos respondido: "Escucha mi oración y mi súplica, Señor. Inclina tu oído a mis lágrimas" (Sal. XXXVIII, 13). ¿Qué crees que pedirá aquel que primero desea que Dios le sea propicio? ¿Qué le pedirá? Veamos, aprendamos. ¿Quizás pedirá riquezas, o alguna felicidad en esta vida? Díganos, entonces, qué pedirá aquel que primero suplica a Dios. Pues vio que no podía tenerlo por sí mismo, sino que podía tenerlo de Dios. Había oído: "Pedid y recibiréis" (Juan XVI, 24). Sabía, entonces, qué pediría aquel que primero rogó a Dios. Por eso, "Escucha, Dios, mi oración". Y como si le preguntaran: ¿Qué quieres, por qué llamas, por qué clamas, por qué intercedes? Escucharé. ¿Qué quieres? ¿Qué quiero? dice. Escucha mi voluntad y perfecciona tus obras. ¿Cuál es mi voluntad? Dije: "Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua" (Sal. XXXVIII, 1). Este dispone una cosa ardua, pero no duda, porque primero ha suplicado al Señor. Pues conocía la enseñanza de Pablo: "No yo, sino la gracia de Dios conmigo" (1 Cor. XV, 10).

II. Dije, entonces: Guardaré mis caminos. ¿Qué caminos? Terrenales. ¿Acaso caminamos por la tierra con la lengua? O caminamos por la tierra con nuestros pies, o con los pies de otros. O nos transportamos en animales, o vamos con nuestros pies. ¿Qué es, entonces? ¿Qué camino busca este? Que no peque con su lengua. Gran enseñanza, ved, hermanos. ¿Acaso, así como en una hora podemos tomar alimento y retirarnos satisfechos, podemos también en un momento hablar y callar? Pues así como tenemos ojos para vivir, oídos para escuchar, y los demás sentidos para percibir, así también la lengua para hablar. Tenemos una gran necesidad de la lengua. O vas a escuchar algo para responder, o vas a decir algo para enseñar. ¿Acaso vas a decirlo con el ojo y no con la lengua? Y si vas a escuchar con el oído, vas a responder con la lengua. ¿Qué hacemos con un miembro tan útil? Con ella rogamos a Dios, con ella satisfacemos, con ella alabamos, con ella cantamos a Dios con una sola voz, con ella diariamente nos hacemos misericordiosos cuando hablamos con otros, o damos consejos. ¿Qué hacemos ahora? Nuestra lengua os presta servicio. ¿Qué hacemos para no pecar con la lengua, especialmente cuando se ha dicho: "Muerte y vida están en poder de la lengua" (Prov. XVIII, 21)? Y se ha dicho de nuevo: "He visto a muchos caer por el filo de la espada, pero no como los que cayeron por la lengua" (Eclo. XXVIII, 22). Se ha dicho de nuevo: "Y la lengua está entre nuestros miembros, que contamina todo nuestro cuerpo" (Sant. III, 6). De nuevo el mismo Señor: "Enseñaron a su lengua a hablar mentira" (Jer. IX, 5). ¡Oh, enseñaron! Pues la costumbre hace que hable mentira. Incluso si no quieres, ella habla mentira. Pues así como si giras una rueda una vez, ya, al impulsarla con la mano, ella misma por su figura y redondez, o por su inestabilidad, y casi por su curso natural, corre, así también nuestra lengua, es necesario que no se le enseñe a hablar mentira; ya corre espontáneamente hacia aquello a lo que más fácilmente puede moverse. Tienes algo en el corazón, y ella a veces dice otra cosa por costumbre. ¿Qué harás? ¡Ved, hermanos! ¡Qué balanza del corazón debe hacerse para que la lengua pronuncie algo! Pues no se mueve por sí sola. Dentro está quien la mueve.

III. Hay una cierta fuerza que se mueve a sí misma y a sus otros ministerios. Es necesario que sea bueno aquel que gobierna, y que, ayudado por la gracia, vence cualquier mala costumbre. Sea bueno el ministro, y el ministerio descansa. El soldado tiene armas, pero si no hiere, las armas no hacen nada. Así también la lengua en nuestros miembros es un arma de nuestra alma. De ella se ha dicho: "Un mal inquieto" (Sant. III, 8). ¡Oh inquieto! ¿Quién hizo este mal, sino el inquieto? No seas inquieto, y no es este mal. No agites, y no hay quien se agite. Pues no es el alma para moverse; es el cuerpo. Yace. No lo muevas, y no se moverá. Pero mira cómo lo mueves. Es ella de la que muchos, dedicados a fraudes y sirviendo a la avaricia, cuando comienzan a tratar algún negocio, expulsan el miembro hecho para alabar a Dios, y allí blasfeman de Dios, y dicen: ¡Por Cristo! tanto compré, tanto vendo. ¿Cuándo te pregunté: Júrame cuánto vendes? ¿Te pregunté cuánto vendes? Vendo por diez folles, por veinte folles. ¿Juras por Cristo? Jura por tus ojos, jura por tus hijos, y en ese momento la conciencia tiembla. ¡Oh impiedad de la lengua! Despreciaste al Creador, cuidaste a la criatura. ¡Oh mal inquieto, lleno de veneno mortal! Con ella bendecimos a Dios y Padre. A Dios por la naturaleza, al Padre por la gracia. Y con ella maldecimos al hombre, que ha sido hecho a imagen de Dios (Sant. III, 8, 9). Atended, hermanos, lo que lleváis. He aquí, digo lo que llevamos. Y yo también soy hombre con vosotros. Pero recurramos.

IV. Escucha, Dios, mi oración. De allí son aquellos judíos que ahora leímos en el Evangelio. Sin duda la lengua los condujo a la muerte. Pues ahora en el Evangelio hemos oído. Trajeron, dice, los judíos a una mujer, aunque prostituta, al Señor, tentándolo, y diciendo: "Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en adulterio" (Juan VIII, 4). En la ley de Moisés está escrito que cualquiera que sea sorprendida en adulterio, sea apedreada. ¿Tú qué dices? Esto decía la lengua, pero no reconocía al Creador. No querían orar, para decir: "Librame, Señor, de la lengua engañosa" (Sal. CXIX, 2). Pues se acercaron con engaño, esto querían hacer. Pues el Señor había venido: "No a abolir la ley, sino a cumplirla" (Mat. V, 17), y a perdonar los pecados. Dijeron, entonces, entre ellos los judíos: Si dice: ¡Apedréese! le diremos: ¿Dónde está lo que perdonas los pecados? ¿No eres tú quien dice: "Tus pecados te son perdonados" (Mat. IX, 5; Marc. II, 5-9; Luc. V, 23)? Si dice: ¡Déjese ir! diremos: ¿Dónde está lo que viniste a cumplir la ley, no a abolirla? Ved la lengua engañosa hacia Dios. Aquel que había venido como redentor, no como condenador (pues había venido a redimir lo que se había perdido (Mat. XIII, 11) se apartó de ellos, como si no quisiera mirarlos. No es en vano este apartarse de ellos. Se entiende algo en este apartarse. Como si dijera: Me traéis a una pecadora, ¡Pecadores! Si pensáis que debo condenar los pecados, empiezo por vosotros. Y él, que había venido a perdonar los pecados, dijo: "El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella" (Juan VIII, 7). ¡Oh respuesta, o proposición! Si quisieran arrojar la piedra contra la pecadora, en ese momento se repetiría: "Con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados" (Mat. VII, 2). Condenasteis, seréis condenados. Sin embargo, ellos, aunque no reconocían al Creador, conocían su propia conciencia. Poniendo uno frente a otro, para que ni ellos mismos quisieran verse por la confusión, desde los mayores (así lo dijo el Evangelista) hasta los menores, todos se fueron. Pues el Espíritu Santo había dicho: "Todos se desviaron, juntos se hicieron inútiles. No hay quien haga el bien, no hay ni siquiera uno" (Sal. XIII, 3).

V. Y todos se fueron. Quedó solo, y sola. Quedó el Creador, y la criatura; quedó la miserable, y la misericordia; quedó quien reconocía su culpa, y quien perdonaba el pecado. Pues eso es lo que escribía en la tierra al volverse. Escribió en la tierra. Pues cuando el hombre pecó, se le dijo: "Eres tierra" (Gen. III, 19). A la pecadora, entonces, al darle indulgencia, escribía en la tierra al darla. Daba indulgencia, pero al dar indulgencia, levantando su rostro hacia ella: "¿Nadie te ha condenado?" Y ella no dijo: ¿Por qué? ¿Qué hice? ¡Señor! ¿Acaso soy

culpable? No dice esto; sino que dice: "Nadie, Señor". Se acusó a sí misma. No pudieron probrarle, se retiraron. Pero ella confesó, de quien el Señor no desconocía la culpa, sino que buscaba su fe y confesión. ¿Nadie te ha condenado? Y ella: "Nadie, Señor". Y "Nadie" por la confesión de los pecados, y "Señor" por la indulgencia de los méritos. Nadie, Señor. Reconozco ambas cosas. Sé quién eres. Sé quién soy. Pues a ti confieso. Pues he oído: "Confesad al Señor, porque es bueno" (Sal. CV, 1). Conozco mi confesión, conozco tu misericordia. Esta dijo: "Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua". Ellos pecaron actuando con engaño; ella más bien se absolvió confesando. ¿Nadie te ha condenado? Ella dice: "Nadie". Y él, callando, escribe de nuevo. Escribió dos veces. ¡Escuchemos esto! Escribió dos veces: una vez dando indulgencia, otra renovando los preceptos. Pues ambas cosas se hacen cuando recibimos indulgencia. El Emperador ha suscrito. Cuando de nuevo sale la Forma, como si de nuevo se dieran otros preceptos. Son los mismos que primero escuchamos en el Apóstol aquella caridad mandada. Pues primero escuchamos esa lectura; luego el mismo Señor dijo: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu fuerza, y amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la Ley y los Profetas" (Mat. XXII, 37-40).

VI. Para que ninguno de nosotros se fatigue, se han dicho dos cosas: Dios y el Prójimo, quien te hizo, y con quien te hizo. Nadie te dijo: Ama el sol, ama la luna, ama la tierra, y todo lo que ha sido hecho. En ellos debe ser alabado Dios, bendecido el Hacedor. ¡Cuán magnificadas son tus obras! decimos. Todo lo hiciste con sabiduría (Sal. CIII, 24). Son tuyas. Tú hiciste todo. ¡Gracias a ti! Pero nos hiciste sobre todo. ¡Gracias a ti! Pues somos imagen y semejanza tuya. ¡Gracias a ti! Pecamos. ¡Fuimos buscados! ¡Gracias a ti! Nos descuidamos. No fuimos descuidados. ¡Gracias a ti! Cuando te despreciábamos, no fuimos despreciados. Para que no olvidáramos tu Divinidad y te perdiéramos, tú también asumiste nuestra humanidad. ¡Gracias a ti! ¿Dónde no hay gracias? Dije, entonces: Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua. Pues aquella mujer, cuando se presentó por causa de adulterio, recibió indulgencia, fue liberada, ¿nos es gravoso que por el bautismo, por la confesión, por la gracia, todos reciban la indulgencia de todos sus pecados? Pero que nadie diga ahora: Ella recibió indulgencia; yo aún soy catecúmeno. Cometeré adulterios, pues recibiré indulgencia. Ponme también a mí como uno, así como aquella mujer confesó y fue liberada. Nuestro Dios es bueno, y si pecho, le confieso, y me perdonará. Consideras su bondad, pero considera también su justicia. Así como la bondad para la indulgencia, así la justicia para el castigo. Dije, entonces: Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua. Me gustaría saber si en este tiempo, en el que ministramos el sermón a Vuestra Caridad, nadie peca con su lengua. En este tiempo, en el que estamos aquí, tal vez ninguno de nosotros ha dicho algo malo, pero tal vez ha pensado algo malo. Atended. Dije: Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua. Di verdaderamente: "Puse guarda a mi boca, mientras el pecador está delante de mí" (Sal. XXXVIII, 2).

VII. Atended. Puse guarda a mi boca, mientras el pecador está delante de mí. Está delante de ti alguien impío, te injuria, dice cosas que no sabes. Tú pon guarda a tu boca. Dije: Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua. Que él hable, tú escucha y calla. Pues son dos cosas, o dice la verdad, o dice mentira. Si dice la verdad, tú hiciste que lo dijera, y tal vez esto es misericordia. Pues cuando tú no quieres escuchar lo que hiciste, Dios, que cuida de ti, te lo dice por medio de alguien, para que, al menos por la vergüenza, alguna vez recurras al remedio. No devuelvas mal por mal; pues no sabes quién te habla por medio de él. Entonces, si dice algo que hiciste, reconoce que has recibido misericordia, para que o pienses que lo olvidaste, o juzgues que se dijo para tu confusión. Si no lo hiciste, tu conciencia está libre. ¿Qué buscas? ¿Por qué te enojas por lo que no hiciste? Pues ¿qué te dice: Ladrón!

¿Borracho? Rápidamente recurre dentro a los secretos de la conciencia. Mírate dentro. Sé juez, sé examinador de ti mismo. Busca allí. ¿Dónde crees que puse mis pecados, que hice? O, si no están, di: No lo hice. Si: No lo hice, te dice tu conciencia, di: "Esta es nuestra gloria, el testimonio de nuestra conciencia" (2 Cor. I, 12). Te dijo esto tu conciencia, calla, duele por él que te lo dice. Di también tú a Dios: Padre, perdónalo, porque no sabe lo que dice. Ruega por él a Dios. Dije: Guardaré mis caminos para no pecar con mi lengua. Puse guarda a mi boca, mientras el pecador está delante de mí. Pues no pienses que entonces pareces santo si nadie te tienta. Eres santo cuando no te mueves por alguna injuria, cuando te duele el que te lo dice, cuando no te importa lo que sufres, pero sin embargo te duele por él, de quien sufres. Allí está toda la misericordia. Te duele, pues también él es tu hermano, es tu miembro. Se enfurece contra ti, está frenético, está enfermo. Te duele por él. No te alegres; solo alégrate por la seguridad de tu conciencia; de allí te duele. Pues eres hombre; mira, no sea que también tú seas tentado. Pues se ha dicho: "Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo" (Gál. VI, 2). Ahora, cuando dice, calla; después, cuando se calme, dile: Hermano, por tu salvación, ¿por qué me dijiste lo que no hice? Pecaste contra mí, ruego a Dios por ti. Yo te doy el perdón, y ruego por ti a mi Dios, a quien ofendiste cuando pecaste contra mí. No lo hagas más, no te enorgullezcas. No digo: Devuélvele, Dios, a quien me dijo lo que no hice. No quiero decir esto. Puse guarda a mi boca, mientras el pecador está delante de mí.

VIII. Me volví sordo y me humillé (esto sigue) y callé acerca de lo bueno (Salmo XXXVIII, 3). Me volví sordo. No escuché lo que decía. ¡Cuánto ha progresado este espíritu, que incluso en el error del hermano, y gozando de la seguridad de su propia conciencia, no sabe que se le critica desde fuera! ¡Qué alma tan segura, tan gozosa! Esta es la que dice a Dios: Caminaba en la inocencia de mi corazón, en medio de tu casa (Salmo C, 2). Los ladrones golpeaban las puertas, pero la casa era adecuada. Me volví sordo y me humillé, no me mostré orgulloso contra él. Y humillado, callé acerca de lo bueno; pues no era el momento de decir algo bueno. Es tiempo de callar ahora, después de que él se haya purificado, habla, entonces entenderá. Muchas veces los hijos enfermos golpearon a sus padres, sin embargo, estos, por la debilidad de sus hijos, recibieron golpes y lloraron. ¡Qué afecto muestran los hombres a sus hijos, para que no mueran, esperando la salud de sus hijos! Pero: ¿No es mi hijo, dices? Pero es obra de Dios, imagen de Dios, hijo de Dios. Si lo desprecias porque no es tu hijo, no lo desprecies porque es hijo de Dios, es tu hermano. Por tanto, me volví sordo y me humillé: No me enorgullecí, sino que callé acerca de lo bueno, y mi dolor se renovó, no por mí, sino por él, porque no hice lo que dijo. Tuve dolor, pero, porque así lo dijo, tuve dolor. Cuidando de mi hermano, el dolor se renovó en mí. Este es el camino. Esto mismo hizo el Señor nuestro Padre, quien también fue llamado Esposo. No ayunarán los hijos del Esposo, dice, mientras el Esposo esté con ellos (Lucas V, 34). Fue golpeado por los hijos frenéticos, lo mataron los hijos frenéticos. Rogó por ellos. Después se purificaron, reconocieron y creyeron, y los que no quisieron ser curados por el médico, fueron curados por el discípulo del médico; pues por Pedro fueron curados. Cuando Pedro los reprendía, decían: ¿Qué haremos? Entonces Pedro dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre del Señor Jesucristo (Hechos II, 38). Antes estaban furiosos, ahora creían. Veis lo que hace la debilidad y la salud. Cuando estuvieron enfermos, fueron tolerados, cuando fueron sanados, fueron redimidos. Por eso también nosotros, hermanos, cada vez que sufrimos tales cosas, callemos, para que mantengamos aquello: O dice la verdad, o dice falsedad. Aunque no lo diga, y lo hice, ¿qué? Porque no lo dice, y yo lo hice, es de desear que lo diga, para que yo me avergüence, porque lo hice. Esta es la misericordia de Dios. Pero si dice lo que no hice, me alegraré de mi seguridad, me doleré de la debilidad del hermano. Mi corazón se calentó dentro de mí (Salmo

XXXVIII, 4), mi corazón ardió dentro de mí por el amor que tengo al hermano, pero no pude ahora hacer el tiempo de hablar. Por eso mismo Pablo dice: No pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales (I Cor. III, 1). Sin embargo, hablé. ¿Cómo hablé? Por tanto, mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encendió el fuego. Hay un fuego de caridad en mí. No tengo a quién decirlo, porque está enfermo. Me humillaré entonces. Quizás habrá algún tiempo en que pueda decir algo. Sin embargo, perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mateo VI, 12). Le perdonaré lo que no tengo en la conciencia. Es poco que no tenga nada en la conciencia, sino que le ruegue por la conciencia.

IX. Ya había recorrido esto: Dije: Guardaré mis caminos. Pondré guarda a mi boca. Me humillé, y: En mi meditación se encendió el fuego. No sé qué, de repente aquí saca algo mayor, y después de tantas luchas y grandes trabajos, escuchad lo que dice. Hablé con mi lengua (Salmo XXXVIII, 5). Pues la lengua del alma es el movimiento de su voluntad. Así como la lengua es un movimiento en el cuerpo, así la voluntad es un movimiento en el alma. Allí está la primera lengua. De allí es, de allí habla a Dios. Esta lengua ofrece su ministerio a los hombres situados fuera; pero aquella lengua, que está en el movimiento de la voluntad, ofrece su ministerio al que permanece dentro en su templo. Esa es la verdadera lengua. Por eso dijo el Señor, que aquellos que lo adoran, deben adorar en espíritu y en verdad (Juan IV, 23). Esa es la verdadera lengua. Dije en mi lengua: Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, cuál es, para que sepa qué me falta (Salmo XXXVIII, 5, 6). Si vuestra Santidad presta atención, entienda primero la sentencia, y así el Señor, con su misericordia, como suele hacerlo a menudo, nos dará con vuestras oraciones, para que podamos discutir esto, porque es bastante arduo. Hablé con mi lengua. Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, cuál es, para que sepa qué me falta. Ved lo que ora. Hazme saber, Señor, mi fin. El fin es, hermanos, donde nos dirigimos, donde permaneceremos. Que salimos de nuestras casas, el fin fue venir a la Iglesia. Por tanto, nuestro camino aquí ha terminado. De aquí, nuevamente, cada uno tiene el fin de regresar a su casa. Allí termina, donde se dirigía. Ahora, pues, en esta peregrinación tenemos un fin, donde nos dirigimos. ¿A dónde nos dirigimos? A nuestra patria. ¿Cuál es nuestra patria? Jerusalén, madre de los piadosos, madre de los vivos. Allí nos dirigimos. Nuestro fin es él mismo. Y porque no conocíamos el camino. Él mismo, ciudadano de esa ciudad, se hizo camino. No sabíamos por dónde ir. Los desvíos, no sé cuáles, espinosos, pedregosos, eran completamente pesados en el camino. Descendió aquí el primero, que es allí el principal, descendió buscando a los ciudadanos de esa ciudad. Pues nos habíamos extraviado, y, siendo ciudadanos de Jerusalén, nos convertimos en ciudadanos de Babilonia, nos convertimos en hijos de la confusión; pues Babilonia es confusión. Descendió aquí buscando a sus ciudadanos, y se hizo nuestro ciudadano. No conocíamos esta ciudad, no conocíamos esta provincia. Pero, como no venimos a ella, descendió aquí a sus ciudadanos, y se hizo él mismo ciudadano, no consintiendo, sino asumiendo. Descendió aquí. ¿Cómo descendió? En forma de siervo. Caminó aquí entre nosotros Dios Hombre. Pues si solo hubiera sido Hombre, no nos habría conducido a Dios. Si solo hubiera sido Dios, no se habría unido a los hombres. Asumió con nosotros la igualdad de condición, teniendo con el Padre la Divinidad. Asumió con nosotros la temporalidad, teniendo con el Padre la eternidad. Aquí con nosotros igual, allí igual al Padre. Descendió aquí nuestro ciudadano, y dijo: ¿Qué hacéis aquí? ¡Ciudadanos de Jerusalén! La imagen y semejanza de Dios no se erige, sino en Jerusalén. Las estatuas de Dios no se colocan en esta vida. Trabajemos, regresemos. ¿Por dónde regresamos? He aquí, me extendo ante vosotros, me hago camino para vosotros, seré vuestro fin. ¡Imítadme! Hazme saber, Señor, mi fin. Creemos en él, que es nuestro fin.

X. Dios Padre ahora habla. Yo te digo a ti, oh Alma, que yo hice, oh Hombre, que yo hice, yo te digo: Habías terminado. ¿Qué habías terminado? Habías perecido. Te envié a quien te buscara; te envié a quien caminará contigo; te envié a quien te perdonara. Por eso caminó con los pies, perdonó con las manos. Por eso, cuando después de la resurrección ascendió, mostró las manos, el costado, y los pies: las manos, de donde dio el perdón de los pecados; los pies, con los que anunció la paz a los desertores; el costado, de donde corrió el precio de los redimidos. Por tanto, el fin de la ley es Cristo para justicia a todo creyente (Rom. X, 4). Hazme saber, Señor, mi fin. Ya se te ha hecho conocido tu fin. ¿Cómo se te ha hecho conocido? Tu fin fue pobre, tu fin fue humilde, tu fin fue golpeado con bofetadas, tu fin fue cubierto de escupitajos, contra tu fin se dijo falso testimonio. Puse guarda a mi boca, mientras el pecador estaba contra mí. Él se hizo camino para ti. Quien dice que permanece en Cristo, debe andar como él anduvo (I Juan II, 6). Es el camino. Ahora caminemos, no temamos, no nos extraviemos. No caminemos fuera del camino; pues se ha dicho: Alrededor del camino pusieron escándalos para mí, y alrededor del camino pusieron una trampa para mí (Salmo CXXIX, 6). Y he aquí esa misericordia. Para que no cayeras en la trampa, tienes la misericordia misma como camino. Hazme saber, Señor, mi fin. He aquí tienes el fin. Imita a Cristo redentor. Sed imitadores de mí, como yo de Cristo (Filip. III, 17). ¿Cómo imitó Pablo a Cristo? Atended lo que dijo. En hambre, y sed, en frío y desnudez, y demás hasta: ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemó? (2 Cor. XI, 27-29). Me he hecho todo para todos, para ganar a todos (I Cor. IX, 22), Puse guarda a mi boca, mientras el pecador estaba contra mí. ¿Cuáles son las palabras de Pablo, hermanos? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? Atiende al fin. ¿Quién me separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o desnudez, o peligro? (Rom. VIII, 35). ¡Oh amante, oh ferviente, oh corriendo, oh llegando Hombre! ¿Qué sufría esta alma, cómo ardía, cómo enseñaba? ¿Quién me separará del amor de Cristo? ¿Angustia? y demás hasta: ¿O espada? ¿Qué sufrió este? Y para que nadie pensara que se enorgullecía de ello, dijo: Hermanos, no creo haberlo alcanzado (Filip. III, 13).

XI. ¿Para qué esto: Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, cuál es: Cuánto tengo que vivir aquí. ¿Para qué quieres saber el día? Para saber qué me falta: Qué me falta, pero para la eternidad. Ahora atiende a Pablo. Después de tantos trabajos enumerados aún dice: No creo haberlo alcanzado. Escucha diciendo: Qué me falta. Que nadie diga, pues: Ya he ayunado mucho, he trabajado mucho, he dado mucho. Ya he cumplido todos los mandamientos de Dios. Ayer lo hice, hoy lo hice, y aún hoy será, si alguna vez lo hiciste. Ayer siempre tiene hoy. Si llegas al mañana, tendrá hoy, y si llegas a diez años, será hoy. Siempre di hoy: Qué me falta. Pues si Pablo en tantos trabajos, soldado celestial, si él después de tanto ejercicio, y después de tantas revelaciones, arrebatado hasta el tercer cielo, y escuchó palabras inefables, y sin embargo, para que no se enorgulleciera en las revelaciones, recibió un aguijón en la carne, que lo humillara, ¿quién es el que puede decir: Basta? Por eso, hazme saber, Señor, mi fin. Y he aquí tienes ante ti a Cristo como fin. Ya no tienes qué buscar. Cuando ya has creído, ya has conocido. Pero no solo en la fe está la cosa, sino en la fe y en la obra. Ambas son necesarias. Pues también los demonios creen (habéis oído al Apóstol) y tiemblan (Santiago II, 19); pero no les aprovecha, porque creen. Es poco la fe sola, si no se unen también las obras. La fe que obra por el amor (Gálatas V, 6), dice el Apóstol. Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, cuál es. Esto no se dice porque, si cada uno de nosotros supiera cuándo moriría, decidiría, por ejemplo, vivir bien. Por eso el mismo Maestro, queriendo que nos volviéramos solícitos, es interrogado sobre el día y la hora, y dice: De aquel día y hora nadie sabe. No quería que ellos supieran. Por eso dijo: Ni el Hijo (Marcos XIII, 32). Esto es: no os conviene saberlo; seréis negligentes, no solícitos. Tanto más viviréis bien, cuanto más solícitos seáis, no porque no sepa el día, pues Todo lo que tiene el

Padre es mío (Juan XVI, 15). Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, cuál es. Hazme saber esto, para que siempre esté solícito, porque no sé cuándo vendrá el ladrón para que sepa, Qué me falta.

XII. Allí, pues, hermanos, seamos cautos, para que sepamos qué nos falta. La tentación de los cristianos es la prueba de los cristianos. Pues quien es tentado, se le muestra qué le falta. Son dos cosas. O se le muestra qué tiene, o se le muestra qué le falta. Abraham fue tentado, no para que se le mostrara qué tenía, sino para que se nos mostrara qué debíamos imitar. Fue tentado en su hijo. ¿Qué tentación fue esa? Deseó un hijo en edad avanzada, de lo cual ya se desesperaba. Sin embargo, cuando escuchó la promesa de Dios, no dudó en absoluto, creyó, recibió; mereció, lo recibió. Nació, fue criado, llevado a la edad, amamantado, y se le dijo: En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Sabía él en qué descendencia. Pues tenemos testimonio en el Evangelio. Abraham deseó ver mi día, dice, y lo vio, y se alegró (Juan VIII, 56). Sabía, pues. Pero después de todo lo que había creído, escuchó de Dios: Abraham, ofréceme a tu hijo en sacrificio. Fue tentado (Gén. XXII), ¿Por qué? ¿No conocía Dios su fe? Pero se dignó mostrar esto por nosotros. Pues a nosotros se nos dice: Ofréceme el sacrificio de tu bolsa; y dudamos. ¿Qué sacrificio? Dad limosna, y he aquí que todo os será limpio (Lucas XI, 41). Y de nuevo: Misericordia quiero, más que sacrificio (Mateo IX, 13 y XII, 7). Da algo de tu bolsa, se te dice, y te resistes. ¿Qué si se te ordenara de tu hijo? He aquí que de tu bolsa dudas así, ¿qué habrías hecho de tu hijo? Para que sepa qué me falta. Diré esto no sin dolor y vergüenza. Muchas mujeres quizás quieren servir a Dios, y si son audaces, dicen a sus padres: Déjame. Quiero ser virgen de Dios, o siervo de Dios; y escuchan: Ni seas salva, ni seas salvo. Verdaderamente no harás lo que quieres. ¿Qué si se te dijera: Mata? Vives, se te promete la vida eterna, está ante ti, y resistes, y dudas, y te opones. ¿Ciertamente eres cristiano? ¿Por qué? Señor, ¿porque soy cristiano, no debo tener nietos? ¿Debes tener nietos? Sabes cuánto te falta. ¿Qué ayunaste ayer? Canta lo que este dijo: Hazme saber, Señor, mi fin, y el número de mis días, cuál es, para que sepa qué me falta. Que Dios y su misericordia nos concedan que diariamente seamos agitados, o tentados, o probados, o ejercitados, o que progreseemos. La tribulación produce paciencia, la paciencia prueba, la prueba esperanza, y la esperanza no confunde (Rom. V, 3).

XIII. Por tanto, hermanos míos, deseemos diariamente saber quiénes somos, no sea que, cuando estamos seguros, venga después el día, y no se encuentre nada de lo que pensábamos, y se nos diga: ¿En el infierno quién te confesará? (Salmo VI, 6). Por tanto, hermanos míos, esforcémonos diariamente en progresar en Dios, no escatimando las cosas caducas, que aquí vamos a dejar. Atendamos a la fe de Abraham, pues él también fue nuestro padre, imitemos su devoción, imitemos su fe. Si somos tentados en nuestros hijos, no temamos; si en la bolsa, no nos aterremos; si en las enfermedades de nuestro cuerpo se nos impone algo, coloquemos nuestra esperanza en Dios. Somos cristianos, somos peregrinos. Que nadie se aterre, aquí no está la patria. Quien aquí quiera tener patria, perderá esta, y no llegará a aquella. Como buenos hijos, dirijámonos a la patria, para que nuestro curso sea aprobado y llevado a cabo. Convertidos al Señor, etc.

SERMO XXI. Sobre las palabras del Salmo XXXII, vers. 1, Exultad, Justos, en el Señor, etc.

SINOPSIS.

I. A quiénes conviene la Alabanza de Dios. II. No juzgar a Dios por la felicidad temporal de los impíos. III. Dios es alabado por los rectos de corazón incluso en las adversidades. IV. La corrección divina es paternal. V. El uso hace que las riquezas sean buenas o malas. VI. El ejemplo de Job se propone a los cristianos. VII. La rectitud de corazón de Job en toda

tentación. VIII. Los designios de Dios deben ser adorados, no discutidos. IX. Sin embargo, debe ser invocado en las adversidades.

I. En la alabanza de Dios alegrarse, y vivir de acuerdo con la alabanza de Dios, nos advierte lo que acabamos de cantar. Exultad, justos, en el Señor. A los rectos conviene la alabanza (Salmo XXXII, 1). Pues si a los rectos conviene, a los torcidos no conviene. Pero quienes son rectos, también son justos, a quienes se les dice que exulten en el Señor; pues a ellos conviene la alabanza. Pero quienes son torcidos, sino pecadores e inicuos, que no pueden exultar en el Señor, porque no les conviene la alabanza. Con razón se dice en otro Salmo: Pero al pecador dijo Dios: ¿Por qué narras mis justicias, y tomas mi pacto en tu boca? (Salmo XLIX, 16). Pues a los rectos conviene la alabanza, y ciertamente las justificaciones del Señor, y el pacto del Señor está allí, donde está la alabanza del Señor. Con razón se dice también en otro lugar: No es hermosa la alabanza en la boca del pecador (Eclesiástico XV, 9). Pues donde no conviene, no es hermosa, y donde es hermosa, allí conviene.

II. Para que cada uno pueda reconocer quiénes son verdaderamente los hombres rectos, encontramos en las Escrituras lo siguiente. Un salmo dice: "Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón". Y continúa: "En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies, porque envidié a los pecadores viendo la paz de los pecadores" (Salmo 72, 1-3). Este confiesa no su aversión y caída, sino su peligro. No dice que haya caído, sino que sus pies vacilaron, a punto de caer. Pues dice: "Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón. En cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies". Al distinguirse de los rectos de corazón por haberse apartado, confiesa que en algún momento no fue recto de corazón, y por eso casi se deslizaron sus pies. "Bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón", dice; "pero a mí en algún momento no me pareció bueno, porque no era recto de corazón". No se atrevió a decir: "No me pareció bueno Dios"; pero, sin embargo, eso dijo. Pues al decir: "Bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón; en cuanto a mí, casi se deslizaron mis pies", muestra que sus pies vacilaron porque no le parecía bueno. ¿Por qué no le parecía bueno Dios? "Casi se deslizaron mis pasos". ¿Qué significa "casi"? "Casi se deslizaron". ¿Por qué? "Porque envidié a los pecadores viendo la paz de los pecadores". Observé, dice, a los pecadores que no adoraban a Dios, que blasfemaban contra Dios, que irritaban a Dios. Vi que abundaban en paz, que abundaban en felicidad, y me pareció que Dios no juzgaba correctamente al dar felicidad a sus blasfemos. Al observar esto, es decir, la felicidad de los malvados, dijo que sus pies vacilaron, de modo que no le parecía bueno Dios. Pero, porque después comprendió, como dice en el mismo Salmo: "Me esforcé por entender", y añadió: "Esto es un trabajo para mí; por qué los inicuos son felices, esto es un trabajo para mí", dice, "hasta que entré en el santuario de Dios y comprendí el final de ellos" (Salmo 72, 16-17); porque a los inicuos a quienes ahora se les da felicidad temporal, se les reserva al final un castigo eterno. Cuando comprendió esto, se hizo recto de corazón y comenzó a alabar a Dios en todo, tanto en los trabajos de los piadosos como en las mismas felicidades de los impíos, observando que Dios es un justo retribuidor al final, ahora dando a algunos felicidad temporal, a quienes reserva al final infelicidad eterna, y ejercitando a algunos piadosos en la infelicidad presente, a quienes luego reserva felicidad eterna, y que es necesario que se cambien las tornas, como aquel Rico, "que se vestía de púrpura y lino fino y banqueteara espléndidamente cada día" (Lucas 16, 19), y aquel Pobre lleno de llagas que yacía a la puerta del Rico, deseando saciarse con las migajas que caían de la mesa del Rico. Pero cuando ambos murieron, aquel comenzó a estar en tormento en el infierno; aquel descansó en el seno de Abraham, y cuando al Rico le pareció indigno y deseaba que Lázaro le mojara la punta del dedo en agua, deseando una gota de su dedo, de cuya mesa aquel deseaba una miga, escuchó de Abraham la sentencia del justo Dios. "Hijo", le dijo, "recuerda que recibiste tus bienes en

tu vida, y Lázaro males. Ahora él es consolado aquí, y tú atormentado" (Lucas 16, 25). En estos últimos aspectos fijó su mirada al entrar en el santuario de Dios aquel a quien no le parecía bueno Dios, porque envidiaba a los pecadores viendo la paz de los pecadores, y reconociendo el juicio verdadero y justo de Dios, que ahora se lleva a cabo, pero ocultamente, y que será manifiesto al final, y como corregido de corazón por su propia privación, al aplicar la regla de la justicia de Dios, con la que se corrigiera el corazón torcido, estalló en esta exclamación y dijo: "¡Cuán bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón! Ahora entiendo que es bueno, porque me he hecho recto de corazón; antes no me parecía bueno, porque vacilaban mis pies. Envidié a los pecadores viendo la paz de los pecadores".

III. Si ahora te parece bueno Dios, incluso cuando da felicidad a los malvados, de lo cual solías murmurar contra Dios, te has hecho recto de corazón, te corresponde la alabanza; "porque a los rectos les corresponde la alabanza". Pero si eres torcido, no te corresponde la alabanza. ¿Por qué no te corresponde? No será perseverante la alabanza con la que alabas a Dios. Alabas a Dios cuando te va bien; blasfemas a Dios cuando te va mal. Pues te agrada cuando te da felicidad; te desagrada cuando te castiga. No eres recto de corazón, no podrás decir aquel cántico de otro Salmo: "Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca" (Salmo 33, 2). ¿Cómo "siempre", si solo alabas cuando te va bien, y no también cuando te va mal? Porque incluso eso que se dice que te va mal, es bueno, si entiendes que es un padre castigador. Un niño insensato ama a menudo al maestro que halaga, odia al que castiga; pero un niño inteligente entiende que el maestro es bueno tanto cuando halaga como cuando castiga. Halaga para que el niño no desfallezca; castiga para que no perezca. Así que cuando alguien tiene tal corazón, es decir, recto, de modo que no le desagrada Dios, incluso cuando hace lo que tal vez le parezca adverso por un tiempo, alaba con seguridad a Dios, porque "siempre" lo alabará, y verdaderamente le corresponde la alabanza, y verdaderamente canta fielmente: "Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca". Porque azota a todo hijo que recibe (Hebreos 12, 6). ¿Qué eliges entonces? ¿Ser azotado y recibido, o no ser tocado y no ser recibido? Mira qué tipo de hijo eres. Si deseas la herencia paterna, no rechaces el azote. Si rechazas el azote, niega la herencia. ¿Para qué te instruye, sino para darte la herencia? ¿Eres heredero de tu padre, y no te reprendió, no te amonestó, no te castigó, no te azotó? ¿Para qué? ¿Para que le sucedieras en una casa que algún día se derrumbará, y en una finca que algún día pasará, y en un oro que no permanecerá más tiempo en este mundo que tú mismo, que posees el oro? Pues o perderás lo que tienes en vida, o lo dejarás al morir. Sin embargo, por esa herencia temporal soportaste los azotes de tu padre, ¿y murmuras contra Dios que te instruye para darte el reino de los cielos?

IV. Cuando eres tal que te agrada Dios, y te agrada cuando castiga; o hay en ti algo que debe corregirse con el azote, o tu misma rectitud se prueba con el azote; cuando eres tal, alaba; pues alabas con seguridad. ¿Por qué alabas con seguridad? Porque alabas adecuadamente, porque alabas perseverantemente. No temo que ahora alabes, y después de un momento blasfemes. No temo que alabes estando sano, y blasfemes estando enfermo. No temo que de una boca sana salga la alabanza de Dios, y de una lengua enferma se busque al Matemático, o al Sortilego, se busque al Encantador, y al Ligador de remedios diabólicos. No temo, porque ya has entendido que Dios es bueno, incluso cuando castiga, y sabes que aquel que golpea al hijo, también sabe cuándo perdonar. Te corresponderá alabar, porque siempre alabará perseverantemente, y siempre estará la alabanza de Dios en tu boca. Recibes con gusto al padre que halaga, recibes con gusto al padre que azota. No corres hacia él cuando halaga, y huyes de él cuando azota. Pues si haces esto, serás como un niño que, al huir del padre que azota, cae en manos de un comerciante que halaga, y piensa que él es bueno, y su padre malo,

y prefiere los engaños de los halagos a la verdad de los azotes, y al preferirlos pierde la herencia, y cae en la esclavitud. Cambia tu consejo, y haz recto tu corazón. Pues Dios no ha cambiado porque te azota, sino que tú eres mutable. Él hace algo mediante el cambio, para que tú, cambiado para mejor, recibas la herencia. Pues si te deja y te descuida cuando te parece bueno, entonces está muy enojado. Presta atención, Caridad Vuestra, a lo que dice en otro Salmo la Escritura de Dios. "El pecador irritó al Señor", dice. ¿Por qué lo irritó? Vean dónde clama por el Señor irritado. Sin duda, el pecador irritó al Señor a una mayor ira. "Por la magnitud", dice, "de su ira, no buscará" (Salmo 10, 4).

V. Contra Job, el santo bendiciendo al Señor en todo tiempo, en cuya boca siempre estaba su alabanza, cuando era rico, bendijo al Señor en sus riquezas, haciendo de ellas todas las buenas obras que se enumeran en su Libro, partiendo el pan al hambriento, vistiendo al desnudo, acogiendo al peregrino, y otras cosas que solo los ricos obtienen de sus riquezas, que solo los ricos ganan. Pues no ganan, ni presumen de las ganancias que dejan a sus hijos. Pues no saben quién poseerá sus trabajos después de su muerte. Y esta vanidad la Escritura la llama: "Verdaderamente, toda vanidad es todo hombre viviente. Atesora y no sabe para quién los acumula" (Salmo 38, 6-7). Por tanto, toda la ganancia que se obtiene de las riquezas es el tesoro del reino de los cielos. De ahí que el Señor dio el consejo, no para que pierdas, sino para que cambies de lugar tu oro. Pues no te dice: "Cuando des, perderás", sino "mal guardado en la tierra, en el cielo yo te lo guardaré". ¿Qué temes, que lo pierdas? Lo pones en el cielo, con Cristo como guardián. Si el lugar te preocupa, será el cielo; si el guardián, será Cristo. ¿Qué temes, que lo pierdas? Así que cuando Job hacía estas cosas, ciertamente obraba, y en sus obras Dios era alabado, y bendecía al Señor en lo que había recibido. Pues no, hermanos, las riquezas son acusadas. ¿Creen que cuando ven a ricos malos, las riquezas son malas? Las riquezas no son malas, sino ellos; las riquezas son dones de Dios. Dáselas a un justo, y vean qué bien hace con ellas. ¿Acaso el vino es malo porque alguien se embriaga? Dáselo a un sobrio que lo use bien, y vean el don de Dios. Así, da oro a un hombre avaro. Para hacer más de lo que tiene, busca cometer todos los crímenes. Da oro a un hombre justo, y vean cómo lo distribuye, cómo lo comparte, cómo ayuda a las necesidades de los hombres que puede. No son las riquezas, sino el que las usa mal el que es malo. Job, por tanto, usó bien las riquezas, como también Abraham las usó bien. Ciertamente, hermanos, aquel mendigo lleno de llagas que yacía ante la puerta del rico estaba tan necesitado que los perros lamían sus llagas. Así ciertamente leemos, así está escrito, y sin embargo, ¿a dónde fue llevado? Al seno de Abraham (Lucas 16, 22). Revisen las Escrituras, vean si Abraham fue pobre aquí. Lo encontrarán teniendo aquí mucho oro, mucha plata, muchos ganados, muchos siervos y propiedades. Por tanto, el pobre es llevado al seno del rico. Si el mérito fuera la pobreza, no lo precedería a él en el descanso Abraham, y lo recibiría al sucederle, sino que lo que había en el pobre Lázaro era lo que había en el rico Abraham, es decir, humildad, piedad, culto a Dios, observancia de Dios, ni las riquezas le perjudicaron a él, ni la pobreza a este, sino que el mérito de aquel fue la piedad. Por eso, en aquel rico que cambió mal las tornas, no se reprenden sus riquezas, sino su ánimo. Se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día (Lucas 16, 22). ¿Y permitía que un mendigo lleno de llagas yaciera ante su puerta? Y despreciándolo con soberbia no saciaba su necesidad. ¿Qué creen que decía el rico despreciando al mendigo? ¿Qué hace aquí este? Pero con razón aquella lengua que despreció al pobre, deseaba una gota de su dedo.

VI. Cuando, por tanto, el santo Job, como dije, tenía muchas riquezas, alabó a Dios, fue tentado para ser probado; probado para ser mostrado. Pues no solo a los hombres, sino también al mismo diablo le estaba oculto quién era Job, pero no al Señor. Permitió el probador al tentador; pero el probador no para sí, sino para nosotros, para manifestarnos lo

que debemos imitar. Pues no quiso mostrar a Job al mismo diablo, sino a través del diablo a nosotros, para que, vencido el diablo, tuviéramos qué imitar. Así que, habiéndolo perdido todo, no poco a poco, sino de repente, dijo: "El Señor dio, el Señor quitó. Como al Señor le plació, así se hizo. Bendito sea el nombre del Señor. Como al Señor le plació, así se hizo" (Job 1, 21). No puede ser torcido lo que le plació al recto. No puede ser malo lo que le plació al bueno. Pues bueno es Dios para con Israel, para con los rectos de corazón. Job era recto de corazón, por eso le correspondía la alabanza. "El Señor dio, el Señor quitó. Como al Señor le plació, así se hizo". Confesó alabando: "Bendito sea el nombre del Señor. El Señor dio, y el Señor quitó". Había abundancia, ahora hay escasez. En mí las cosas han cambiado, él no ha cambiado. Yo alguna vez rico, alguna vez pobre. Él siempre rico, siempre recto, siempre padre. ¡Bendito sea el nombre del Señor! Pues no era bendito el nombre del Señor en mi abundancia, y será maldito en mi escasez. Lejos de mí esto. Esto decía Job enriquecido con riquezas interiores. Había perdido toda su casa, pero su pecho estaba lleno. Había perdido su casa, su oro, había llenado su pecho. Dios estaba presente por todas las cosas que había dado. "El Señor dio, el Señor quitó". Vean cómo entiende el poder supremo. No sea que quieras adorar a Dios, oh cristiano, por el reino de los cielos, y temas al diablo por los bienes terrenales. Toda la potestad y el poder supremo están en él. El diablo solo quiso hacer daño, no pudo sin permiso. En él está, por tanto, el poder. Pues si al diablo se le permitiera tanto como quiere, ¿quién de los cristianos quedaría? ¿Quién de los adoradores de Dios quedaría en la tierra? ¿No ven caer sus templos, romperse sus ídolos, convertirse sus sacerdotes a Dios? ¿No creen que el diablo se duele y se atormenta por esto? Si, por tanto, por su dolor tuviera el poder, ¿qué Iglesia quedaría en la tierra? Por tanto, cuando el santo Job perdió todo por las insidias del diablo, no le da ningún poder. Cuando alaba a Dios, no dice: "El Señor dio, el diablo quitó"; sino que dice: "El Señor dio, el Señor quitó". Que el diablo no se atribuya nada. Y lo que era rico, era de Dios, y lo que es pobre, es de Dios. Y si se le permitió tentar, no se le permitió asfixiar. Pero no asfixiaría sujetando y rompiendo la garganta, sino cerrando el espíritu. Si acaso él, angustiado por la tribulación, emitiera una palabra blasfema de su boca, entonces exhalaría el último aliento asfixiado al excluir de sí el espíritu de vida. Esto no lo hizo ni en aquella repentina pobreza, ni en aquella última herida.

VII. Pues, cuando al diablo le pareció poco haberle quitado todo lo que poseía, le quitó también a los hijos, por quienes él poseía, dejando solo a la esposa. No la quitó, y esto sabiendo lo que hacía. Sabía que Adán fue engañado por Eva. Guardaba, por tanto, más bien a su ayudante que a la consoladora del marido. Así que, cuando le quitó todo eso, y dejó a una sola para tentar de nuevo, le pareció poco; pidió también quitarle la salud del cuerpo. Y se le permitió quitarla, para que incluso en aquella herida Job alabara a Dios recto de corazón, sin variar en nada, a quien le correspondía la alabanza. Se acercó a él aquella que había sido dejada para esto, y le persuadió, o más bien le sugirió la blasfemia. Pues dijo: "¡Cuántos males sufrimos! Di algo contra Dios, y muere" (Job 2, 9). Primero Eva fue seducida por el diablo como invitada a la vida, y encontró la muerte. Pues el diablo dijo: "No morirás" (Génesis 3, 4). Y pensando que tendría vida, encontró la muerte, porque hizo contra el mandamiento de Dios, y persuadió a su marido a hacer contra el mandamiento de Dios. Ahora al contrario: "Di algo contra Dios, y muere". Que le baste a Eva haber persuadido a hacer contra el mandamiento de Dios. Ella aún Eva. Él ya no Adán. Ella llena del diablo, él corregido por el ejemplo. Mejor Job en el estiércol que Adán en el Paraíso. Para que sepan cuánto es tener un corazón recto, ¿cómo Job derribó al diablo en aquella pobreza, en aquella herida? Respondió a la mujer y dijo: "Como una de las mujeres insensatas has hablado. Si recibimos el bien de la mano de Dios, ¿no soportaremos el mal?" (Job 2, 10). Bendijo al Señor en todo tiempo, su alabanza estaba siempre en su boca. Pues era recto de corazón, por eso le correspondía la alabanza. Sean rectos de corazón. Si quieren ser rectos de corazón, no

les desagrada Dios en nada. O ves la causa por la que hace lo que hace, y viendo la causa no lo reprendes, o si la causa te es oculta, sabe que él hace lo que no puede desagradar en nada.

VIII. Alguien derriba su casa, no sé quién, y es reprendido. Si conocieras la causa, tal vez no reprenderías al hombre que lo hace. Ciertamente estamos en esta Basílica, y es estrecha, y tiene algo pequeño, y al Señor le ha complacido que se haga otra, y esta será destruida. Cualquiera que vea a los que derriban, cuando comience a ser derribada, dirá: ¿Aquí no se oró? ¿Aquí no se invocó el nombre de Dios? ¿Qué les pasa a estos, que derriban? Desagrada la obra, porque el plan está oculto. Así también Dios hace algo. ¿Por qué lo hace? O lo sabes y alabas, o no lo sabes y crees, si eres recto de corazón. Pues es recto de corazón quien, incluso en las causas que conoce, alaba a Dios, y en las que no conoce, no atribuye insensatez a Dios. Injustamente y neciamente eres reprendido, ¡Hombre, gobernador de tu casa! por alguien ignorante de las causas y de tus planes, y te atreves a reprender al Gobernador de todo el mundo y Creador del cielo y la tierra porque sopló el viento y se secaron las vides, o se levantó una nube y derramó granizo. No reprendas. Él sabe gobernar y contar todas sus obras. Ciertamente tú no pudiste fabricar el cielo y la tierra, y sin embargo, si te fuera permitido, le dirías a Dios: Oh, si yo gobernara, no haría lo que haces. Pues cuando te desagrada algo hecho por Dios, ¿no querrías ser tú el gobernador? Avergüénzate. Mira a quién deseas suceder. Mortal al inmortal, hombre a Dios. Es mejor cederle a Él que buscar sucederle. Cede a Dios, porque es Dios, y aunque tal vez haya hecho algo contra tu voluntad, no es contra tu utilidad. Cuánto hacen los médicos contra la voluntad de los enfermos, y sin embargo no lo hacen contra la salud. Y el médico a veces se equivoca, Dios nunca. Si entonces te confías a un médico que a veces se equivoca, te confías al consejo humano, no para que aplique un cataplasma, que es leve, o un emplasto, que no te cause dolor, sino a menudo para que queme, corte o quite un miembro que nació contigo, te confías a él, no dices: Tal vez se equivoque y yo pierda un dedo; permites que quite un dedo, no sea que todo el cuerpo se pudra, y no permites a Dios cortar para quitar algo de tus frutos, si tal vez en esa moderación tienes disciplina.

IX. Por tanto, hermanos, sed rectos de corazón, es decir, que en nada os desagrada Dios. No digo que no le roguéis. Rogad cuanto podáis en la aflicción. Ha suspendido la lluvia; hay que rogarle, pero si llueve, hay que alabarle, y si no llueve, hay que alabarle, pero siempre hay que rogarle. No decimos que no roguéis. A veces se conmueve y concede a los que ruegan, y no quiere conceder a los que no ruegan. Dios es exigente, para no conceder sino al que ruega. Pero entonces el alma pequeña progresará hacia la grandeza de Dios, si en la tribulación le socorre, para que a nosotros que rogamos y estamos atribulados nos dé consuelo. Quiere endulzarnos para nuestro bien, no para el suyo. Ved, pues, qué mal es que el mundo te sea dulce y Dios, que hizo el mundo, te sea amargo. ¿No debes cambiar, no debes corregirte para tener un corazón recto? Más bien que el mundo sea amargo y Dios sea dulce. Mezcle, pues, el Señor nuestro Dios amarguras a este mundo. ¡Que las mezcle ciertamente! Aquí disfrutar, rebosar, abundar en delicias, deleita olvidar a Dios. Si tiene algo más de dinero, quiere derrocharlo, no quiere hacer algo útil con él, algo celestial; quiere perder tanto el dinero como a sí mismo y a los demás en quienes gasta el dinero. ¿No queréis, pues, que Dios quite lo superfluo, no sea que todo se pudra por la putrefacción? Él sabe, pues, lo que hace. Dejémosle, solo démosle a nosotros para ser curados, no demos consejo al médico. Convertidos al Señor, etc.

SERMO XXII. Sobre las palabras del Salmo LI, vers. 10. Confié en la misericordia de Dios.

SINOPSIS.

I. Cuánto debe durar nuestra Esperanza. II. Esperanzas humanas largas, vanas, engañosas. III. Cuál es nuestra verdadera Esperanza.

I. Primero responderé a mi Hermano y Colega. Yo dije esta mañana que la caridad debe ser inquieta, no perezosa, pero como él lo quiso, obedezcámosle a él y a Dios por medio de él, y a vosotros, y dé en vosotros obediencia. Cantamos: Confié en la misericordia de Dios (Sal. LI, 10). Digamos algo sobre nuestra esperanza. Y las palabras de nuestro sermón tendrán un fin adecuado al tiempo, pero la Esperanza misma, de la que hablamos, debe perdurar y no cesar con nuestro sermón. Hablemos nosotros y terminemos, ella siempre clama a Dios. Pero incluso esa Esperanza (pues tal vez es duro lo que digo, pero no ofenderá si nuestro por qué lo digo, y creo que no ofenderá) pero incluso esa esperanza no será eterna. Pues cuando llegue la cosa, no habrá Esperanza. Se dice Esperanza mientras no se tiene la cosa, como dice el Apóstol: La esperanza que se ve no es esperanza. Pues lo que uno ve, ¿por qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos (Rom. VIII, 24. 25). Si, pues, la Esperanza que se ve no es Esperanza, porque lo que uno ve, ¿por qué esperarlo?, y por eso se llama Esperanza, porque esperamos lo que no vemos, cuando llegue lo que veamos, no habrá Esperanza, porque habrá cosa. Y entonces no será maldito estar sin Esperanza; ahora bien, cualquiera que esté sin Esperanza es maldito y oprobio. ¡Y ay de aquel que ahora está sin Esperanza! Pues es malo estar sin Esperanza, porque aún no se está con la cosa. Entonces cesará la Esperanza cuando se tenga la cosa.

II. Pero, ¿cuál es la cosa misma que es, que se tendrá? ¿Qué es lo que sucederá a la Esperanza? Pues ahora vemos a los hombres esperar muchas cosas terrenales y según el siglo. La vida misma de ningún hombre está sin Esperanza, y mientras vive, no está sin Esperanza. Esperanza en los niños, para que crezcan, para que se eduquen, para que sepan algo. Esperanza en los jóvenes, para que se casen, para que engendren hijos. Esperanza en los padres de los hijos, para que los críen, para que los eduquen, para que vean grandes a aquellos a quienes acariciaban de pequeños. Para nombrar la vida misma de la Esperanza humana, que es como más natural, y excusable, y triste. Pues hay muchas Esperanzas vulgares, muy reprochables; pero mantengamos esta, que es civil y natural. Pues para esto nace cada uno, para crecer, para casarse, para procrear hijos, para educarlos, incluso para ser llamado padre de hijos. ¿Qué más busca? Y aún no ha terminado la esperanza. Desea casar a sus hijos, y aún espera. Y cuando también ha logrado esto, desea nietos. Y cuando los tiene, ya está la tercera sucesión, y el anciano es reacio a dar lugar a los jóvenes. Aún busca qué desear para sí, busca qué esperar, y parece benevolente. Ojalá, dice, me llame abuelo ese niño, y lo escuche de su boca, y muera. Crece el niño, llama abuelo, y él aún no se reconoce abuelo. Pues si es abuelo, si es anciano, ¿por qué no reconoce que ya debe partir, para que sucedan los que han nacido? Y cuando escucha de la voz del pequeño el nombre de honor, quiere educarlo él mismo. ¿Acaso falta que espere también un bisnieto? Así muere, y espera, y espera otra cosa y otra, cuando ha recibido lo que esperaba. Pero al recibir lo que esperaba, no se sacia, ansía otras cosas. ¿Por qué vino lo que esperabas? Ciertamente ya, para que termines, ¿a dónde vas? No se extiende el fin. Y a cuántos engaña esta Esperanza, Esperanza gastada. Primero no sacia cuando llega, y a cuántos no llega. ¡Cuántos esperaron esposas y no pudieron casarse! ¡Cuántos esperaron con quienes les fuera bien y se casaron con quienes les atormentaron! ¡Cuántos desearon hijos y no pudieron tenerlos! ¡Cuántos se lamentaron de los hijos que tuvieron! Así todo. Alguien esperó riquezas; no obtenidas, fue atormentado por la codicia, o obtenidas, torturado por el miedo. Y no hay nadie que deje de esperar, nadie se sacia. Tantos son engañados, y no descansan de la esperanza del siglo.

III. Que alguna vez también nuestra Esperanza no sea engañosa, sino saciante, y algo tan bueno que no pueda haber más. ¿Cuál es, pues, la cosa que esperamos, que cuando llegue, cesará la Esperanza, porque sucederá la cosa? ¿Qué es eso? ¿Es la tierra? No. Algo que nace en la tierra, como el oro, la plata, el árbol, la cosecha, el agua. Nada de eso. Algo que vuela en el aire. La mente lo rechaza. ¿Acaso es el cielo, tan hermoso y adornado con luces? Pues, ¿qué hay en estas cosas visibles más deleitable, qué más hermoso? Tampoco es esto. ¿Y qué es? Estas cosas deleitan, son hermosas, son buenas. Busca al que las hizo. Él es tu Esperanza. Él es ahora tu Esperanza, él será después tu cosa. La Esperanza es del creyente, la cosa será del vidente. Dile: Tú eres mi Esperanza. Bien dices ahora: Tú eres mi Esperanza. Pues crees, aún no ves. Se te promete, aún no lo tienes. Mientras estás en el cuerpo, peregrinas lejos del Señor, estás en el camino, aún no en la patria. Él, rector y creador de la patria, se hizo camino para llevarte. Dile, pues, ahora: Tú eres mi Esperanza. ¿Qué después? Mi porción en la tierra de los vivientes (Sal. CXIII, 6). Lo que ahora es tu Esperanza, después será tu porción. Que tu Esperanza esté en la tierra de los moribundos, y será tu porción en la tierra de los vivientes. Convertidos al Señor, etc.

SERMO XXIII. Sobre las palabras del Salmo CXLV, vers. 1. Alabaré al Señor en mi vida, etc.

#### SINOPSIS.

I. La alabanza de Dios debe extenderse más allá de esta vida. II. Nada en esta vida es duradero. III. La felicidad transitoria no debe imponerse al cristiano. IV. Las postrimerías del Rico y Lázaro nos enseñan.

I. Sobre las palabras de este Salmo que acabamos de cantar, que el Señor nos conceda poder hablarlos. Pues dijimos: Alabaré al Señor en mi vida. Cantaré a mi Dios mientras viva (Sal. CXLV, 1). Con estas palabras primero advertimos a vuestra Caridad, que cuando escuchéis o digáis: Mientras viva, cantaré a mi Dios; no penséis que cuando esta vida termine, terminará para nosotros la alabanza de Dios. Pues más bien entonces alabaremos, cuando vivamos sin fin. Si alabamos en la peregrinación, de la que pasamos, ¿cómo alabaremos en la casa, de la que nunca partiremos? Como se dice, se lee y se canta en otro Salmo: Bienaventurados los que habitan en tu casa. Te alabarán por los siglos de los siglos (Sal. LXXXIII, 5). Donde escuchas: Por los siglos de los siglos, no hay fin, y vivir una vida bienaventurada, donde Dios se contempla sin duda, se ama sin ofensa, se alaba sin fin. Sin duda, eso será nuestra vida, ver a Dios, amarle, alabarle. Si, pues, alabamos cuando creemos, ¿cómo alabaremos cuando veamos? ¿Cómo se alabará la belleza, si así se alaba la fe? Pues dice el Apóstol: Mientras estamos en el cuerpo, peregrinamos lejos del Señor. Caminamos por fe, no por vista (2 Cor. V, 6, 7). Ahora, pues, por fe, entonces por vista. Ahora creemos lo que no vemos, entonces veremos lo que creíamos. No se confunde quien cree, porque es verdad lo que verá; pero nuestro Señor primero edificó en nosotros la fe, donde, si se paga la recompensa de la fe, no se busque antes de tiempo.

II. Alguien dice: ¿Por qué, entonces, el Salmo dijo: Cantaré a mi Dios mientras viva, y no dijo: Cantaré a mi Dios siempre? Pues donde se dice: Mientras viva, parece significarse un fin, pero si no se entiende. Si piensas que se dijo de esta vida: Mientras viva, examina esta vida, si es duradera. Por mucho que vivas aquí, no es duradero. ¿Cómo es duradero lo que no te sacia? Un niño dice que un hombre ha vivido mucho cuando lo ve anciano, pero cuando llega a donde él llegó, entonces ve cuánto no fue mucho. Sin duda, así vuela la edad, así en sí misma los momentos transcurren, que vemos que anteayer éramos niños, ayer jóvenes, hoy ancianos. Donde, pues, piensas que se dijo de esta vida: Mientras viva, cantaré a mi Dios, por

eso, porque dijo: Mientras, allí está el verdadero entendimiento, que no se dijo de esta vida, porque dijo: Mientras. Pues nunca diría la Verdad: Mientras, de esta vida, donde nada es duradero. Los Sabios de este mundo pudieron ver esto, ¿y no pueden verlo los cristianos? Un Sabio del mundo, hombre elocuentísimo, dijo: Pues, ¿qué es esto de duradero, en lo que hay algo extremo? (Cicerón, Orat. pro M. Marcello n. 28). Negó totalmente que fuera duradero lo que pudiera llegar a un fin en cualquier momento. Sin duda, en cualquier momento, no mientras tú viviste, si acaso llegaste a la última vejez. Pues la vida de un solo hombre, especialmente en este tiempo, es Vapor que aparece por un poco. Esto que dije, la Escritura lo dijo a los hombres exultantes, y por mucha soberbia poderosos, y sin saber si morirán de inmediato, la Escritura divina lo dijo, y así soberbios, y confiando en vanidades, de su fragilidad transitoria les advirtió. Pues, ¿qué es vuestra vida? Vapor es que aparece por un poco, luego será exterminado (Santiago IV, 15). Quien, pues, se erige en altivez, confía en vapor, se exalta en honor, y perece con el vapor. Por tanto, la soberbia debe ser reprimida, y con cuanta intención podamos, pisoteada, y entender que vivimos mortalmente en esta tierra, y pensar en el fin, donde no habrá fin. Pues, si tú, como comencé a decir, cualquiera que hayas envejecido, te exaltas mucho si piensas que has vivido mucho, quien alguna vez terminará, pero el mismo Adán, si aún viviera, y no ahora, sino al final del siglo muriera, no tendría nada de duradero, en lo que hubiera algo extremo. Y se ha dicho muy verdaderamente, y se ha entendido prudentemente, y no solo se predica que es verdad, sino que también es reconocido por los oyentes.

III. Volvamos el ánimo al Salmo que cantamos, y encontremos que él no diría: Cantaré a mi Dios mientras viva, si no fuera de aquella vida donde es duradero. Pues si en esta vida nada es duradero, porque hay algo extremo, no somos llamados a desear esta vida cuando nos hacemos cristianos. Pues no nos hacemos cristianos para que nos vaya bien en esta vida. Pues si pensamos que nos hacemos cristianos para que aquí nos vaya bien según esta vida temporal, según la felicidad volátil y vaporosa, erramos mucho, y nuestros pies vacilarán al ver a alguien con tanta dignidad que sobresale entre los demás con quienes vive, estar sano de cuerpo, llegar a la vejez decrepita. El cristiano pobre ve esto, ignoble, suspirando en gemidos diarios por el trabajo, y dice tal vez para sí mismo: ¿De qué me sirve haberme hecho cristiano? ¿Acaso soy mejor que aquel que no lo es? ¿Que aquel que no cree en Cristo? ¿Que aquel que blasfema de mi Dios? El Salmo le advierte. No confiéis en príncipes. ¿Qué te deleita la flor del heno? Toda carne es heno, dice el Profeta, no solo lo dice, sino que exclama. El Señor le ordenó exclamar. Exclama, le dice. Y él respondió: ¿Qué exclamaré? Toda carne es heno, y todo el honor de la carne, como la flor del heno. El heno se secó. La flor cayó. ¿Entonces todo pereció? De ninguna manera. Pero la palabra del Señor permanece para siempre (Isaías XL, 6-8). ¿Qué te deleita el heno? He aquí, el heno pereció. ¿Quieres no perecer? Aférrate a la palabra. Así también en este Salmo. Pues el cristiano pobre, humilde, tal vez observaba en un pagano rico y poderoso, observaba la flor del heno, y tal vez prefería tenerlo como patrón más que a Dios. A este le habla el Salmo: No confiéis en príncipes, ni en hijos de hombres, en quienes no hay salvación (Sal. CXLV, 3). Él responde de inmediato: ¿Acaso dice esto de aquel en quien hay salvación? He aquí, está sano. Hoy lo veo vigoroso. Yo, más bien, miserable, enfermo constantemente. ¿Qué atiendes a estas cosas que te agradan y te deleitan? No hay salvación. Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra. He aquí toda la salvación, Vapor que aparece por un poco. Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra. Pasen algunos años. Muévase el río, como suele suceder. Al pasar por diversos lugares, distingue las tumbas de los muertos, separa los huesos del rico de los huesos del pobre. Al salir su espíritu, vuelve a su tierra. Muy bien no dijo nada de su espíritu, porque él, cuando vivía, nada pensaba espiritualmente. Volverá a su tierra, según la carne, ciertamente, según el cuerpo, donde prevalecía, donde se exaltaba, donde te engañaba, en cuya felicidad carnal te

engañaba. Saldrá su espíritu, y volverá a su tierra. En ese día perecerán todos sus pensamientos (Ibid. 4). Esos pensamientos que eran terrenales: He aquí, hago, he aquí, cumplo, he aquí, llevo. He aquí, compro esto, he aquí, adquiero aquello, he aquí, llevo a tal y tal honor. En ese día perecerán todos sus pensamientos. Pero tú, porque la Palabra de Dios permanece para siempre, si te aferras a la palabra, para que te dé vida eterna, no solo tu pensamiento no perecerá entonces, sino que entonces vendrá. Cuando el suyo perece, el tuyo entonces viene. Pues él pensaba en cosas temporales y terrenales, añadir riquezas a riquezas, aumentar las facultades pecuniarias, brillar en honores, hincharse de poder. Por tanto, porque pensaba tales cosas, En ese día perecerán todos sus pensamientos. Pero tú, si pensabas, porque te hiciste cristiano, no en la felicidad temporal, sino en el descanso eterno, cuando tu cuerpo vuelva a su tierra, entonces tu alma encontrará su descanso.

IV. Atiende al Evangelio, y observa, y examina los pensamientos de dos hombres. Había un Rico que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día (Luc. XVI, 19). Cada día heno, y la flor del heno. No te dejes engañar por la felicidad de aquel que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día. Era soberbio, impío, pensaba en vanidades, deseaba vanidades. Cuando murió, en aquel día perecieron sus pensamientos. Había, sin embargo, ante su puerta un Pobre, llamado Lázaro. Calló el nombre del Rico, y dijo el nombre del Pobre. De quien se ventilaba el nombre, de ese calló Dios. De cuyo nombre se callaba, a ese dijo Dios. No quiero que te asombres. Dios, lo que encontró escrito en su Libro, eso recitó. De los impíos se ha dicho: Y en tu libro no serán escritos (Sal. LXVIII, 29); y también a los Apóstoles, cuando se gloriaban porque en el nombre del Señor los demonios les estaban sujetos, para que no se ensalzaran como hombres, y se jactaran, aunque de una gran cosa, aunque de una virtud preclara: No os regocijéis, dijo, en esto, porque los demonios os están sujetos; sino regocijaos, porque vuestros nombres están escritos en el cielo (Luc. X, 20). Dios, habitante del cielo, calló el nombre del Rico, porque no lo encontró escrito en el cielo; sin embargo, dijo el del Pobre, porque allí lo encontró escrito, más bien allí mandó que se escribiera. Pero mirad a ese Pobre. Hemos hablado de los pensamientos del impío Rico, preclaro, que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día, porque, cuando murió, perecieron todos sus pensamientos. Pero el Pobre Lázaro estaba ante la puerta del Rico, lleno de llagas, y deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del Rico, y nadie le daba. Pero también los perros venían y lamían sus llagas (Id. XVI, 21). Ahí quiero verte, cristiano. Se narran las salidas de estos dos. Dios puede, ciertamente, dar salud en esta vida, y quitar la indigencia, y otorgar suficiencia al cristiano. Y sin embargo, si esto no fuera así, ¿qué elegirías? ¿Ser como ese pobre, o ser como ese rico? No te engañes. Escucha el final, y observa la mala elección. Sin duda, aquel Pobre, porque era piadoso, estando en las miserias temporales, pensaba en que algún día terminaría esa vida, y alcanzaría el descanso eterno. Murieron ambos, pero de aquel Pobre no perecieron sus pensamientos en aquel día. Sucedió que murió aquel indigente, y fue llevado por los Ángeles al seno de Abraham. En aquel día fueron sanados todos sus pensamientos. Y, porque Lázaro en lengua latina se interpreta Ayudado, que en hebreo es Lázaro, bien advirtió el Salmo: Bienaventurado aquel cuyo Dios de Jacob es su ayuda (Sal. CXLV, 5). Cuando su espíritu salga, y su carne vuelva a su tierra, no perecerán sus pensamientos, porque su esperanza está en el Señor su Dios. Esto se aprende en la escuela de Cristo maestro, esto se espera del ánimo del oyente fiel, esta es la recompensa verdaderísima del Salvador.

SERMO XXIV. Sobre las palabras del Evangelio de Lucas XVI. vers. 19-31, Había un hombre rico, etc.

SINOPSIS.

I. Los oráculos proféticos sobre Cristo y su Iglesia aún no son creídos por los judíos. II. La incredulidad de los judíos se reprende con el ejemplo del rico Epulón. III. El rico Epulón es un ejemplo saludable para nosotros. IV. Advertidos suficientemente sobre el futuro, no tenemos excusa. V. Nuestra fe debe ser confirmada por lo ya cumplido y por las promesas de Dios. VI. Las promesas de Dios en el pueblo judío desde Abraham, cuya fe es encomiada. VII. La fidelidad de Dios en cumplir sus promesas, y la insensatez de los idólatras. VIII. Dios busca su imagen en el alma, como César en la moneda. IX. Cuántas promesas de Dios ya se han cumplido. X. La fe de Abraham es un ejemplo para nosotros. XI. Sobre la tolerancia de las adversidades, una doble similitud. XII. La paciencia de Dios debe ser utilizada por nosotros e imitada. XIII. Debemos confiarnos a Dios en las adversidades sin queja. XIV. Exhortación a la paciencia.

I. La fe de los cristianos, que es ridiculizada por los impíos e infieles, es esta: que decimos que hay otra vida después de esta vida, y que hay resurrección de los muertos, y que hay juicio al final del mundo después de que este haya pasado. Esto, cuando no se creía en los asuntos humanos, pero era predicado y anunciado por los Profetas, siervos de Dios, y por la Ley, que fue dada por Moisés, y aún parecía increíble a los hombres, vino nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien persuadiría esto a los hombres. Quien, siendo el Hijo de Dios, nacido del Padre de manera invisible e inefable, coeterno con el Padre, e igual al Padre, y con el Padre un solo Dios, siendo el Verbo del Padre, por quien todas las cosas fueron hechas, y el Consejo del Padre, por quien todas las cosas son gobernadas, dejó de lado su tan grande magnitud, y majestad incomprensible, y poder, que no podía ser conocido por los hombres, descendiendo a la tierra tomando carne, y apareciendo a los ojos de los hombres. Entonces, cuando Dios, es decir, la misma Divinidad, no era vista en Cristo, la carne vista era despreciada; pero él aprobaba su Divinidad interior con milagros. Y cuando parecía tal, que podía ser despreciado por los ojos humanos, hacía tanto, que en las mismas obras aparecía como el Hijo de Dios. Entonces, cuando hacía grandes cosas, ordenaba cosas útiles, corregía vicios, castigaba, enseñaba virtudes, también operaba sanidades de los cuerpos, para sanar las mentes de los infieles, el pueblo airado, donde nació, y fue criado, y hacía todas estas cosas, lo mató. Pero él, que había venido a nacer, ciertamente también había venido a morir. Ni quiso que la muerte de su carne, que había tomado para mostrar el ejemplo de la resurrección, fuera infructuosa, sino que la permitió más bien en manos de los impíos, para que, cuando ellos no quisieran hacer lo que él mandaba, él sufriera lo que quería. Así fue. Cristo fue muerto, sepultado, resucitó, como sabemos, como testifica el Evangelio, como ya ha sido predicado en todo el mundo, y aún los judíos, veis, no quieren creer en Cristo, ya después de que resucitó de los muertos, y glorificado ante los ojos de sus Discípulos ascendió al cielo, cuando ya se cumplen en todo el mundo las proclamaciones de los Profetas. Porque todos los Profetas, que predijeron que Cristo nacería, y moriría, y resucitaría, y ascendería al cielo, también predijeron que su Iglesia estaría en todas las naciones. Los judíos, sin embargo, si no vieron a Cristo resucitar, y ascender al cielo, al menos verían la Iglesia difundida por todo el mundo, lo cual, cuando se cumplía, se cumplían las palabras predichas por los Profetas.

II. Sucede en ellos lo que acabamos de escuchar del Evangelio. Porque no escuchan a Cristo, que resucitó de los muertos, porque no escucharon a Cristo cuando estaba en la tierra. Esto es lo que Abraham dijo a aquel Rico, que estaba atormentado en el infierno, y quería que alguien fuera enviado a los vivos, para que anunciara a sus hermanos lo que sucede en el infierno, y antes de que llegaran a esos lugares de tormento, vivieran bien, haciendo penitencia por sus pecados, para que merecieran ir más bien al seno de Abraham, no a esos tormentos, a donde llegó aquel Rico. Entonces, cuando aquel Rico, tarde misericordioso, que había despreciado al Pobre que yacía ante su puerta, y por eso quizás era soberbio con él, su

misma lengua ardía, y allí deseaba una gota de agua, entonces, cuando no había hecho entre los vivos lo que debía hacer para no llegar allí, comenzó tarde a ser misericordioso por otros. Pero ¿qué dijo Abraham? Si no escuchan a Moisés y a los Profetas, tampoco se persuadirán si alguno resucita de entre los muertos (Luc. XVI, 31). Es totalmente cierto, hermanos. Por eso hoy no se persuade a los judíos para que crean en aquel que resucitó de los muertos, porque no escucharon a Moisés y a los Profetas. Pues si quisieran escucharlos, allí encontrarían que estaba predicho lo que ahora se ha cumplido, y aún no quieren creer. Lo que hemos dicho de los judíos, hagámoslo de nosotros, no sea que, mientras atendemos a otros, caigamos nosotros en la misma impiedad. El Evangelio, carísimos, no se lee a los judíos, se leen Moisés y los Profetas, a quienes no quieren escuchar. Si quisieran escucharlos, creerían en Cristo, porque Moisés y los Profetas predijeron que Cristo vendría. No seamos, pues, como ellos, cuando se nos lee el Evangelio, como son ellos cuando se les leen los Profetas. Porque entre ellos, como he dicho, no se recita el Evangelio, entre nosotros se recita.

III. He aquí que habéis escuchado ahora del Evangelio dos vidas: una presente, otra futura. La presente la tenemos, la futura la creemos. En la presente estamos, a la futura aún no hemos llegado. Cuando estamos en la presente, adquiramos el mérito de la futura; pues aún no hemos muerto. ¿Acaso se recita el Evangelio en el infierno? Que si se recitara, en vano lo escucharía aquel Rico, porque ya no podría haber penitencia fructuosa. Se nos lee aquí, y aquí lo escuchamos, donde mientras vivimos podemos corregirnos, para no llegar a esos tormentos. ¿Creemos lo que se lee, o no lo creemos? ¡Dios no permita que pensemos esto de vuestra Caridad, que no creéis! Porque sois cristianos, y de ningún modo seríais cristianos si no creyeráis en el Evangelio de Dios. Porque sois cristianos, es manifiesto que creéis en el Evangelio. Hemos escuchado. Ahora se ha recitado. Había ciertamente un Rico soberbio, ciertamente ensalzándose en las riquezas, que se vestía de púrpura y lino fino, y banqueteaba espléndidamente cada día (Luc. XVI, 19). Yacía, sin embargo, a su puerta un pobre llagado llamado Lázaro, cuyas llagas también lamían los perros, y deseaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del Rico (Ibid. 21), y no podía. He aquí el crimen del Rico, porque ciertamente deseaba saciarse de las migajas, y no podía, a quien debía compartirse la humanidad. Aquel Rico, si se compadeciera del Pobre que yacía ante su puerta, y quisiera ser misericordioso con sus riquezas, iría allí también, a donde fue aquel Pobre. No fue la pobreza de aquel Lázaro la que lo llevó al descanso, sino la humildad, ni fueron las riquezas de aquel Rico las que lo apartaron de aquel gran descanso, sino la soberbia y la infidelidad. Pues, para que sepáis, hermanos, que entre los vivos aquel Rico era infiel, probémoslo con las palabras que dijo en el infierno. Prestad atención. Quiso que alguien fuera de entre los muertos, para anunciar a sus hermanos lo que sucede en el infierno, y cuando esto no se le concedió, diciendo Abraham: Tienen a Moisés y a los Profetas. Que los escuchen. No, padre Abraham, dijo, sino que si alguno de aquí va de entre los muertos, se persuadirán; mostró que él mismo, cuando estaba entre los vivos, no creía en Moisés y los Profetas, sino que deseaba que alguien resucitara de entre los muertos para él. Observad a tales ahora, y ved, donde por el ejemplo de este Rico somos advertidos, si tenéis fe. ¿Cuántos hay que ahora dicen: Que nos vaya bien mientras vivimos! Comamos, y bebamos, y disfrutemos de estos placeres! ¿Qué es lo que se nos dice, que será después? ¿Quién ha regresado de allí? ¿Quién ha resucitado de allí? Se dicen estas cosas. Esto decía aquel Rico, y lo que no creía en vida, lo experimentó muerto. ¡Mejor sería que en vida se corrigiera fructuosamente, que muerto fuera atormentado infructuosamente!

IV. Cambiemos ahora esas palabras, si acaso hay alguno entre nosotros que suele decir esto. Porque Dios no muestra ahora lo que nos manda creer. Por eso no lo muestra, para que sea recompensa de la fe. Pues si te lo mostrara, ¿qué mérito tendrías, porque crees? Ya no es

creer, sino ver. Más bien, Dios no te lo muestra, para que creas. Te manda que creas, te guarda para que veas. Pero si no crees, cuando te manda fe, no te guarda su apariencia, sino que te guarda aquello de lo que aquel Rico era atormentado en el infierno. Y cuando venga nuestro Señor y Salvador Jesucristo, quien así se anuncia ahora que ha venido, para que también se espere que vendrá, vendrá con las retribuciones de los fieles, y de los infieles: a los fieles dará premios, a los infieles los enviará al fuego eterno. Y dijo esto en el Evangelio, cómo juzgará al final. Pondrá a unos a la derecha, a otros a la izquierda, y separará a todas las naciones, como el pastor separa las ovejas de los cabritos; los justos estarán a la derecha, los impíos a la izquierda; a los justos les dirá: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. A los impíos e infieles: Id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles (Mat. XXV, 34-41)! ¿Qué más pudo hacer el Juez por ti, que decirte su sentencia definitiva, para que no puedas caer en ella? Hermanos, todo el que amenaza, no quiere herir. Pues si quisiera herir, lo haría de repente. Quien dice: Observa; no quiere encontrar a quien herir. Los hombres se procuran plagas, los hombres se procuran penas, quienes tanto tiempo escuchando a Dios decir: Observad; no quieren creer. Y ciertamente la pena del errante, que aquí es quizás alguna aflicción, y algún flagelo, es o emendatorio, o probatorio. O se emienda a cada uno por sus pecados, para que no caiga en mayores penas sin emendarse, o se prueba la fe de cada uno, con qué tolerancia, o con qué paciencia permanece bajo el flagelo del padre, no murmurando del padre que castiga, y alegrándose con el que halaga, sino alegrándose con el que halaga, para dar gracias también al que castiga, porque Azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). ¡Cuánto han sufrido los Mártires, cuánto han tolerado! ¡Qué cadenas, qué miserias, qué cárceles, qué torturas, qué llamas, qué bestias, qué tipos de muerte! Lo pisotearon todo. Pues veían algo con el espíritu, para que no se preocuparan por lo que veían con el cuerpo. Había en ellos un ojo de fe, se tendía el ojo hacia el futuro, despreciaban lo presente. Pero aquel cuyo ojo del futuro está apagado, se asusta de lo presente, y no llega al futuro.

V. Hay, pues, una fe que se edifica en nosotros. Ahora, cualquiera que no quiera creer, porque Cristo nació de la Virgen María, porque sufrió, porque fue crucificado, crea a los judíos, porque fue, y fue muerto, crea al Evangelio, porque nació de una Virgen, y resucitó. Hay, pues, de qué creer. Y los enemigos judíos no se atreven a decir: No fue Cristo en nuestra gente, o: No fue este hombre, no sé quién, a quien adoran los cristianos. Fue, dicen, y nuestros padres lo mataron, y murió, como hombre. Si encontramos que las cosas que siguieron a su muerte fueron dichas por los Profetas, porque en su nombre correría todo el mundo, porque todas las naciones lo adorarían, y todas las patrias de las naciones, porque todos los reyes también serían sometidos a su yugo, y vemos cumplido después de la muerte de Cristo, lo que fue predicho antes del nacimiento de Cristo, ¿cómo nos engañamos, si no queremos creer lo demás, cuando vemos en nosotros muchas cosas cumplidas? Porque nosotros mismos, hermanos, no solo nosotros, que aquí somos cristianos, nosotros somos ahora todo el mundo. Hace pocos años no éramos, y es asombroso cómo ha sucedido, que lo que durante tantos siglos no era, ahora es. Leemos eso en los Profetas. No pensemos que sucedió por casualidad, encontramos que fue predicho. De ahí se aumenta nuestra fe, de ahí se edifica, de ahí se fortalece. No hay nadie que diga: Sucedió de repente. ¿De dónde? He aquí esto, que nunca fue en la tierra. A veces en las Escrituras el deudor en ellas Dios era retenido, pero a su tiempo el débito sería devuelto. ¿De dónde debía Dios? ¿Acaso había recibido un préstamo de alguien, que a todos todo además dona? ¿Quién hizo, a quienes donar? Pues ni siquiera los mismos hombres, a quienes se les donarían algunas cosas, existían. ¿Puede alguien decir: Por mis méritos Dios me concedió estos bienes? Supón que te concedió estos bienes por tus méritos. ¿Para que seas tú, a quien concedió? ¿Quién no eras, qué te donó? Para que seas gratis. Pues no habías merecido eso, antes de que fueras. Cree en

él, porque también las demás cosas dignó donarte gratis. Tenemos, pues, la gracia de Dios, y de algún modo el mundo entero retenía a Dios como deudor. Más bien no lo retenía, porque la fianza que había hecho, no la conocía. Prometiendo se hizo deudor, no recibiendo un préstamo. Pues de dos maneras se dice deudor: Devuelve lo que recibiste, o lo que prometiste. Porque lo que prometió Dios, no se puede decir: Devuelve; pues nada recibió del hombre, quien todo dio al hombre; queda que no sea deudor, sino porque se dignó prometer.

VI. Esta promesa estaba en las Escrituras, estas Escrituras en una sola nación judía, que eligió nacer de la carne de su siervo, su fiel, que creyó en Él. ¿Y cómo nació esa nación? De Abraham anciano, y de Sara estéril. Que diera a luz, que naciera Isaac mismo, de quien vino la nación de los judíos, fue un milagro (Gén. XVII y XXI). El anciano no esperaba nada de sus miembros, no se atrevía a desear nada de la esterilidad de su esposa. Lo que en absoluto contaba, Dios se lo ofreció, y creyó en Dios que le ofrecía, quien no se atrevía a desear de Dios. Y cuando creyó, y le nació un hijo, del cual creyó que nacería una innumerable descendencia, Dios pidió que ese mismo hijo fuera inmolado para Él (Gén. XXII). Tal fue la fe de Abraham, que no dudó en inmolarse al único, del cual había recibido la promesa. ¿Acaso vaciló, y dijo a Dios: Señor, me concediste un hijo en la vejez, por grandes votos, por gran alegría, inesperadamente me nació un hijo? ¿Exiges que lo mate? ¿No era mejor que no lo dieras, que quitar lo dado? No dijo esto, sino que creyó que era útil lo que veía que Dios quería. Esta es la fe, hermanos. Ciertamente el pobre fue llevado al seno de Abraham, y el rico a los tormentos del infierno. Para que sepáis que las riquezas no son culpables, Abraham era rico, en cuyo seno descansaba Lázaro. Este era rico en la tierra: como tenemos enseñado en la Escritura. Tenía mucho oro, plata, ganado, familia. Era rico, pero no era soberbio. Para que sepáis que en el rico solo se atormentaba la soberbia, solo se atormentaban los vicios. Estos merecieron el castigo, no la sustancia de Dios. La sustancia de Dios es buena para quienquiera que se le dé. Pero al que la usa bien se le adquiere recompensa, al que la usa mal se le retribuye con castigo. Atended, sin embargo, cómo tenía Abraham las riquezas. ¿Acaso las guardaba para sus hijos? Si ofreció a su propio hijo por mandato de Dios, ¿cómo despreciaba las riquezas?

VII. Por tanto, esta Escritura, donde Dios se había hecho deudor prometiendo, estaba oculta entre los judíos. Vino nuestro Señor Jesucristo, nacido según esa Escritura, porque según ella fue devuelto. Según esa Escritura padeció, porque en ella fue anunciado que padecería. Según esa Escritura resucitó, porque en ella fue anunciado que resucitaría. Según esa Escritura ascendió al cielo, porque en ella fue anunciado que ascendería. Después de que ascendió, ignorado por los judíos, comenzó a enviar a sus apóstoles a las naciones, y de algún modo a despertar a los que dormían, y a decir: ¡Levantaos, recibid la deuda que hace tiempo os fue prometida! ¿Quién es el que despierta a su acreedor, y le ofrece lo que le debe? No fueron las naciones, porque tenían a Dios como deudor, las que se levantaron. Fueron llamadas, comenzaron a atender a la Escritura, y allí encontraron que lo que recibían ya les había sido prometido hace tiempo. Recibieron a Cristo prometido, y exhibido, recibieron la gracia de Dios, el Espíritu Santo prometido, y exhibido, recibieron la misma Iglesia dispersa por todas las naciones, prometida, y exhibida. Los ídolos que las naciones adoraban, Dios había prometido destruirlos. Se lee en las Escrituras; allí lo encuentras (Isaías II, 18; Ezequiel VI, 6; y Miqueas I, 7). Veis cómo Dios hizo esto en nuestros tiempos, lo que prometió hace tantos miles de años. En efecto, los hombres se habían apartado de aquel que los había hecho, hacia aquello que ellos mismos habían hecho. Y siendo siempre mejor el que hace, que aquello que hace, por eso Dios es mejor no solo que el hombre, a quien hizo, sino que todos los ángeles, virtudes, potestades, sedes, tronos, dominaciones, porque todo lo creó Él (Efesios I, 21; y Colosenses I, 16), para que sea inferior todo lo que hace el hombre, que el mismo hombre. A

tal demencia habían sido llevados los hombres, que adoraban un ídolo, que debían condenar. Si adoraran al artesano que hizo el ídolo, es evidente, hermanos, que el artesano es mejor que el ídolo que hizo. Y siendo detestables los hombres, si adoraran al artesano, adoran al mismo ídolo, que fue hecho por el artesano. Serían detestables adorando al artesano, pero serían mejores que quienes adoran al ídolo. Si, por tanto, se condena a los mejores, ¿cómo no lamentar a los peores? Si digo que el que adora al artesano debe ser condenado, quien deja al artesano, y adora al ídolo, quien ciertamente dejó al mejor, y se dirigió al inferior, ¿cómo debe ser condenado? Pero, ¿a quién dejó primero al mejor? A Dios, de quien él mismo fue hecho. Busca la imagen de Dios. La tiene en sí mismo. No pudo hacer el artesano la imagen de Dios, pero Dios pudo hacer una imagen para sí mismo. No hizo otra cosa para ti, sino que te hizo a ti mismo a su imagen. Pero adorando la imagen del hombre, que hizo el artesano, destruyes la imagen de Dios, que Dios imprimió en ti. Por eso, cuando te llama a que regreses, quiere devolvarte aquella imagen, que tú mismo perdiste de algún modo por la codicia terrena, y deterioraste.

VIII. De ahí, hermanos, que Dios busca de nosotros su imagen. Esto recuerda a aquellos judíos, cuando le ofrecieron una moneda. Primero quisieron tentarlo, cuando dijeron: Señor, ¿es lícito dar tributo al César? (Mateo XXII, 17) para que, si decía Él: Es lícito; le calumniaran, porque quería que Israel estuviera bajo maldición, al querer que fuera tributario, para que estuviera sometido al Rey, para que diera tributos. Pero si decía: No es lícito dar tributos; le calumniaran, porque ordenaba contra el César, y era autor de que no dieran su tributo, que debían, porque estaban sometidos. Vio a los que tentaban, como la verdad a la falsedad, y convenció brevemente la mentira de la boca de los mentirosos. No pronunció sentencia sobre ellos de su boca, sino que hizo que ellos mismos pronunciaran sentencia sobre sí mismos, porque está escrito: De tu boca serás justificado, y de tu boca serás condenado (Mateo XII, 37). ¿Por qué me tentáis? Hipócritas, mostradme la moneda. La mostraron. ¿De quién, dijo, tiene la imagen y la inscripción? Respondieron: Del César. Y Él: Dad, pues, al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios (Mateo XXII, 18-21). Así como el César busca su imagen en tu moneda, así busca Dios su imagen en tu alma. Dad al César, dijo, lo que es del César. ¿Qué busca de ti el César? Su imagen. ¿Qué busca de ti Dios? Su imagen. Pero la del César está en la moneda, la imagen de Dios está en ti. Si alguna vez pierdes una moneda, lloras porque perdiste la imagen del César. Cuando adoras un ídolo, no lloras porque haces injuria a la imagen de Dios en ti.

IX. Mantened, pues, hermanos, la promesa de nuestro Señor Dios, y contad ya de ese número de sus promesas, cuántas ha cumplido. Cristo aún no había nacido. En la Escritura estaba prometido. Lo cumplió. Nació. Aún no había padecido, aún no había resucitado. Y esto lo cumplió. Padeció, fue crucificado, resucitó. Su pasión es nuestra recompensa. Su sangre es nuestra redención. Ascendió al cielo, como había prometido. Y esto lo cumplió. Envió el Evangelio por todas las tierras. Por eso quiso que hubiera cuatro Evangelios, para que se significara con el número cuatro todo el orbe de la tierra, desde el Oriente y Occidente, desde el Norte y el Sur. Por eso quiso tener doce Discípulos, para que de algún modo se distribuyeran de tres en tres por los cuatro, porque en la Trinidad fue llamado el mundo, en el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo. Cumplió esto. Envió el Evangelio, como predijo. ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el Evangelio, de los que anuncian la paz, de los que anuncian el bien! (Romanos X, 15) Como predijo: No hay palabras, ni lenguas, donde no se oigan sus voces. Por toda la tierra salió su sonido, y hasta los confines del mundo sus palabras (Salmo XVIII, 4, 5). Como dijo, así envió. El Evangelio se escribe por todas las tierras. También la Iglesia sufrió persecución al principio. Lo cumplió, porque también había prometido a los Mártires. Recita la garantía: Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus

justos (Salmo CXV, 15). También cumplió a los Mártires, porque también los había prometido. ¿Qué quedaba por cumplir después? Todos los reyes de la tierra le adorarán (Salmo LXXI, 11). También los reyes que primero hicieron mártires creyendo. Vemos, pues, que ahora también los reyes han creído. También cumplió lo que prometió, que por orden de los reyes se rompieran los ídolos, por cuya orden primero se mataban a los cristianos. También quitó los ídolos, porque prometió: Y en los ídolos de las naciones no habrá respeto (Sabiduría XIV, 1). Con tanto que ha cumplido, hermanos, ¿por qué no le creemos? ¿Es Dios un deudor menos idóneo? Si en absoluto no nos hubiera cumplido nada aún, teníamos un deudor idóneo, que hizo el cielo y la tierra. No iba a ser pobre, para no tener con qué cumplir, ni engaña, siendo Él la Verdad, ni es Dios de tal poder, que pueda ser sucedido, para no tener tiempo de cumplir.

X. Es justo, hermanos, que se crea a Dios, antes de que cumpla algo, porque no puede mentir en absoluto, no puede engañar. Es Dios. Así le creyeron nuestros Padres. Abraham así le creyó. He aquí la fe verdaderamente digna de alabanza, y de ser predicada. No había recibido nada de Él, y creyó al que prometía. Nosotros aún no creemos, que ya hemos recibido tanto. ¿Acaso podía decirle Abraham: Creeré, porque me prometiste eso, y me lo cumpliste? Desde el primer mandato creyó, no había recibido nada semejante. Sal de tu tierra, se le dijo, y de tu parentela, y ve a la tierra que te daré (Gén. XII, 1). Y creyó de inmediato, y no le dio esa tierra, sino que la reservó para su descendencia, y a su descendencia le prometió ¿qué? En tu descendencia serán bendecidas todas las naciones (Gén. XXII, 18). Su descendencia es Cristo, porque de Abraham Isaac, de Isaac Jacob, de Jacob los doce, de los doce el pueblo de los judíos, del pueblo de los judíos la Virgen María, de la Virgen María nuestro Señor Jesucristo. Y se hizo descendencia de Abraham nuestro Señor Jesucristo, y lo que fue prometido a Abraham, lo encontramos cumplido en nosotros. En tu descendencia, dijo, serán bendecidas todas las naciones. Creyó esto, antes de ver algo. Creyó, y no vio lo que se prometía. Pero nosotros vemos lo que le fue prometido. Y todo lo que se le prometía, era futuro. ¿Qué no ha cumplido aún Dios? Anunció trabajos futuros en este mundo, y a sus santos, y a sus fieles en trabajos, y que traerían fruto con tolerancia (Lucas VIII, 15). Lo predijo, y lo vemos. Nos desgastamos con esos trabajos. ¿Qué trabajos no han sido aún predichos? No penséis, hermanos, que lo que veis que desgasta las cosas humanas ahora, no está escrito en la Escritura de Dios. Todo está escrito, y la tolerancia está impuesta a los cristianos, y más los bienes futuros, porque han venido los males, que se predijeron que vendrían. Pues si no vinieran, lo que se dijo, también nos quitarían la fe en los bienes, pero por eso vinieron antes los males, para que creamos en los bienes futuros.

XI. Ahora el mundo es así, como también el lagar está en presiones. Pero si eres orujo, vas por las cloacas; si eres aceite, permaneces en el depósito. Pues es necesario que haya presiones. Atended al orujo, atended al aceite. A veces hay presión en el mundo, por ejemplo: hambre, guerra, escasez, pobreza, mortalidad, robo, avaricia, presiones de los pobres, trabajos de las ciudades. Estas cosas son. Las vemos. Y se predijeron que vendrían, y vemos que son. Encontramos a hombres entre estas presiones murmurar, y decir: ¡He aquí cuántos males hay en los tiempos cristianos! ¡Cuántos bienes abundaban antes de los tiempos cristianos! No había tantos males. De la presión sale el orujo. Corre por las cloacas. Su boca por eso está negra, porque blasfema. No brilla. El aceite resplandece. Pero encuentras a otro hombre de la misma presión, y de la misma trituración, que lo trituró. ¿Acaso no es la misma trituración que lo trituró? Oísteis la voz del orujo, oíd la voz del aceite. ¡Gracias a Dios! ¡Bendito sea tu nombre! Todos estos males, con los que nos trituras, estaban predichos. Estamos seguros, porque también vendrán los bienes. Cuando nosotros, y los malos somos corregidos juntos, se hace tu voluntad. Te conocemos como Padre prometedor, te conocemos como Padre que

castiga. Instrúyenos, y devuélvenos la herencia, que al final prometiste. Bendecimos tu santo nombre, porque nunca fuiste mentiroso. Todo, como lo predijiste, así lo exhibiste. En estas alabanzas que emanan de la misma presión, el aceite corre al depósito. Sin embargo, porque todo este mundo es un lagar, de donde también se dice otra similitud. Así como en el horno se prueba el oro y la plata, así la tentación de la tribulación prueba a los justos; y se pone la similitud del horno del orfebre. En un caldero estrecho hay tres cosas: Fuego, oro, y paja. Y allí ves la imagen de todo el mundo. Allí está la paja, allí está el oro, allí está el fuego. La paja se quema, el fuego arde, el oro se prueba. Así también en todo este mundo hay justos, hay impíos, hay tribulación. El mundo es como el horno del orfebre, los justos como el oro, los impíos como la paja, la tribulación como el fuego. ¿Acaso se purificaría el oro, si no se quemara la paja? Sucede que los impíos son reducidos a cenizas. Pues cuando blasfeman, y murmuran contra Dios, se convierten en cenizas. Allí el oro purificado son los justos, que soportan tolerablemente todas las molestias del mundo, y en sus tribulaciones alaban a Dios, como oro purificado, son llevados a los tesoros de Dios. Pues Dios tiene tesoros, donde poner el oro purificado; también tiene lugares sórdidos, donde poner las cenizas de la paja. De este mundo lo exige todo. Tú mira qué eres. Pues es necesario que venga el fuego. Si te encuentra oro, quitará las impurezas; si te encuentra paja, te quemará, y te reducirá a cenizas. Elige qué quieres ser. Pues no puedes decir: Estaré sin fuego. Ya estás en el horno del orfebre, donde es necesario que venga el fuego. Más bien es necesario que estés allí, porque no podrás estar sin fuego.

XII. ¿Por qué, entonces, no creemos, hermanos, en el fin del mundo que vendrá, y en el día del juicio, para que allí reciba cada uno de nosotros lo que ha hecho en el cuerpo, sea bueno, sea malo? Cuando vemos tantas cosas prometidas, exhibidas, y dadas, ¿por qué no elegimos para nosotros, mientras vivimos, aquello donde vivamos siempre? Supón que hemos sido negligentes, hoy seamos diligentes. No debemos ser negligentes siempre. El día de mañana, no sabes qué será. La paciencia de Dios nos advierte que corrijamos nuestra vida, si ha sido mala, y, cuando es tiempo, elijamos lo mejor. ¿O pensáis, hermanos, que Dios duerme, y no ve a los que hacen el mal? Pero tal vez nos enseña paciencia, y primero exhibe paciencia. Encuentra a un hombre que tal vez ha progresado, y no hace lo que hacía, es decir, el mal. Este sufre a alguien malicioso, y quiere que Dios lo quite, y murmura contra Dios, porque retiene a su enemigo fuerte, y que hace el mal, y no lo quita. Se ha olvidado de que Dios actuó pacientemente con él, y si antes hubiera querido actuar severamente, no habría quien hablara. ¿Exiges la severidad de Dios? Porque tú pasaste, que pase también otro. Pues no porque tú ya pasaste, cortaste el puente de la misericordia de Dios. Aún hay quien pase. Te hizo bueno, cuando eras malo, quiere también a otro, para que también él sea bueno de malo, como tú de malo fuiste hecho bueno. Así todos vienen en sus órdenes. Pero algunos no quieren venir, otros vienen. A tales les dice el Apóstol: Pero tú, según la dureza de tu corazón, y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira, y de la revelación del justo juicio de Dios, que pagará a cada uno según sus obras (Romanos II, 5). Luego, si el malo quiere perseverar en el mal, no es tu compañero, sino será tu probador. Pues si es malo, y tú bueno, soportando al malo eres probado bueno. Tú recibirás la corona de tu prueba; él, en cambio, tendrá el castigo en su perseverancia en el mal. Pero esperemos pacientemente lo que Dios hace, su buena paciencia, su disciplina paternal. Es Padre, es benigno, es misericordioso. Más bien, si nos deja fluir, entonces se enoja mal con nosotros.

XIII. Atended, pues, hermanos, y ved esos Anfiteatros, que ahora caen. La lujuria los edificó. ¿Pensáis que la piedad los edificó? No los edificó sino la lujuria de los hombres impíos. ¿No queréis que alguna vez caiga lo que la lujuria edificó, y se levante lo que la piedad edifica? Pues Dios permitió, cuando se edificaban, para que alguna vez los hombres conocieran sus

males, que hacían. Pero porque no quisieron conocer, vino el Señor Jesucristo, comenzó a predicarles sus males, comenzó a derribar lo que tenían por grande, y dicen: Los tiempos cristianos son malos. ¿Por qué? Porque se derriba lo que te mataba. Pero: Abundaban, dicen, todos los bienes, cuando se hacían estas cosas. Por supuesto, para que de ellos se hicieran bienes. Si, pues, sabes que Dios te dio alguna vez abundancia, y la usaste mal, y la usaste para perdición, mira que esa abundancia te hizo fluir, y perder tu alma. ¿No viene el severo padre, y comienza a decir: Este niño es indisciplinado. Le confié esto, o aquello. ¿Cómo lo perdió, y aquello? Si nosotros no damos la semilla a la tierra, a menos que sea buena, para que no se pierda la semilla, ¿cómo queréis que Dios nos dé a nosotros, indisciplinados, y negligentes en nuestra vida, su abundancia para usarla mal, y no queréis que Dios corte los excesos de los hombres? Hermanos míos, es médico, y sabe cortar el miembro podrido, para que no se pudran también otros lugares. Uno, dice, se corta un dedo; porque es mejor que falte un dedo, que todo el cuerpo se pudra. Si esto lo hace un médico humano por su arte, si el arte de la medicina quita alguna parte de los miembros, para que no se pudran todos, ¿por qué Dios no corta en los hombres lo que sabe que está podrido, para que lleguen a la salud?

XIV. No os desaniméis, hermanos, cuando Dios os castiga, para que no os abandone y perezcáis eternamente. Más bien, roguemos a Él para que modere los castigos y los suavice, de modo que no desfallezcamos bajo ellos. Pidamos que nos corrija con salvación, mida y devuelva lo que prometió a sus santos. Ved lo que dice la Escritura: "El pecador irritó al Señor. Según la magnitud de su ira, no buscará" (Sal. X, 4). ¿Qué significa: "Por la magnitud de su ira no buscará"? Porque se enoja mucho, "no buscará", es decir, los dejará perecer. Si se enoja mucho cuando no busca, también es muy misericordioso cuando actúa. Actúa cuando castiga, cuando nuestro corazón se vuelve hacia Él. Acojamos, pues, su salvación y no huyamos de su castigo. Esto nos enseña, esto nos aconseja, en esto nos edifica. Su propio Hijo, que vino para consolarnos, ¿qué bien soportó aquí? Decidme. Ciertamente es el Hijo de Dios, el Verbo de Dios, por quien todo fue hecho. ¿Qué bien soportó aquí? ¿No es Él quien, al expulsar demonios, escuchaba tales injurias que le decían: "Tienes demonio" (Juan VII, 20)? Al Hijo de Dios, que expulsaba demonios, los judíos le decían: "Tienes demonio". Ya eran mejores los demonios, que confesaban al Hijo de Dios, que ellos (Luc. IV, 41). Pues aquellos confesaban, y estos no confesaban. Sin embargo, tal era su poder, tal su grandeza y tal su paciencia, que soportaba todo. Fue azotado, escuchó injurias, recibió bofetadas, fue escupido en el rostro, coronado de espinas, burlado, engañado, finalmente colgado en un madero y muerto, luego sepultado. El Hijo de Dios soportó tanto aquí. Si el Maestro, cuánto más el Discípulo. Si Él, que nos creó, cuánto más nosotros, su criatura. Él, que para darnos ejemplo, nos dejó la paciencia. ¿Por qué desfallecemos en esa paciencia, como si hubiéramos perdido nuestra cabeza, que nos precedió al cielo? Por eso nuestra cabeza nos precedió al cielo, como diciendo: "He aquí el camino. Venid, a través de las molestias, a través de la paciencia. Este es el camino que os he entregado". Pero, ¿a dónde conduce el camino por el que me veis ascender? Al cielo. Quien no quiere ir por este camino, no quiere llegar allí. Quien quiere llegar a mí, que venga por el camino que he mostrado. Y no podéis llegar, sino por el camino de las molestias, dolores, tribulaciones, angustias. Así llegarás al descanso que no te será quitado. Pero si deseas este descanso, que es temporal, y apartarte del camino de Cristo, observa los tormentos de aquel Rico, que era atormentado en el infierno, porque él también deseó el descanso presente y encontró penas eternas. Hermanos amadísimos, elegid más bien las cosas más duras, que sin fin tendrán descanso eterno. Convertíos al Señor, etc.

SERMO XXV. Sobre las palabras del Evangelio de Mateo XII, versículos 41-50. Aquí hay más que Jonás, etc.

## SINOPSIS.

I. Los judíos peores que los ninivitas y la Reina de Saba. II. Cómo el último estado del hombre liberado de un espíritu inmundo se vuelve peor que el primero. III. Los padres son enseñados por Cristo a no impedir a sus hijos en la buena obra. IV. Al nacer Cristo, ambos sexos son honrados, se enseña el deber de los hijos. V. Se refuta a los maniqueos que afirman que Cristo no tuvo madre. VI. Se concluye contra los maniqueos que Cristo tuvo madre. VII. De dónde proviene la excelencia de la Virgen María. VIII. Cómo un cristiano puede convertirse en madre de Cristo.

I. Lo que se ha recitado del santo Evangelio, hermanos amadísimos, si deseamos tratarlo todo, apenas hay tiempo suficiente para cada uno, cuánto menos para todos. El profeta Jonás, que fue arrojado al mar y recibido en el vientre de un pez, y al tercer día salió vivo, llevó la figura del Salvador, que sufrió y resucitó al tercer día, como el mismo Salvador lo mostró. El pueblo judío fue acusado en comparación con los ninivitas, porque los ninivitas, a quienes fue enviado Jonás el profeta para reprenderlos, al hacer penitencia aplacaron la ira de Dios y merecieron misericordia. Y he aquí, dice, más que Jonás aquí (Mat. XII, 41), queriendo que se entienda que Él mismo es el Señor Cristo. Aquellos escucharon al siervo y corrigieron sus caminos; estos escucharon al Señor y no solo no se corrigieron, sino que además lo mataron. La Reina del Sur se levantará, dice, en el juicio con esta generación y la condenará. Porque vino desde los confines de la tierra para escuchar la sabiduría de Salomón, y he aquí más que Salomón aquí (Ibid. 42). No fue grande para Cristo ser más que Jonás, ser más que Salomón. Él era el Señor, ellos eran siervos. Pero, ¿qué clase de personas son las que despreciaron al Señor presente, cuando los extranjeros escucharon a sus siervos?

II. Luego sigue: "Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares áridos buscando descanso, y no lo encuentra. Entonces dice: Volveré a mi casa de donde salí. Y al llegar, la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando habitan allí, y el último estado de aquel hombre se vuelve peor que el primero. Así será con esta generación perversa" (Mat. XII, 43-45). Para entender esto, si se expone adecuadamente, el discurso se prolongará mucho. Sin embargo, brevemente tocaré, cuanto el Señor me lo permita, para no dejaros sin el entendimiento de este asunto. Cuando en los Sacramentos se da la remisión de los pecados, la casa se limpia, pero es necesario un habitante, el Espíritu Santo. El Espíritu Santo solo habita en los humildes de corazón. Dios dice: "¿Sobre quién reposará mi Espíritu?" y responde a la pregunta: "Sobre el humilde, el tranquilo y el que tiembla ante mis palabras" (Is. LXVI, 2). Si Él es el habitante, llena, guía, actúa, frena del mal, incita al bien, hace agradable la justicia, para que el hombre haga el bien por amor a lo recto, no por temor al castigo. Esto que he dicho, el hombre por sí mismo es menos capaz de hacerlo; pero si tiene al Espíritu Santo como habitante, lo encuentra en todas las cosas buenas también como ayudador. Algunos soberbios, a quienes se les han perdonado los pecados, si presumen de vivir bien solo por el libre albedrío de la voluntad humana, con esa soberbia excluyen al Espíritu Santo, y la casa queda como limpia de pecados, pero vacía de todos los bienes. Se te han perdonado los pecados, te has librado de los males, pero solo el Espíritu Santo te llenará de bienes. La soberbia lo rechaza. Presumes de ti mismo, te abandona. Confías en ti, te deja. Pero aquella codicia, por la cual eras malo, rechazada del hombre, es decir, de tu mente, cuando se te perdonaron los pecados, vaga por los desiertos buscando descanso, y no encontrando descanso, regresa a la casa, esa codicia, la encuentra limpia. Trae consigo otros siete espíritus peores que él, y el último estado de aquel hombre será peor que el primero. Trae consigo otros siete. ¿Qué significa, "otros siete"? ¿Entonces también el espíritu inmundo es séptuple? ¿Qué significa esto? Por siete se significa la totalidad. Se fue todo, vuelve todo, y ojalá viniera solo. ¿Qué significa: "Trae consigo otros

siete"? ¿Qué no tenía cuando era malo, tendrá otros siendo falsamente bueno? Prestad atención, para que, si puedo, cuanto se me ayude, explique lo que digo. El Espíritu Santo se recomienda por su operación séptuple, para que esté en nosotros el "Espíritu de sabiduría e inteligencia, de consejo y fortaleza, de ciencia y piedad, y de temor de Dios" (Is. XI, 2, 3). A este séptuple bien opón un séptuple mal: espíritu de necedad y error, espíritu de temeridad e indolencia, espíritu de ignorancia e impiedad, y espíritu de soberbia contra el temor de Dios. Estos son los siete malvados. ¿Quiénes son "otros siete peores"? Otros siete peores se encuentran en la hipocresía. Un mal espíritu de necedad, otro peor, la simulación de sabiduría. Espíritu malo de error, otro peor, la simulación de verdad. Espíritu malo de temeridad, otro peor, la simulación de consejo. Espíritu malo de indolencia, otro peor, la simulación de fortaleza. Espíritu malo de ignorancia, otro peor, la simulación de ciencia. Espíritu malo de impiedad, otro peor, la simulación de piedad. Espíritu malo de soberbia, otro peor, la simulación de temor. Siete no se soportaban, ¿quién soportará catorce? Es necesario, pues, que cuando a la malicia se le añade la simulación de la verdad, el último estado del hombre sea peor que el primero.

III. Mientras él hablaba a las multitudes (sigo el Evangelio), su madre y sus hermanos estaban afuera queriendo hablar con él. Alguien le avisó diciendo: "He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, quieren hablar contigo". Y él respondió: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" y extendiendo su mano sobre sus discípulos dijo: "Estos son mi madre y mis hermanos. Y cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, hermana y madre" (Mat. XII, 46-50). Solo de esto quisiera hablar, pero, porque no quise pasar por alto lo anterior, he consumido no poca parte del tiempo, según siento. Esto que ahora he propuesto tiene muchos recovecos y nudos de cuestión, cómo piadosamente el Señor Cristo despreció a su madre, no a cualquier madre, sino cuanto más Virgen madre, tanto más tal madre, a quien así le trajo fecundidad, que no le quitó integridad, madre Virgen concibiendo, Virgen pariendo, Virgen permaneciendo perpetuamente. Tal madre él despreció, para que no se interpusiera en la obra que realizaba, ni lo impidiera el afecto materno. ¿Qué estaba haciendo? Hablaba a las multitudes, destruía a los hombres viejos, edificaba a los nuevos, liberaba almas, soltaba a los cautivos, iluminaba mentes ciegas, hacía una buena obra, en la buena obra actuaba y hablaba fervientemente. En medio de esto se le anunció el afecto carnal. Habéis oído lo que respondió, ¿por qué he de repetirlo? Que escuchen las madres, para que no impidan con afecto carnal las buenas obras de sus hijos. Pues si quisieran impedir, y así irrumpieran en los que actúan, al menos interrumpiendo lo que no debe diferirse, serán despreciadas por los hijos. Me atrevo a decir: Serán despreciadas, con piedad serán despreciadas. Y cuando una mujer, ya sea casada o viuda, esté enojada, cuando sea despreciada, cuando una madre sea despreciada por un hijo absorto en una buena obra, cuando la Virgen María fue despreciada. Pero me dirás: ¿Entonces comparas a mi hijo con Cristo? Ni lo comparo con Cristo, ni a ti con María. Por tanto, el Señor Cristo no condenó el afecto materno, sino que en sí mismo mostró un gran ejemplo de despreciar a la madre por la obra de Dios. Y al hablar era maestro, y al despreciar era maestro, y por eso se dignó despreciar a su madre, para enseñarte a despreciar a tu padre y a tu madre por la obra de Dios.

IV. No podía el Señor Cristo hacerse hombre sin madre, quien pudo hacerlo sin padre. Si era necesario, más bien porque era necesario, que se hiciera hombre por el hombre, quien hizo al hombre, considerad y recordad de dónde hizo al primer hombre. El primer hombre fue hecho sin padre, sin madre. Lo que pudo adaptar a las cosas humanas al principio, ¿no pudo después adaptar algo similar para reparar las cosas humanas? ¿Era difícil para la Sabiduría de Dios, el Verbo de Dios, la Virtud de Dios, el unigénito Hijo de Dios, difícil hacer un hombre verdadero, de donde quisiera, para asumirlo? Los ángeles se presentaron como hombres a los

hombres. Abraham alimentó a santos ángeles, y los invitó como hombres, y no solo los vio, sino que los tocó; pues lavó sus pies (Gen. XVIII). ¿Acaso eso fue hecho por los ángeles como juegos de fantasmas? Si, pues, un ángel pudo exhibir una verdadera forma humana cuando quiso, ¿no pudo el Señor de los ángeles hacer un verdadero hombre de donde quisiera? Pero no quiso tener un padre humano, para no venir a los hombres por la concupiscencia carnal, sin embargo, quiso tener madre, para tener madre entre los hombres, a quien enseñara a despreciar por la obra de Dios. Quiso asumir el sexo masculino en sí mismo, y se dignó honrar al sexo femenino en su madre. Pues antiguamente tanto la mujer pecó, como ofreció el pecado al hombre (Id. III). Ambos cónyuges fueron engañados por el fraude del diablo. Si Cristo viniera como varón sin la recomendación del sexo femenino, las mujeres desesperarían de sí mismas, especialmente porque por ella cayó el hombre. Honró a ambos, recomendó a ambos, asumió a ambos. Nació de una mujer. No desesperéis, hombres. Cristo se dignó ser varón. No desesperéis, mujeres, Cristo se dignó nacer de una mujer. A la salvación de Cristo concurren ambos sexos. Venga el varón, venga la mujer. En la fe no hay varón ni mujer (Gál. III, 28). Cristo, pues, te enseña a despreciar a tus padres, a amar a tus padres. Entonces amas a tus padres ordenadamente y piadosamente, cuando no antepones a tus padres a Dios. Quien ama (son palabras del Señor) quien ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí (Mat. X, 37). Con estas palabras parece haber advertido que no ames. Más bien, si prestas atención, te advirtió que ames. Pues pudo decir: Quien ama a padre o madre, no es digno de mí. No dijo esto, para no hablar contra la ley que dio. Él mismo dio aquella ley por medio de Moisés su siervo, donde está escrito: "Honra a tu padre y a tu madre" (Éx. XX, 12; y Deut. V, 16). No promulgó una ley contraria, sino que la recomendó, y te enseñó el orden, no subvirtió la piedad. Quien ama a padre o madre, pero más que a mí. Ame, pues, pero no más que a mí. Dios es Dios, el hombre es hombre. Ama a tus padres, obedece a tus padres, honra a tus padres; pero si Dios te llama a algo mayor, donde el afecto parental pueda ser un impedimento, guarda el orden, no subviertas la caridad.

V. En tanta verdad de la doctrina de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, ¿quién creería que los maniqueos buscaron una calumnia para intentar afirmar que el Señor Jesucristo no tuvo madre alguna? Esto es lo que piensan, más bien desvarían, que el Señor Jesús no tuvo madre humana, contra el Evangelio, contra la luz de la misma verdad. Y, ¿de dónde argumentan? Prestad atención. He aquí, dicen, él mismo lo dice. ¿Qué dice? "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" (Mat. XII, 48). Él mismo, dicen, lo niega, y tú quieres imponerle lo que niega. Él dice: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" y tú dices: Tiene madre. Oh necio, oh contencioso, oh justamente odioso, respóndeme, ¿de dónde sabes que el Señor dijo: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?"? Tú niegas que Cristo tuvo madre, y lo que intentas, lo intentas demostrar porque dijo: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" Si alguien existiera y dijera que el Señor Cristo no dijo esto en absoluto, ¿cómo lo convencerías? Responde, si puedes, al hombre que niega que Cristo dijo esto. ¿Cómo lo convencerías? Responde para que con tu boca seas convencido. Responde para que pruebes que Cristo dijo: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" Conozco lo que vas a decir: Tomaré el códice, abriré el Evangelio, recitaré sus palabras escritas en el santo Evangelio. Bien, bien. Con el mismo Evangelio te retendré, con el mismo Evangelio te ataré, con el mismo Evangelio te sofocaré. En el mismo Evangelio recita lo que crees que es a tu favor. Abre, lee. "¿Quién es mi madre?" ¿Por qué dijo esto? Lee lo anterior. Alguien le avisó: "He aquí tu madre y tus hermanos están afuera" (Mat. XII, 47). Aún no te presiono, aún no te retengo, aún no te sofoco. Aún puedes decir: Aquel fue un falso mensajero, no dijo la verdad, sugirió mentiras. Por eso el Señor rechazó al falso mensajero. Pues después de su anuncio respondió: "¿Quién es mi madre?" Como diciendo: Tú dices: "Tu madre está afuera". Yo digo: "¿Quién es mi madre?" ¿A quién quieres, dice, que creamos? ¿Al mensajero que

sugiere, o a Cristo que rechaza lo que se le anunció? Escucha, pues. Aún te pregunto. Solo mantén el Evangelio. No me arrojes el códice detrás de ti. Mantén, da autoridad al Evangelio, que si no la das, no habrá de dónde pruebes que el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?" Cuando le des autoridad digna al Evangelio, ve lo que pregunto. Poco antes había preguntado, ¿de dónde sabes si Cristo dijo: "¿Quién es mi madre?"? ¿Qué precedió? Un mensajero había dicho a Cristo: "Tu madre está afuera". Antes de que el mensajero dijera esto, o para que el mensajero dijera esto, ¿qué precedió? Te obligo a que leas. Veo que ya tienes leer. Respondió el Señor y dijo. ¿Quién dijo? No digo, ¿quién dijo: "¿Quién es mi madre?"? Responderás: El Señor dijo. Respondió el Señor, ¿quién dijo? Responderás: El evangelista dijo. ¿El evangelista dijo la verdad o la mentira? Dirás que dijo la verdad o la mentira. Respondió el Señor y dijo a él, lo que el evangelista dijo, ¿dijo la verdad o la mentira? Si vas a decir que el evangelista dijo mentira, ¿de dónde sabes que el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?"? ¿Dijo el Señor? Si, sin embargo, pruebas que el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?" porque el evangelista dijo que lo dijo, no pruebas que el Señor lo dijo, a menos que creas al evangelista. Ya si crees al evangelista, porque no dices nada si no crees al evangelista, lee lo que dijo el mismo evangelista antes.

VI. ¡Cuánto tiempo te hago esperar! ¡Cuánto tiempo te mantengo en suspenso! Es un beneficio que seas vencido rápidamente. Presta atención, observa, lee. Veo que no quieres. Dame el códice. Yo leo: "Mientras él hablaba a las multitudes". ¿Quién dice esto? El evangelista, a quien si no crees, nada dijo Cristo. Si Cristo no dijo nada, "¿Quién es mi madre?" Cristo no lo dijo. Pero si "¿Quién es mi madre?" lo dijo Cristo, es verdad lo que escribió el evangelista. Mira lo que dijo antes. Mientras él hablaba a las multitudes, su madre y sus hermanos estaban afuera, queriendo hablar con él. Aún no ha anunciado nada ese mensajero, a quien podrías decir que mintió. Observa lo que anunció, atiende a lo que el evangelista ha dicho antes. Mientras el Señor hablaba a las multitudes, su madre y sus hermanos estaban afuera. ¿Quién dice esto? El evangelista, a quien crees que el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?" Pero si no crees estas palabras, como aquellas, entonces el Señor no dijo: "¿Quién es mi madre?" Pero verdaderamente el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?" Cree, entonces, en quien dijo que el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?" Porque quien dijo que el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?" también dijo: "Mientras él hablaba, su madre estaba afuera". ¿Por qué, entonces, negó a su madre? ¡De ninguna manera! Entiende. No la negó, sino que antepuso algo que estaba haciendo a su madre. La última causa es preguntar por qué el Señor dijo: "¿Quién es mi madre?" La primera causa es ver que tenía de qué decir: "¿Quién es mi madre?" La tenía, estaba afuera, quería hablar con él. Dime, ¿cómo lo sabes? Lo dice el evangelista, a quien si no creo, nada dice el Señor. Por lo tanto, tenía madre; pero ¿qué significa: "¿Quién es mi madre?" A estas cosas que yo hago, "¿Quién es mi madre?" Si le dices a alguien en peligro, que tiene padre: Que te libere tu padre; a quien sabe que no es idóneo para liberar a su hijo, ¿no te responde con suma piedad, con total verdad: ¿Qué es mi padre? Para esto que quiero, para esto que siento que ahora necesito, ¿qué es mi padre? Por lo tanto, para lo que hacía Cristo, que liberaba a los cautivos, iluminaba las mentes ciegas, edificaba a los hombres interiores, construía un templo espiritual para sí, ¿quién es su madre? Pero si piensas que Cristo no tenía madre en la tierra porque dijo: "¿Quién es mi madre?" tampoco sus discípulos tenían padres en la tierra, porque el mismo Señor les dijo: "No llaméis padre a nadie en la tierra". Son palabras del Señor: "No llaméis padre a nadie; porque uno solo es vuestro Padre, Dios" (Mt. XXIII, 9). No es que no tuvieran padres, sino que cuando se trata de la regeneración, se busca al padre de la regeneración, no se condena al padre de la generación, sino que se le antepone al padre de la regeneración.

VII. Mirad más atentamente, queridos hermanos míos, os lo ruego, lo que dijo el Señor Cristo extendiendo su mano sobre sus discípulos: "Esta es mi madre y mis hermanos. Y quien haga la voluntad de mi Padre que me envió, ese es mi hermano, y hermana, y madre". ¿Acaso no hizo la voluntad del Padre la Virgen María, que creyó con fe, concibió con fe, fue elegida, de quien nacería para nosotros la salvación entre los hombres, fue creada por Cristo antes de que Cristo fuera creado en ella? Hizo, hizo claramente la voluntad del Padre la santa María, y por eso es más para María haber sido discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Es más feliz haber sido discípula de Cristo que haber sido madre de Cristo. Por eso María era bienaventurada, porque, incluso antes de dar a luz, llevó al maestro en su vientre. Mira si no es lo que digo. Mientras el Señor pasaba con las multitudes que lo seguían, y hacía milagros divinos, una mujer dijo: "Feliz el vientre que te llevó". Bienaventurado el vientre que te llevó. Y el Señor, para que no se buscara la felicidad en la carne, ¿qué respondió? "Más bien, bienaventurados los que oyen la palabra de Dios y la guardan" (Lc. XI, 27, 28). Por eso también María es bienaventurada, porque oyó la palabra de Dios y la guardó. Guardó más la verdad en su mente que la carne en su vientre. Cristo es la verdad, Cristo es la carne. Cristo es la verdad en la mente de María, Cristo es la carne en el vientre de María. Es más lo que está en la mente que lo que se lleva en el vientre. Santa María, bienaventurada María, pero mejor es la Iglesia que la Virgen María. ¿Por qué? Porque María es parte de la Iglesia, un miembro santo, un miembro excelente, un miembro sobresaliente, pero sin embargo un miembro de todo el cuerpo. Si es de todo el cuerpo, ciertamente el cuerpo es más que el miembro. La cabeza es el Señor, y todo Cristo es la cabeza y el cuerpo. ¿Qué diré? Tenemos una cabeza divina, tenemos a Dios como cabeza.

VIII. Por lo tanto, queridos, prestad atención. Y vosotros sois miembros de Cristo, y vosotros sois el cuerpo de Cristo. Prestad atención a cómo sois lo que dice: "He aquí mi madre y mis hermanos". ¿Cómo seréis madre de Cristo? Y "Cualquiera que oye y cualquiera que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre" (Mt. XII, 49, 50). Supongamos que entiendo "hermanos", entiendo "hermanas"; porque es una sola herencia, y por eso la misericordia de Cristo, que, siendo único, no quiso estar solo, quiso que fuéramos herederos del Padre, coherederos con él. Porque tal es esa herencia, que no puede ser estrecha por la multitud de coherederos. Entiendo, por lo tanto, que somos hermanos de Cristo, santas y fieles mujeres son hermanas de Cristo; ¿cómo podemos entender que somos madres de Cristo? ¿Qué, entonces? ¿Nos atrevemos a decir que somos madres de Cristo? Más bien, nos atrevemos a decir que somos madres de Cristo. Porque dije que todos vosotros sois sus hermanos, ¿y no me atrevería a decir que es su madre? Pero mucho menos me atrevo a negar lo que Cristo dijo. Vamos, queridos, entended cómo la Iglesia es, lo que es evidente, la esposa de Cristo, lo que es más difícil de entender, pero sin embargo es verdad, la madre de Cristo. En su figura precedió la Virgen María. Os pregunto, ¿de dónde es María madre de Cristo, sino porque dio a luz a los miembros de Cristo? Vosotros, a quienes hablo, sois miembros de Cristo. ¿Quién os dio a luz? Oigo la voz de vuestro corazón: La Madre Iglesia. Esta madre santa, honrada, semejante a María, da a luz y es virgen. Porque da a luz, lo pruebo por vosotros. De ella habéis nacido, y da a luz a Cristo: porque sois miembros de Cristo. He probado que da a luz, probaré que es virgen. No me falta el testimonio divino, no me falta. Sal al pueblo, bienaventurado Pablo. Sé testigo de mi afirmación. Exclama y di lo que quiero decir. "Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo" (2 Cor. XI, 2). ¿Dónde está esa virginidad? ¿Dónde se teme la corrupción? Que lo diga él mismo, quien dijo virgen. "Os he desposado con un solo esposo para presentaros como una virgen casta a Cristo. Pero temo", dice, "que como la serpiente engañó a Eva con su astucia, así también vuestras mentes", dice, "se corrompan de la castidad que está en Cristo". Mantened en vuestras mentes la virginidad de la mente. La virginidad es la integridad de la fe

católica. Donde Eva fue corrompida por la palabra de la serpiente, allí debe ser virgen la Iglesia por el don del Omnipotente. Por lo tanto, en la mente den a luz los miembros de Cristo, como María en el vientre la Virgen dio a luz a Cristo, y así seréis madres de Cristo. No está lejos de vosotros, no está fuera de vosotros, no os es ajeno. Fuisteis hijos, sed también madres. Hijos de la madre, cuando fuisteis bautizados, entonces nacisteis como miembros de Cristo. Llevad al baño del bautismo a quienes podáis, para que así como fuisteis hijos cuando nacisteis, también llevando a otros a nacer podáis ser madres de Cristo.